



Bert Hellinger

EL CENTRO SE DISTINGUE POR SU LEVEDAD

Conferencias e historias terapéuticas

Herder

Bert Hellinger

EL CENTRO
SE DISTINGUE
POR SU LEVEDAD
*Conferencias e historias
terapéuticas*

Título original: Die Mitte fühlt sich leicht an

Diseño de la cubierta: Claudio Bado y Mónica Bazán

© 1996, Kösel - Verlag GmbH&Co., Múnich © 2002, de la traducción, Sylvia Gómez Pedra © 2002, 2003, Herder Editorial, S.L., Barcelona

2ª edición 2003

ISBN: 84-254-2007-5

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Tesys

Depósito Legal: B - 11686 - 2003

Printed in Spain

Herder

www.herder-sa.com

ÍNDICE

A modo de introducción.....	3
CULPA E INOCENCIA EN NUESTRAS RELACIONES.....	5
La recompensa, La huida, La plenitud, El ideal altruista, El intercambio, Traspasar lo recibido, La Bola de Oro, El agradecimiento, El tomar, El retorno, La felicidad, La justicia, Perjuicio y pérdida, La salida, La impotencia, La doble transferencia, El vengador, El perdón, La segunda vez, La reconciliación, La revelación, El dolor, Lo bueno y lo malo, Lo propio, Lo ajeno, El destino, La humildad, Orden y Plenitud.	
HISTORIAS QUE DAN QUE PENSAR.....	14
El Engaño, El Amor, Ser y No-Ser, La fe, La exigencia, La ayuda, El final, Vida y muerte, El Huésped, La Posada.	
LOS LÍMITES DE LA CONCIENCIA.....	22
La respuesta, Culpa e inocencia, Las condiciones previas, Las diferencias, Las diferentes relaciones, El orden, La apariencia, Los Jugadores, El conjuro, La vinculación, El respeto, La lealtad, El sitio, Fidelidad y enfermedad, El límite, Lo bueno, La conciencia del grupo, El derecho a la pertenencia, La recompensa negativa, La jerarquía, El anhelo, El temblor, El miedo, La frase extraviada, La expiación, La solución, La comprensión, El camino.	
HISTORIAS QUE CAMBIAN.....	30
Dos tipos de saber, Caminos de sabiduría, El centro, La vuelta, El vacío, La conversión, La Sentencia, La ceguera, La curiosidad, La reunión, El todo, Lo mismo, La Comprensión, La Plenitud.	
LOS ÓRDENES DEL AMOR ENTRE PADRES E HIJOS Y EN EL SENO DE LA RED FAMILIAR.....	37
Orden y Amor, Los diversos órdenes, Padres e hijos, La fuente romana, El honrar, La vida, Gracias al Amanecer de la Vida, El rechazo, Lo especial, Los dones buenos de los padres, Lo personal de los padres, La inversión del orden, La comunidad unida por el Destino, La red familiar, El vínculo en la red familiar, La integridad, La responsabilidad colectiva de la familia, El mismo derecho a la pertenencia, Perder el derecho a la pertenencia, Los Ordenes del Amor.	
LOS ÓRDENES DEL AMOR ENTRE EL HOMBRE Y LA MUJER Y EN RELACIÓN CON EL FONDO ÚLTIMO.....	45
Hombre y mujer, Padre y madre, El desear, La consumación, El vínculo en la relación de pareja, Celos, La carne, El Bajo Continuo, La falta, El hijo del padre y la hija de la madre, Anima y animas, La reciprocidad, Seguir y servir, La igualdad de rango, La compensación, El acuerdo, Implicaciones sistémicas, La constancia, El morir, El fondo último.	
HISTORIAS DE LA FELICIDAD.....	53
Las dos Caras de la Felicidad, El Burro, La escapatoria, La medida, Dos tipos de placer, La inocencia, La culpa, El Curso de la Vida, La Tierra, Limpieza general, El Adiós, La Renuncia, La osadía, La Fiesta.	
CUERPO Y ALMA, VIDA Y MUERTE.....	60
El cuerpo, El yo, Yo y cuerpo, Familia y alma, Familia y enfermedad, Vivos y muertos, La expiación, Morir en lugar de otros, La Gran Alma, La paz, El Círculo.	

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Estimados lectores, quisiera darles algunas indicaciones de cómo se hallan relacionadas las conferencias e historias aquí publicadas. Todas ellas se encuentran al final de un largo desarrollo, ofreciendo una síntesis esencial de mi pensar y de mi hacer hasta el día de hoy.

A principio de los años ochenta empecé a mirar más detenidamente cuáles eran los efectos cuando las personas afirmaban que seguían a su conciencia. Me di cuenta de que muchos de los que se remitían a su conciencia decían o hacían algo que descalificaba o dañaba a otros. Así vi que la conciencia no sólo estaba al servicio del bien, sino también al servicio del mal. Por tanto, empecé a sospechar del gran respeto que nuestra cultura manifiesta por la conciencia. Asimismo me pareció sospechoso que el esclarecimiento occidental no hubiera tocado en absoluto a la conciencia, y muchas ideas religiosas que antaño habían sembrado miedo y terror, ahora me parecían transferidas a la conciencia, donde seguían intocables como un tabú. Con el tiempo me di cuenta de que la conciencia era algo normal y corriente, algo impulsivo; que, al igual que otros impulsos, desempeñaba un papel importante para crear y asegurar nuestras relaciones dentro de determinados límites, y que fuera de estos límites fracasaba, ya que más allá de los límites del grupo reducido, la conciencia justifica incluso los actos más viles, convirtiéndose en una fuerza terrible, por ejemplo, en las guerras.

Así, pues, los fines nobles que se le adjudicaban a la conciencia como instancia moral, pronto se me revelaron como los fines de un grupo aislado que, con la ayuda de la conciencia, procuraba justificar la superioridad del propio grupo frente a otros grupos, con todas las consecuencias negativas que de ahí resultaban para las relaciones entre estos grupos. Por tanto, había motivos fundamentados para examinar más detenidamente los efectos de la conciencia en el seno de los diversos grupos, y entre los mismos.

Estrechamente unidos a la conciencia se encuentran los sentimientos de culpa y de inocencia. También en este sentido es curioso que muchos de los actos fatales frecuentemente produzcan un sentimiento de inocencia, y los actos buenos, un sentimiento de culpa. Así entendí que los sentimientos de inocencia y de culpa únicamente son útiles en el marco de determinados límites, y que inocencia y culpa no son lo mismo que bueno y malo. También aquí empecé a mirar más detenidamente. Vi que existían muchas formas de experimentar la culpa y la inocencia, y que ambas servían a diversos fines, por ejemplo, al vínculo y a la compensación entre dar y tomar. Estos fines se complementan y también se contradicen, como es el caso entre la justicia y el amor. Así, la inocencia en el lado de la justicia frecuentemente se convierte en culpa en el lado del amor, y viceversa.

Indagando estos contextos, lentamente se fue desarrollando la conferencia de *Culpa e inocencia en nuestras relaciones*. Su redacción me llevó aproximadamente un año, con varias interrupciones con el fin de ganar más experiencias y examinarlas. Sobre la base de estas comprensiones, el año siguiente siguió la conferencia *Los límites de la conciencia*. Cuando la di por primera vez, aún faltaba mucho para terminarla, ya que todavía no había entendido algunos contextos esenciales. Finalmente, la comprensión clave me vino con relación a las implicaciones transgeneracionales, cuando me di cuenta de que, aparte de la conciencia que sentimos, también existe una conciencia inconsciente, que únicamente percibimos a través de sus efectos. Esta conciencia inconsciente sirve a otros órdenes distintos a los de la conciencia consciente, y frecuentemente atentamos contra la conciencia inconsciente precisamente por seguir a la consciente. Implicaciones trágicas en el seno de la familia, así como muchos casos de enfermedades graves, de psicosis, de accidentes, de suicidios y de crímenes, así como la renuncia, la expiación y el temor incomprensibles tienen que ver con la tensión entre la conciencia consciente y la inconsciente, con la tensión entre los órdenes más estrechos o más amplios a los que sirven.

Una vez reconocidos claramente estos contextos, pude terminar la conferencia de *Los límites de la conciencia*. Después, también pude describir los órdenes que actuaban detrás de las diferentes conciencias. Así lo hice, otro año más tarde, en la siguiente conferencia, *Los órdenes del amor*.

Más tarde, aún completé y amplíé esta conferencia. En su primera parte se describen los órdenes del amor entre padres e hijos y en la red familiar. En la segunda parte, los órdenes del amor entre hombre y mujer, y en relación al todo mayor. Aquí se muestra que, tratándose del ámbito religioso, los órdenes del amor topan con límites que no pueden serle transferidos. Con ello digo también algo de aquello que el respeto general ante la conciencia bien implica,

pero que se halla más allá de las diferentes conciencias. Quien está en concordancia con el mundo, asintiendo a él tal como es, sabe lo que perjudica o ayuda, lo que es bueno o malo. Sigue a ese saber, independientemente de lo que otros digan, sea a favor o en contra, porque está en concordancia. Él descansa en su centro, en el equilibrio: a la vez recogido y abierto al mundo. Este centro se distingue por su levedad.

Todas las conferencias giran alrededor de este centro y llevan a él. En él encontramos la tranquilidad, experimentándonos serenos y completos.

También mis historias giran alrededor de este centro y alrededor de un orden oculto que, más allá de los límites de la conciencia y de la culpa, une aquello que separa.

Todas ellas son historias terapéuticas y algunas, parodias. Rompen el tabú de mirar más detenidamente y descubren los lados engañosos u oscuros de algunos cuentos e historias, por ejemplo en *El Engaño*, *El Amor*, *La Fe*, *El Final* y *Las dos Caras de la Felicidad*.

Otras historias ya logran lo que nos cuentan mientras todavía las estamos leyendo. Así, quizá, ya mientras estemos leyendo empecemos a dejar lo pasado y a centrarnos en el siguiente paso necesario. Entre ellas están: *La Posada*, *La Vuelta*, *La Comprensión*, *El Adiós*, *La Fiesta*.

Otras historias crecieron conmigo y yo, con ellas. Son historias que tocan lo último. Nos llevan por el camino del conocimiento, hasta sus límites, sin temor y sin miramientos. Entre estas historias cuentan: *Dos tipos de sabiduría*, *La Plenitud*, *El Vacío*, *Lo mismo*, *La Respuesta*, *Los Jugadores*, *Ser y No-Ser*.

Al igual que las conferencias, también las historias aparecieron a lo largo de los años. Fui probándolas a través de sus efectos y profundizando en ellas cada vez que las contaba. Para el presente libro fueron¹ completadas y ordenadas de nuevo. Así se reunieron en tres colecciones: *Historias que dan que pensar*, *Historias que cambian* e *Historias de la felicidad*. En ellas se comprime aquello que las conferencias temáticas exponen, desarrollándolo y profundizándolo en otro nivel. Por este motivo, conferencias e historias se van alternando.

¿Y cómo nació el título de este libro? Para explicarlo, contaré una historia:

Alguien pregunta a un maestro anciano:

— ¿Cómo haces tú cuando ayudas a otros? Muchas veces vienen a verte personas, pidiéndote consejo en asuntos de los que sólo sabes poco. Pero después se encuentran mejor.

El maestro le dice:

—No depende del saber que uno se pare en el camino y no quiera seguir adelante. Porque busca seguridad donde se pide valor, y libertad donde la verdad ya no le deja elección. Y así va dando vueltas. El maestro, sin embargo, resiste al pretexto y a la apariencia. Busca el centro, y allí recogido espera —como uno que extiende las velas ante el viento-, si acaso le alcanza una palabra eficaz. El otro, al acercarse a él, lo encuentra allí donde él mismo tiene que llegar, y la respuesta es para ambos. Ambos son oyentes.

Y aún añade: ti —El centro se distingue por su levedad.

El centro se distingue por su levedad —cuando se le deja el tiempo de vibrar—. Por tanto, su efecto es mayor leyendo las conferencias e historias en este libro como si interiormente se estuvieran escuchando.

Con la lectura les deseo comprensiones liberadoras y la levedad que resulta de la concordancia con el centro.

Bert Hellinger

¹ Nota: La conferencia «Religión y Psicoterapia» que cierra el original alemán, en su versión española se encuentra en el libro *Religión-Psicoterapia-Cura de almas*, publicado por Editorial Herder 2001.

I. CULPA E INOCENCIA EN NUESTRAS RELACIONES

Toda relación humana se inicia dando y tomando, y con el dar y el tomar también comienzan nuestras experiencias de inocencia y de culpa. Quien da, también tiene derecho a recibir, y quien toma, también se siente obligado. El derecho en un lado y la obligación en el otro son el patrón fundamental de culpa-inocencia en toda relación. Este patrón sirve al intercambio entre dar y tomar, ya que ambos, tanto el que da como el que toma, no están tranquilos hasta que no se dé la compensación, hasta que el que tomó también da, y el que dio también toma.

A este respecto aportaré un ejemplo:

La recompensa

En África, un misionero fue trasladado a otra región. La mañana de la partida llegó un hombre que había caminado varias horas para despedirse de él y regalarle una pequeña cantidad de dinero. El valor del regalo equivalía a unos treinta peniques.

El misionero se dio cuenta de que el hombre quería darle las gracias, ya que lo había visitado varias veces en su poblado cuando había estado enfermo. También sabía que esos treinta peniques eran una gran cantidad de dinero para él. Por un momento se vio tentado de devolvérselos e incluso regalarle algo más. Pero después se lo pensó, cogió el dinero y le dio las gracias.

Siempre que recibimos algo de otros, por muy bello que sea, perdemos nuestra independencia y nuestra inocencia, puesto que, tomando, nos sentimos obligados y en deuda con la persona que dio. Experimentamos esta culpa como malestar y como presión, por lo que intentamos librarnos de ella dando nosotros mismos. No hay tomar sin este precio.

La inocencia, en cambio, se experimenta como placer. La sentimos como el derecho a la reivindicación cuando hemos dado sin tomar, y cuando damos más de lo que tomamos. Y la sentimos como levedad y libertad cuando no estamos obligados a nada, por ejemplo, cuando nosotros mismos no necesitamos o tomamos nada y, muy especialmente, cuando también hemos dado después de haber tomado.

Para alcanzar o conservar este estado conocemos tres comportamientos característicos.

El primero sería:

La huida

Algunos pretenden conservar su inocencia negándose a participar. Prefieren cerrarse en vez de tomar. De esta manera tampoco están obligados a nada. Esta es la inocencia de los no-jugadores que no quieren ensuciarse las manos. Por eso, muchas veces se creen especiales o mejores. Sus vidas, sin embargo, sólo funcionan al mínimo y, en consecuencia, se sienten vacíos y descontentos.

Esta actitud se encuentra en muchas personas depresivas. En un primer lugar, se niegan a tomar al padre o a la madre o a ambos. Más tarde transfieren esta actitud también a otras relaciones y a las cosas buenas de este mundo. Algunos justifican su negación de tomar con el reproche de que aquello que se les ofreció y se les dio no fue ni adecuado ni suficiente. Otros justifican el no tomar con los fallos del que da. El resultado, sin embargo, siempre es el mismo: los que así actúan se quedan inactivos y vacíos.

La plenitud

El efecto contrario podemos ver en aquellos que logran tomar a sus padres tal como son, tomando de ellos todo lo que les den. Este tomar es experimentado como un continuo aporte de energía y de felicidad. De esta manera se les capacita para tener también otras relaciones donde puedan tomar y dar mucho.

El ideal altruista

Una segunda manera de experimentar la inocencia es el derecho a exigir de otros cuando yo les he dado más de lo que ellos me dieron a mí. Por regla general, esta inocencia suele ser pasajera, ya que en cuanto yo también tomo del otro, mi derecho se acaba. Algunas personas, sin embargo, prefieren mantener su derecho en vez de permitir que los demás les den también a ellos, como siguiendo al lema: «Es mejor que tú te sientas obligado que no yo». Esta actitud se encuentra en muchos idealistas y es conocida como el ideal altruista.

Pero tan exigente libertad de obligaciones resulta hostil para cualquier relación. Ya que quien únicamente quiere dar, se aferra a una superioridad que no debería ser más que pasajera, porque, de lo contrario, se le niega la igualdad de rango al otro, puesto que de aquel que no quiere tomar nada, los demás muy pronto no quieren recibir nada tampoco. Así, se retiran y se enfadan con él. Tales altruistas permanecen solos, sintiéndose amargados con frecuencia.

El intercambio

La tercera y más bella forma de experimentar la inocencia es la descarga una vez se consigue el equilibrio, cuando tanto hemos tomado como dado. Este intercambio entre dar y tomar se realiza entre todos los implicados. Es decir, quien toma algo del otro, también le devuelve algo equivalente. Pero no sólo hay que tener en cuenta el equilibrio, sino también el nivel del intercambio. Un intercambio reducido entre dar y tomar aporta poca ganancia; el gran intercambio, sin embargo, enriquece y viene acompañado de un sentimiento de plenitud y de dicha. Esta dicha no cae del cielo, se crea. En el intercambio a un nivel tan alto tenemos la sensación de levedad y de libertad, y de justicia y de paz. De entre las muchas posibilidades de experimentar la inocencia, esta será la más liberadora. Esta inocencia está satisfecha.

Traspasar lo recibido

En algunas relaciones, sin embargo, no es posible llegar a esta descarga, porque entre el que da y el que toma existe un desnivel insalvable. Este sería el caso entre padres e hijos, o entre maestros y alumnos. Ya que padres y maestros, en un primer lugar dan, e hijos y alumnos toman. Naturalmente, también los padres reciben algo de sus hijos, y los maestros, de sus alumnos, pero el desequilibrio no se elimina, sólo se mitiga.

No obstante, también los padres en su tiempo fueron hijos, y los maestros, alumnos. Ellos logran llegar a una compensación traspasando a la siguiente generación aquello que ellos mismos recibieron de la anterior. Y sus hijos o alumnos pueden hacer lo mismo.

Börries von Münchhausen lo describe muy claramente en un poema:

La Bola de Oro

Por mucho amor que del padre recibiera,
No se lo pagué, ya que de niño
No reconocía el valor del don,
Y de hombre me hice igual que los hombres, y duro.
Ahora, un hijo me crece, tan bienamado
Como ninguno que fuera la delicia de un corazón de padre,
Y yo pago lo que en su tiempo recibí
Con él, que no me lo dio —ni me devuelve—.
Pues al hacerse hombre y pensar como los hombres, él, al igual que yo, hará sus propios caminos; nostálgico, pero sin envidia, lo veré,
Dando al nieto aquello que a mí me corresponde.
Lejos en la sala de los tiempos mi mirada va,
Contenida y serena, observando el juego de la vida:
La bola de oro cada cual, sonriente, pasa,
Y ninguno la bola de oro devolvió.
Aquello que se aplica a la relación entre padres e hijos, y entre maestros
Y alumnos, también se aplica a cualquier situación en la que sea imposible alcanzar una compensación devolviendo o intercambiando.
Es decir, a pesar de todo podemos aliviarnos del peso de la obligación, traspasando a otros algo de lo que recibimos.

El agradecimiento

Una última posibilidad de alcanzar un equilibrio entre tomar y dar es el agradecimiento. Al dar las gracias no rehúyo el dar. Aún así, a veces es la única respuesta adecuada al tomar. Por ejemplo, para una persona disminuida, o para un enfermo, o para un moribundo y, a veces, también para un enamorado.

Aquí, junto con la necesidad elemental de compensación, también entra en juego aquel amor elemental que atrae y vincula a los miembros de un sistema social, comparable a la fuerza de gravedad que mantiene unidos los cuerpos en el espacio. El amor acompaña el tomar y el dar y le precede. En el tomar se expresa como gratitud.

El que da las gracias, reconoce: «Tú das, independientemente de si yo en algún momento

podré pagártelo, y lo tomo de ti como un regalo. Y quien acepta el agradecimiento, dice: «Tu amor y el reconocimiento de aquello que doy me valen más que todo lo demás que aún puedas hacer por mí».

Así, al dar las gracias, no sólo nos afirmamos mutuamente con aquello que nos damos, sino también con aquello que significamos el uno para el otro.

En este contexto os contaré una pequeña historia:

El tomar

Un hombre se sentía muy agradecido y en deuda con Dios, por haber sido salvado de un peligro mortal. Preguntó a un amigo qué podía hacer para que su agradecimiento fuera realmente digno de Dios. Aquel, sin embargo, le contó una historia:

Un hombre quería a una mujer de todo corazón y le pidió que se casara con él. Pero ella tenía otras intenciones. Un día, al querer cruzar la calle juntos, por poco un coche hubiera atropellado a la mujer, de no ser por su acompañante que la detuvo con un movimiento rápido. En ese momento, ella se dirigió a él y le dijo:

—Ahora me casaré contigo.

-¿Qué te parece? —Preguntó el amigo— ¿Cómo se sentiría ese hombre entonces?

El otro, en vez de responder, tan sólo puso cara de indignación. —Ves, —dijo el amigo— quizás a Dios le pase lo mismo contigo. Aún os contaré otra historia al respecto:

El retorno

Un grupo de amigos tuvieron que marchar a la guerra juntos; vivieron peligros indecibles, y dos de ellos volvieron ilesos. Pero uno se había vuelto muy callado: la vivencia más importante para él había sido la salvación. A partir de ese momento, toda su vida posterior le parecía un regalo. El otro, sin embargo, muchas veces se encontraba con los amigos, presumiendo de sus proezas y de los peligros de los que se había salvado. Era como si hubiera vivido todo aquello en vano.

La felicidad

La felicidad inmerecida frecuentemente se vive como algo amenazante y temible. Esto tiene que ver con que secretamente pensamos que, con la felicidad, suscitáramos la envidia del Destino o de otras personas. Así, vivimos el hecho de tomar la felicidad como el atentado contra un tabú, como el cargar con una culpa, como el asentimiento a un peligro. El dar las gracias mitiga el miedo. A pesar de todo, la felicidad nos pide tanto humildad como valentía.

La justicia

La interacción de culpa e inocencia se inicia dando y tomando, y se regula mediante una necesidad de compensación, común a todos. En cuanto este equilibrio se alcanza, una relación puede darse por terminada, o ser retomada y continuada dando y tomando de nuevo.

Sin embargo, no puede darse ningún intercambio constante sin que una y otra vez se llegue a un equilibrio. Es igual que al andar: nos paramos si mantenemos el equilibrio; nos caemos y nos quedamos en el suelo si lo perdemos; y seguimos avanzando si alternativamente lo perdemos y lo volvemos a ganar.

La culpa como deuda y la inocencia como descarga y derecho a la reivindicación se hallan al servicio del intercambio. Gracias a esta culpa y a esta inocencia nos apoyamos mutuamente y nos unimos en el bien. Esta culpa y esta inocencia son una culpa y una inocencia buenas que nos hacen sentirnos en orden, bajo control y buenos.

Perjuicio y pérdida

Por otra parte, en el tomar y el dar también existen una culpa y una inocencia malas, por ejemplo, cuando aquel que toma es un perpetrador, y aquél que da, la víctima del primero. Es decir, cuando uno atenta contra otro de manera que éste no pueda defenderse. O cuando uno reclama algo que necesariamente tiene que perjudicar o doler al otro.

También aquí ambos, el perpetrador y la víctima, se hallan sometidos a la necesidad de compensación. La víctima tiene el derecho de exigirla, y el perpetrador se sabe obligado a satisfacer esta exigencia. Pero en este caso la compensación es en perjuicio mutuo, ya que, después de cometerse la injusticia, también el inocente trama el mal. Quiere perjudicar al culpable de la misma manera que éste le perjudicó a él. En consecuencia, al culpable se le exige más que una mera reparación: también tiene que expiar. Sólo cuando ambos, el culpable

y su víctima, fueron igualmente malos, perdiendo y sufriendo en la misma medida, vuelven a encontrarse en un mismo nivel. Sólo entonces es posible que entre ellos se establezcan la paz y la reconciliación, y puedan volver al intercambio positivo. O, cuando el daño y el dolor fueron demasiado grandes, puedan separarse en paz.

A este respecto aportaré un ejemplo:

La salida

Un hombre le contó a un amigo que su mujer, desde hacía veinte años, aún no le había perdonado que él, pocos días después de la boda, se hubiese marchado de vacaciones con sus padres porque decían que lo necesitaban para llevar el coche, dejando sola a su mujer durante seis semanas. Por mucho que había intentado persuadirla, disculparse y pedirle perdón, no le había servido de nada. El amigo le contestó:

—Lo mejor sería lo siguiente: deja que desee o haga algo para ella misma que a ti te cueste no menos que a ella en aquel entonces.

El hombre comprendió enseguida y se puso radiante. Ahora tenía la llave que realmente cerraba.

Es posible que a algunos les asuste la idea de que no sea posible la reconciliación si en tales casos el inocente no se enfada o se vuelve malo también y exige la reparación. Pero de acuerdo con la antigua frase de que el árbol se conoce por sus frutos, tan sólo tenemos que mirar y ver qué ocurre en el caso contrario, para darnos cuenta de qué es lo realmente bueno y qué lo realmente malo.

La impotencia

También en el contexto de daño y pérdida vivimos la inocencia de diversas maneras.

La primera es la impotencia, ya que el perpetrador actúa y la víctima padece. Al culpable solemos considerarlo tanto más culpable, y tanto más graves sus actos, cuanto más indefensa e impotente fuera su víctima. Pero una vez perpetrada la injusticia, la víctima raras veces permanece indefensa; podría actuar, exigiendo del perpetrador justicia y expiación para así poner fin a la culpa y permitir un nuevo comienzo.

Si la víctima misma no actúa, otros actuarán en su lugar, pero con la diferencia de que entonces tanto el daño como la injusticia que éstos cometen con otros en su lugar acaban siendo mucho más graves que si la víctima misma se hubiera ocupado de sus derechos y de su venganza.

A este respecto aportaré un ejemplo:

La doble transferencia

Un matrimonio mayor participó en un seminario. Ya la primera noche, ella desapareció. Cuando volvió a la mañana siguiente, se plantó toda provocativa delante de su marido y dijo:

Acabo de estar con mi amante.

Cuando la mujer estaba con otras personas del grupo, se mostraba atenta y llena de interés. Siempre que veía a su marido, sin embargo, estaba como fuera de sí. Para los demás era incomprensible por qué estaba tan enfadada con él, tanto más cuanto el hombre no se defendía, sino que mantenía una actitud objetiva. ¿Qué había ocurrido? Supimos lo siguiente: de niña, su padre la había enviado a pasar el verano en el campo con su madre y con sus hermanos, mientras que él se quedaba en la ciudad con su amante. De vez en cuando iba con la amiga a ver a la familia, y su mujer los recibía bien y los atendía sin reproches ni quejas. Ella reprimía su rabia y su dolor, y sus hijos lo notaban.

Esta actitud la podríamos llamar «virtud heroica», pero sus efectos son fatales. Ya que en los sistemas humanos el rencor reprimido vuelve a surgir más tarde, a saber, en aquellos que menos se pueden defender. En la mayoría de los casos son los hijos o los nietos, y ni siquiera se dan cuenta de ello. De esta manera se desarrolla una doble transferencia.

En un primer lugar, la transferencia a otro sujeto; en nuestro ejemplo, de la madre a la hija.

En un segundo lugar, la transferencia a otro objeto; en nuestro ejemplo, al marido inocente en lugar del padre culpable. También aquí la víctima es aquel que menos puede defenderse, porque ama a la perpetradora. Donde los inocentes prefieren sufrir en vez de actuar, pronto hay más víctimas inocentes y perpetradores culpables que antes.

En nuestro ejemplo, la solución habría sido que la madre de aquella mujer se enfadara abiertamente con su marido. De esta manera, él habría tenido que enfrentarse a la realidad y

se habría dado un nuevo comienzo o una separación clara.

Por otra parte hay que añadir que aquí la hija que venga a su madre no sólo ama a su madre, sino también a su padre. Lo imitaba comportándose con su marido de la misma manera que él había tratado a su madre. Así, pues, actúa aún otro patrón de culpa-inocencia, en el que el amor ciega a la persona para el orden. Es decir, la inocencia en un lado la ciega para la culpa y sus consecuencias en el otro lado.

La doble transferencia también la encontramos donde la víctima, después de los hechos, no pudo actuar por encontrarse impotente.

También a este respecto aportaré un ejemplo:

El vengador

Durante una psicoterapia, un hombre de unos cuarenta años sentía el miedo de que pudiera ser violento con alguien. Ni su carácter ni su comportamiento indicaban tal posibilidad. Así, el terapeuta le preguntó si en su familia había habido violencia.

Resultó que su tío, el hermano de su madre, fue un asesino. En su empresa tenía una empleada que, al mismo tiempo, era su amante. Un día, le enseñó a esa mujer la foto de otra mujer, pidiéndole que fuera a la peluquería para que le arreglaran el pelo exactamente de la misma manera que lo llevaba aquella mujer. Después de que ya se le había visto un tiempo con ese peinado, viajó con ella al extranjero y allí la asesinó. A continuación, regresó a su país con aquella mujer cuya foto había enseñado a su víctima. Ahora, ésta era su empleada y su amante. Pero todo salió a la luz, y el hombre fue condenado a cadena perpetua.

El terapeuta aún quería saber más de otros familiares, sobre todo de los abuelos, los padres del asesino. Se preguntaba dónde había que buscar la fuerza motriz para tal crimen. Pero el hombre sólo podía dar pocas informaciones. Del abuelo no sabía absolutamente nada, y la abuela había sido una mujer piadosa y respetable. Después, empezó a investigar más a fondo y descubrió lo siguiente: esa mujer piadosa, durante la época nazi y con la ayuda de su hermano, había denunciado a su marido por homosexual. Éste, en consecuencia, fue detenido y llevado a un campo de concentración, donde murió asesinado.

El verdadero asesino en el sistema, del que evidentemente provenía la energía destructora, era la abuela piadosa. El hijo, sin embargo, como un segundo Hamlet hizo de vengador del padre, pero, al igual que Hamlet, también cegado por una doble transferencia: él se hizo cargo de la venganza en lugar de su padre. Esta fue la transferencia en el sujeto. Sin embargo, respetó a la propia madre, matando en su lugar a la mujer amada. Esta fue la transferencia en el objeto.

Asimismo el hijo asume todas las consecuencias, no sólo por el crimen cometido por él mismo, sino también en lugar de su madre. De esta manera se parece a ambos padres, a la madre por el crimen, al padre por la prisión.

Así, pues, es ilusorio pensar que podríamos mantenernos alejados de toda maldad guardando las apariencias de la impotencia y de la inocencia en vez de encarar la culpa del perpetrador, incluso al precio de cometer algún mal nosotros mismos. De lo contrario, la culpa no puede encontrar ningún fin. Por tanto, quien se somete pasivamente a la culpa del otro, no sólo no puede guardar su inocencia, sino que, además, siembra la desgracia.

El perdón

A veces, el enfrentamiento necesario también se sustituye por el perdón, cuando éste tan sólo encubre y aplaza el conflicto en vez de solucionarlo.

Especialmente grave es el perdón cuando la víctima le perdona la culpa al culpable como si tuviera el derecho de hacerlo. Para lograr una reconciliación verdadera, el inocente no sólo tiene el derecho de exigir la reparación y la expiación, sino incluso tiene la obligación de hacerlo. Y el culpable no sólo tiene la obligación de llevar las consecuencias de sus actos, sino también tiene el derecho de hacerlo.

Un ejemplo:

La segunda vez

Un hombre y una mujer, los dos ya casados, se enamoran. Cuando, poco después, la mujer queda embarazada, se divorcian de sus respectivas parejas anteriores y contraen un nuevo matrimonio. La mujer no había tenido hijos antes. El hombre, sin embargo, tenía una hija pequeña de su primer matrimonio, que dejó con la madre. Ambos se sentían culpables ante la primera mujer del hombre y ante su hija, y su gran anhelo era que la mujer les perdonara. Ésta, sin embargo, estaba resentida con ellos, ya que tanto ella como su hija pagaban el precio en

beneficio de ellos dos.

Una vez, al hablar de su gran deseo con un amigo, éste les dijo que, por un momento, se imaginaran cómo se sentirían si aquella mujer realmente les perdonara. En ese instante se dieron cuenta de que, hasta entonces, aún habían rehuido las consecuencias de su culpa, y que su deseo de alcanzar el perdón se contradecía con la dignidad y los deseos de todos. Reconocieron que su nueva felicidad se fundamentaba en la desdicha de la primera mujer y de su hija, y decidieron responder adecuadamente a reclamaciones justificadas. Sin embargo, también se mantenían firmes en su elección.

La reconciliación

También existe el perdón bueno que respeta la dignidad del culpable guardando, al mismo tiempo, la propia. Este perdón exige que la víctima no lleve sus exigencias hasta el último extremo, y que también acepte la recompensa y la expiación que el perpetrador le ofrezca. Sin este perdón bueno no hay reconciliación posible.

Aportaré un ejemplo:

La revelación

Una mujer había dejado a su marido por un amante y pidió el divorcio. Después de muchos años, se dio cuenta de lo mucho que aún quería a su marido, y le preguntó si podía ser su mujer otra vez. El hombre, sin embargo, no quería pronunciarse, ni a favor ni en contra. Sin embargo, acordaron consultar el asunto con un psicoterapeuta.

Este preguntó primero al marido qué quería conseguir en la sesión. El hombre dijo:

—Sólo una revelación.

El terapeuta respondió que eso era difícil, pero se esforzaría por conseguirlo. Después preguntó a la mujer qué podía ofrecerle ella al marido para que sintiera ganas de volver con ella. Lo había imaginado todo demasiado fácil, y lo que ofrecía aún no significaba ningún compromiso. No era de extrañar que el marido no se impresionara en absoluto.

El terapeuta le señaló a la mujer que, sobre todo, tenía que reconocer que ella había herido a su marido. Y él tenía que ver que ella estaba dispuesta a reparar la injusticia cometida con él. La mujer se quedó unos instantes pensativa, después miró a los ojos a su marido y le dijo:

—Siento mucho lo que te hice. Por favor, déjame ser tu mujer otra vez. Te querré y te cuidaré; y a partir de ahora podrás fiarte de mí.

Pero el hombre seguía sin moverse. El terapeuta le miró y le dijo:

—Debió de dolerte mucho lo que tu mujer te hizo, y no quieres pasarlo una segunda vez.

En ese momento, sus ojos empezaron a humedecerse, y el terapeuta siguió:

—Alguien como tú, que tuvo que sobrellevar tanto dolor, muchas veces se siente moralmente superior al otro y reclama el derecho de rechazarlo como si no lo necesitara. Contra tal inocencia, el culpable se ve impotente.

El hombre sonrió como si lo hubieran pillado. Se volvió hacia su mujer y le miró a los ojos con cariño.

El terapeuta dijo:

—Esta fue la revelación. Son cincuenta marcos. Y ahora marchaos. Y no quiero saber cómo acaba.

El dolor

Cuando en una relación humana la culpa del perpetrador desemboca en una separación, solemos ver al perpetrador como libre e independiente. Pero si no perpetrara el acto hiriente, quizá tendría que ir a menos, teniendo así la pretensión y el derecho de guardarle rencor al otro.

Frecuentemente, el perpetrador procura comprarse la separación sufriendo tanto antes de la misma que el dolor de la víctima a la hora de separarse queda compensado. Quizás, a través de la separación, únicamente quiere abrirse paso a un ámbito nuevo o más extenso, y sufre porque sólo puede lograrlo haciendo daño o perjudicando al otro. Pero en una separación, no sólo el perpetrador tiene la posibilidad de un nuevo comienzo; también la víctima, sin esperarlo, se halla con nuevas posibilidades.

Pero cuando el otro se cierra ante este hecho, aferrándose a su dolor, le dificulta el nuevo camino al perpetrador, y ambos, a pesar de la separación, permanecen atados.

En cambio, donde también la víctima aprovecha la oportunidad de un nuevo comienzo, le proporciona libertad y desagravio al perpetrador. De todas las maneras de perdonar, esta es, quizá, la más bella, ya que reconcilia aunque la separación sea un hecho. Sin embargo, donde

la culpa y el daño adquirieron una magnitud fatal, únicamente puede darse la reconciliación si se renuncia por completo a toda expiación. Este es un perdón humilde y un asumir humildemente la impotencia. Así, ambos, la víctima y el culpable, se someten a un destino incalculable, poniendo fin a la culpa y a la expiación.

Lo bueno y lo malo

Solemos dividir el mundo en una parte que tiene el derecho de existir, y otra, que en el fondo no debería estar, aunque en realidad está y actúa. A lo primero lo llamamos bueno, o sano, o sanación y paz. A lo otro lo llamamos malo, o enfermo, o desgracia y guerra —y todas las demás expresiones que se suelen emplear—. Esto tiene que ver con que llamamos bueno y ventajoso a aquello que nos resulta leve; y a aquello que resulta grave, lo llamamos fatal o malo.

Pero mirándolo más detenidamente, vemos que la fuerza que hace se fundamenta en aquello que nosotros llamamos difícil, o malo, o grave. El desafío para lo nuevo nace de aquello que preferiríamos eliminar o excluir.

Por tanto, esquivando lo difícil o lo pecaminoso o lo beligerante, perdemos precisamente aquello que quisiéramos conservar: nuestra vida, nuestra dignidad, nuestra libertad, nuestra grandeza. Sólo quien también encara las fuerzas oscuras y asiente a ellas, se encuentra unido con sus raíces y con la fuente de su fuerza. Tales personas son más que buenas o malas: están en sintonía con algo más grande, con su profundidad y con su fuerza.

Lo propio

Ahora también hay una fatalidad o hechos graves que nos pertenecen como nuestro destino personal; por ejemplo, una enfermedad hereditaria, o circunstancias graves en nuestra infancia, o una culpa personal. Si asentimos a esta gravedad, integrándola en nuestra realización vital, se convierte para nosotros en una fuente de fuerza.

En cambio, si alguien se rebela contra este destino, por ejemplo contra una lesión recibida en la guerra, le resta fuerza a este destino. Lo mismo se aplica a la culpa y sus consecuencias.

Lo ajeno

En consecuencia, en los sistemas familiares frecuentemente otra persona adopta el destino rechazado o la culpa rechazada. Las consecuencias son doblemente graves.

Un destino o una culpa ajenos no nos da ninguna fuerza, ya que únicamente el destino y la culpa propios son capaces de hacerlo. Pero también aquel del que adoptamos el destino y la culpa se ve debilitado de esta manera. Su destino y su culpa pierden su fuerza también para él.

El destino

También nos experimentamos como culpables si fuimos favorecidos por el destino a costa de otros y sin que pudiéramos cambiar ni evitar nada.

Por ejemplo: alguien nace, pero su madre muere. Esta persona es inocente con toda seguridad. A nadie se le ocurriría pedirle cuentas por ello. No obstante, el conocimiento de su propia inocencia no puede proporcionarle ningún alivio. Dado que su vida se halla fatalmente vinculada con la muerte de la madre, nunca podrá deshacerse de la presión de la culpa.

Otro ejemplo: a un automovilista se le revienta una rueda mientras está circulando, el coche patina y choca contra otro vehículo. El otro conductor muere; él mismo se salva. Si bien no hay ninguna culpa por su parte, a partir de ese momento su vida estará vinculada con la muerte y el sufrimiento de otros, y a pesar de su clara inocencia se siente en deuda con ellos.

Un tercer ejemplo: alguien cuenta que al final de la guerra, su madre, embarazada de él, se trasladó al hospital militar para buscar a su padre y ponerlo a salvo en casa. En su camino de huida, sin embargo, un soldado ruso los amenazó. Ellos se defendieron y lo mataron. A partir de ese momento, aunque actuasen en defensa propia, ellos mismos, y también su hijo, se sentían en deuda, ya que ellos vivían donde otro, por cumplir con su deber, murió.

Ante una culpa y una inocencia tan fatales nos experimentamos como impotentes en todos los sentidos. Y es por eso que nos resultan tan difíciles de soportar. Si tuviéramos una culpa o un mérito, también tendríamos algún tipo de poder o de influencia. Pero aquí experimentamos que tanto para lo bueno como para lo malo nos hallamos expuestos a un destino incalculable que, independientemente de nuestra bondad o maldad, decide sobre muerte y vida, salvación y desgracia, sanación o perdición.

Esta impotencia fatal es tan aterradora para muchos que prefieren tirar la felicidad o la vida que ganaron, antes de tomarlas como una gracia. Frecuentemente estas personas intentan alegar,

al menos posteriormente, una culpa o un mérito personales para así quizá poder escaparse de la impotencia ante una salvación o una culpa inmerecidas.

El patrón habitual de reacción ante una culpa fatal es que la persona aventajada a costa de otros limita esta ventaja o la cede o la desecha; por ejemplo, a través de un suicido, una enfermedad, o contrayendo una culpa en el auténtico sentido moral y cargando con la pena correspondiente.

Estas soluciones se deben a un pensamiento mágico y no son más que una forma infantil de asumir la felicidad inmerecida. Ya que, bien mirado, de esta manera la desdicha no disminuye sino que aumenta.

Así, por ejemplo, cuando un hijo cuya madre murió en el parto se limita en su vida o se suicida, el sacrificio de la madre fue en vano y, por así decirlo, la madre aún carga con la responsabilidad por la desdicha de su hijo.

En cambio, si el hijo dice: «Querida madre, ya que perdiste tu vida al nacer yo, al menos quiero que no haya sido en vano: le sacaré provecho, en memoria tuya», la presión de la culpa fatal se convierte en un motor para su vida, haciendo posibles actos para los que otros no encontrarían las fuerzas. Así, el sacrificio de la madre surte un efecto positivo más allá de su muerte, lo cual reconcilia y da paz.

También aquí todos los afectados se hallan bajo la presión de la compensación. Ya que quien recibió del destino, también quiere dar algo equivalente, y si no puede dar nada, al menos quiere renunciar a algo equivalente. En este contexto, sin embargo, los caminos habituales nos llevan al vacío, ya que el destino no se preocupa ni de nuestras reclamaciones ni de nuestras reparaciones, ni tampoco de nuestra expiación.

La humildad

De hecho, es nuestra propia inocencia la que hace que la culpa fatal sea tan difícil de soportar. Si yo fuera culpable y se me castigara, o si yo lucra inocente y se me salvara, podía suponer que el Destino estuviera sujeto a un orden y una regla morales, y yo podría influir y dirigirlo mediante la culpa o la inocencia. En cambio, si se me salva independientemente de mi culpa o de mi inocencia, mientras que otros, independientemente de si son culpables o inocentes, perecen, entonces me encuentro expuesto en todos los sentidos ante estos poderes, viéndome confrontado inevitablemente con la impotencia fatal de mi propia culpa o inocencia.

Así, como única salida me queda la sumisión, el asumir conscientemente un contexto mucho más poderoso que mi propia voluntad, sea para felicidad o desdicha mía. La actitud fundamental en esta manera de actuar la defino como humildad. Ella me permite tomar mi vida y mi felicidad, mientras duren, al margen del precio que otros pagan por ellas. También me permite asentir a mi propia muerte y a mi propio destino difícil cuando a mí me toque, sean cuales fueran mi culpa o mi inocencia.

Esta humildad responde a la experiencia de que no soy yo quien determina el Destino, sino que el Destino me determina a mí. Me coge, me lleva y me deja caer, siguiendo unas leyes cuyo secreto no puedo ni debo revelar. Esta humildad es la respuesta adecuada a la culpa y la inocencia fatales. Ella me pone a un mismo nivel con las víctimas. Ella me permite honrarlas, no limitando o tirando aquello que tengo a costa de aquellas personas, sino justamente tomándolo agradecido, a pesar de su alto precio, pero después, pasando también algo a otros.

Hoy, en un primer lugar he hablado de la culpa y la inocencia en el dar y el tomar. Sin embargo, culpa e inocencia tienen muchas caras y actúan de muchas maneras. Ya que las relaciones humanas son una constante interacción de diferentes necesidades y órdenes, que también intentan imponerse mediante diferentes experiencias de culpa e inocencia. Estas experiencias diferentes de culpa e inocencia las trataré cuando hable de los límites de la conciencia y de los Órdenes del Amor.

Ahora, aún quisiera decir algo sobre el orden y la plenitud.

Orden y Plenitud

El orden es la manera en que lo diverso confluye. Por tanto, se caracteriza por la diversidad y la plenitud. Está en intercambio, uno lo disperso, recogiendo para la realización. Por tanto, se caracteriza por el movimiento.

Conjura lo pasajero en una forma que promete continuidad. Por tanto, se caracteriza por la permanencia.

Pero al igual que un árbol, antes de caer, libera el fruto que le sobrevive, así también el orden se mueve con los tiempos.

Por tanto, se caracteriza por la renovación y el cambio.

Los órdenes vivos vibran y se despliegan.
Nos impulsan y nos imponen disciplina a través del anhelo y del temor.
Poniendo límites, también nos dan espacio.
Se hallan más allá de aquello que nos separa.

II. HISTORIAS QUE DAN QUE PENSAR

Las historias pueden decir lo que de otra manera no debe ser expresado. Ya que también encubren aquello que muestran, y su verdad se intuye como los rasgos de una mujer a través de un velo.

Al escucharlas experimentamos lo mismo que una persona que entra en una catedral: ve el fulgor de las vidrieras porque ella misma se halla en la penumbra. Si se miran a plena luz del día, de las imágenes no queda más que el engaste.

El Engaño

Había una vez un rey muy viejo que cayó enfermo. Conociendo que iba a morir y preocupado por el futuro de su reino, llamó a su criado más fiel, de nombre Juan, a quien confió un secreto y le pidió:

— ¡Vela por mi hijo, ya que aún es muy joven, y sírvele con la misma lealtad que tuviste conmigo!

El fiel Juan se sentía importante —no era más que un criado— y sin sospechar nada malo levantó la mano diciendo:

—Os prometo guardar vuestro secreto y le seré fiel como lo fui con Vos, aunque me cueste la vida.

Así murió el rey, y una vez pasado el tiempo de luto, el fiel Juan llevó al joven rey por todo el palacio, abriéndole todas las habitaciones y enseñándole las riquezas del reino. Una puerta, sin embargo, omitió, y cuando el joven rey, impaciente, insistió en verla también abierta, Juan le avisó que su padre lo había prohibido. Finalmente, cuando el rey, obstinado, amenazó con abrirla por fuerza, Juan cedió, lleno de tristeza: abrió también aquella puerta, pero se adelantó rápidamente para ponerse delante de un retrato e impedir que el rey lo viera. Pero no le sirvió de nada. El rey lo apartó, vio el retrato y cayó al suelo desmayado. Había visto la imagen de la princesa de la Cúpula de Oro.

Cuando recobró el conocimiento aún estaba como fuera de sí, y ya no tenía otro pensamiento que convertirla en su mujer. Pero pedir su mano abiertamente le parecía demasiado osado, puesto que, como había oído, hasta ahora su padre había rechazado a cualquier pretendiente. Así, el fiel Juan y él pensaron un ardid.

Sabiendo que el corazón de la princesa de la Cúpula de Oro se deleitaba con todo lo que era de oro, cogieron del tesoro real las alhajas y vajillas de oro y las embarcaron en un navío. Después se hicieron a la vela y navegaron hasta la ciudad en que habitaba la princesa. Una vez llegados allá, el fiel Juan tomó una parte del oro y se fue al palacio para, secretamente, ofrecerla a la venta. Al oírlo la princesa, acudió para verlo todo, y cuando le contó que aún tenían mucho más en su navío, la convenció de que fuera con él a la embarcación. Allí la recibió el rey, disfrazado de comerciante, y aún la encontró mucho más hermosa que su retrato. Bajó con ella a la cámara y le enseñó los tesoros de oro.

Durante este tiempo, levaron el ancla y el navío se hizo a la mar. La princesa lo advirtió y se sintió aturdida. Pero después comprendió lo que estaba ocurriendo y que, en el fondo, eso correspondía a los deseos que ella misma secretamente había albergado; así siguió el juego. Cuando ya lo había visto todo, miró hacia fuera, vio que el navío estaba ya muy lejos de tierra, y pareció asustarse. Pero el rey, presentándole la mano, le dijo:

— ¡No temas! Yo no soy comerciante, soy un rey, y te quiero tanto que te pido que seas mi mujer.

Ella lo miró, lo encontró amable, asió el oro y asintió.

El fiel Juan, empero, llevaba el timón, y mientras aún silbaba alegremente por lo bien que había ido su ardid, distinguió en el aire tres cornejas que vinieron a colocarse en un mástil y empezaron a hablar entre sí.

La primera dijo:

—El rey se lleva ya a la princesa de la Cúpula de Oro, pero no es suya todavía. Cuando desembarquen presentarán al rey un caballo alazano y él se montará para ir a palacio. Pero el caballo se lanzará a los aires con él y no volverán a tener noticias suyas.

La segunda dijo:

—A no ser que otra persona se lance sobre el caballo y, cogiendo la isloa que lleva en la silla, lo deje muerto en el acto.

La tercera añadió:

—Pero el que lo sepa y lo diga será convertido en piedra desde los pies hasta la rodilla.

La segunda corneja dijo:

—Aún suponiendo que acabara bien lo primero, el rey no por eso poseerá a la princesa. Cuando llegue a su palacio, encontrará una magnífica camisa de boda, y él irá a ponérsela. Pero la camisa, como pez y azufre, le quemará hasta la médula.

La tercera corneja dijo:

—A no ser que una persona se adelante a él, la coja con guantes y la tire al fuego.

Y la primera añadió:

—Pero el que lo sepa y lo diga se convertirá en piedra desde las rodillas hasta el corazón.

La tercera corneja prosiguió:

—Aunque fuera bien lo segundo, el rey aún no poseerá a la princesa. Cuando comience el baile de la boda, la reina se desmayará y caerá como muerta. Y lo estará en realidad si no hay alguien que la levante, le abra el corpiño, le saque el pecho derecho, le chupe tres gotas de sangre y las vuelva a escupir.

Y la segunda corneja dijo:

—Pero el que lo sepa y lo diga se convertirá en piedra desde el corazón hasta la cabeza.

El fiel Juan sabía que ahora iba en serio. Pero, fiel a su promesa, se propuso hacer todo para salvar al rey y a la reina, aunque le costara la vida.

Al desembarcar sucedió todo lo que habían dicho las cornejas. Presentaron al rey un caballo alazano, y aún antes de que el rey pudiera montarlo, el fiel Juan saltó encima, cogió la pistola y tendió al caballo muerto. Los otros criados del rey dijeron:

— ¡Pero qué se permite! El rey quería montar este magnífico caballo e ir a palacio, y él se lo mata. ¡No hay que perdonarle!

Pero el rey les dijo:

—Es mi fiel Juan. Ya habrá tenido sus razones para obrar así.

Cuando entraron en el palacio hallaron la camisa de boda, y antes de que el rey pudiera ponérsela, el fiel Juan la cogió con guantes y la arrojó al fuego. Los demás criados murmuraron:

— ¡Qué atrevimiento! El rey quería ponerse la preciosa camisa para su boda, y él la arroja al fuego delante de sus ojos. No habría que perdonárselo.

Pero el rey replicó:

—Es mi fiel Juan. Ya habrá tenido sus razones para obrar así.

Finalmente se celebró la boda. Al comenzar el baile, la reina empalideció y cayó como muerta en el suelo. Enseguida, el fiel Juan se encontró a su lado y antes de que el rey se atreviera a hacer nada —aún era inexperto—, le abrió el corpiño, le sacó el pecho derecho, chupó tres gotas de sangre y las volvió a escupir. En ese mismo instante, la reina abrió los ojos y recobró la vida. El rey, empero, sintió vergüenza, y al oír que los demás criados se burlaban diciendo que eso sí que era demasiado, y que si el rey también ahora le perdonaba, perdería la autoridad, reunió el tribunal y condenó a muerte al fiel Juan.

Este, sin embargo, mientras lo conducían al patíbulo, aún pensaba si debía revelar lo que las cornejas le habían confiado; de todos modos tenía que morir: si no lo decía, moriría en la horca, y si lo decía, se convertiría en piedra. Finalmente optó por revelarlo, pensando: «Quizá la verdad los haga libres».

Al hallarse ante su verdugo y, al igual que otros delincuentes, tener la oportunidad de decir unas palabras, refirió ante todo el mundo por qué había hecho aquello que parecía tan grave, y al pronunciar la última palabra, cayó sin vida, convertido en piedra. Así murió.

El pueblo entero dio un grito de dolor, y el rey y la reina se retiraron al palacio y a su alcoba. Allí, la reina miró al rey y dijo:

—Yo también oí las cornejas, pero no dije nada por miedo de convertirme en piedra.

El rey le puso el dedo en los labios y le susurró:

—Yo también las oí.

Este no es todavía el final de la historia, ya que el rey no se atrevió a enterrar al fiel Juan convertido en piedra, y así lo puso como estatua delante de su palacio. Cada vez que pasaba delante de él suspiraba diciendo:

— ¡Ay, mi fiel Juan! ¡Qué pena!

Pero pronto tenía otras preocupaciones, ya que la reina quedó embarazada y, al cabo de un año, dio a luz a dos hijos gemelos, unos niños preciosos.

Cuando los niños tenían tres años, el rey ya no aguantó más y le dijo a la reina:

—Tenemos que hacer algo para devolverle la vida al fiel Juan, y lo conseguiremos sacrificando lo más entrañable que tenemos.

La reina se espantó:

— ¡Pero lo más entrañable que tenemos son nuestros hijos!

—Sí—dijo el rey.

A la mañana siguiente cogió la espada, les cortó las cabezas a sus hijos y vertió su sangre sobre la estatua del fiel Juan, con la esperanza de que volviera a la vida. Pero seguía siendo una piedra.

Al verlo, la reina gritó:

— ¡Éste es el final!

Se retiró a su alcoba, recogió sus cosas y volvió a su país. El rey, sin embargo, se fue a la tumba de su madre y allí lloró largo tiempo.

Quien ahora estuviera tentado de leer el cuento de la manera que nos fue transmitido, encontrará lo mismo que acaba de oír aquí —siempre que lo lea atentamente—. Pero al mismo tiempo encontrará también el cuento real que, si rehúye la visión desnuda de su verdad, le hace soportable lo terrible a través de algo hermoso; su miedo de encontrar, quizás, el cielo vacío se apacigua a través de una esperanza ilusoria.

El Amor

Un hombre, en sueños, oyó una noche la voz de Dios, diciendo: «Levántate, toma a tu hijo, a tu único y bienamado, llévalo al monte que te señalaré, y allí ofrécelo en holocausto».

Por la mañana, el hombre se levantó, miró a su hijo, su único y bienamado, miró a su mujer, la madre del niño, y miró a su Dios. Cogió al niño, lo llevó al monte, construyó un altar, le ató las manos y sacó el cuchillo para sacrificarlo. Pero en ese momento oyó otra voz, y en lugar de su hijo sacrificó un cordero.

¿Cómo mira el hijo al padre?

¿Cómo el padre al hijo?

¿Cómo la mujer al hombre?

¿Cómo el hombre a la mujer?

¿Cómo miran ellos a Dios?

¿Y cómo los mira Dios (suponiendo que exista) a ellos?

También otro hombre, por la noche, oyó en sueños la voz de Dios, diciendo: «Levántate, toma a tu hijo, tu único y bienamado, llévalo al monte que te señalaré, y allí ofrécelo en holocausto».

Por la mañana, el hombre se levantó, miró a su hijo, su único y bienamado, miró a su mujer, la madre del niño, y miró a su Dios. Y le respondió, cara a cara: « ¡No lo haré!».

¿Cómo mira el hijo al padre?

¿Cómo el padre al hijo?

¿Cómo la mujer al hombre?

¿Cómo el hombre a la mujer?

¿Cómo miran ellos a Dios?

¿Y cómo los mira Dios (suponiendo que exista) a ellos?

Ser y No-Ser

Un monje, que estaba a la búsqueda, pidió a un mercader una limosna.

El mercader, por un momento, lo miró y preguntó al dársela:

— ¿Cómo puede ser que tú me tengas que pedir a mí aquello que te falta para tu sustento, y, al mismo tiempo, me menosprecies a mí y también mi vida, cuando nosotros te concedemos lo que necesitas?

El monje respondió:

—Comparado con lo Último que busco, todo lo demás parece poco.

El mercader, empero, volvió a preguntar:

-Si un Último existe, ¿cómo puede ser algo que se pueda buscar o encontrarse, como si al final de un camino se hallara?

¿Cómo podría uno salir a su encuentro y, como si entre otras muchas cosas fuera una, apoderarse de ello?

¿Y cómo, por otra parte, podría uno volverle la espalda y, menos que otros, ser llevado por ello o estar a su servicio?

El monje contestó: —Lo Último encuentra quien renuncia a lo cercano y lo presente.

El mercader, empero, siguió **razonando**:

—Si un Último existe, es próximo a cada uno, aunque, como en todo Ser un No-ser y en todo Ahora un Antes y un Después, escondido en aquello que aparece y permanece.

Comparado con el Ser, que experimentamos como pasajero y limitado, el No-ser nos parece infinito, igual que el De Dónde y el A Dónde comparado con el Ahora.

El No-ser, sin embargo, se nos revela en el Ser, igual que el De Dónde y el A Dónde en el Ahora.

El No-ser, como la noche y la muerte, es principio sin conocimiento, y sólo brevemente, igual que un relámpago, nos destella su mirada en el Ser.

Así, lo Último también a nosotros se nos acerca sólo en lo próximo, y resplandece ahora.

Ahora también el monje preguntó: —Si lo que dices fuera la verdad, ¿qué quedaría aún para ti y para mí?

El mercader le dijo: —Aún nos quedaría por un tiempo la Tierra.

La fe

Alguien cuenta que escuchó a dos personas hablando de cómo habría reaccionado Jesús si al llamar a un enfermo y decirle: « ¡Levántate, coge tu cama y ve a tu casa!», éste le hubiera respondido: «No quiero».

Finalmente, uno de los dos contestó que probablemente Jesús, al principio, habría callado; después, sin embargo, se habría vuelto a sus discípulos diciendo: «Este rinde más honor a Dios que yo».

En un principio, tales historias quizá nos molesten, porque contradicen la consecuencia y la lógica habituales. Pero después barruntamos —superando las limitaciones— un sentido que ni la explicación puede aclarar, ni la contradicción, socavar. Y así cautivan.

Por tanto, en cuestiones fundamentales, muchas veces tenemos que tener varias opiniones a la vez. Ya que la plenitud incluye las contradicciones en vez de excluirlas, y así, también lo contrario no nos parece más que una parte entre muchas, que complementa a otras pero no las sustituye.

La exigencia

En tierras de Aram (donde hoy en día se encuentra Siria) tiempos atrás vivía un general; en un principio era conocido por su fuerza y su valentía; después, empero, atormentado por una grave enfermedad, no pudo tener contacto con nadie, ni siquiera con su mujer: tenía lepra.

Un día, una esclava le contó que en su país había un hombre que sabía curar su enfermedad. Así, pues, reunió un gran séquito, cogió diez talentos de plata, seis mil monedas de oro, diez vestidos de fiesta, además de una carta de recomendación de su rey, y se puso en camino.

Al cabo de una larga marcha y de algún extravío, llegó a la casa del curandero, y a voces pidió entrada. Allí estaba, pues, con todo su séquito y todo su tesoro, la carta de recomendación de su rey en la mano, esperando. Pero nadie le hacía caso. Ya empezó a ponerse impaciente y nervioso, cuando se abrió la puerta y salió un criado, dirigiéndose a él diciendo:

—Mi amo te hace saber: «Lávate en el Jordán, entonces te curarás».

El general pensaba que se estaba burlando de él, gastándole una broma.

— ¿Qué? —dijo—. ¿Este quiere ser un curandero? ¡Al menos hubiera tenido que salir personalmente, implorar a su Dios, iniciar un largo ritual y tocar con su mano cada llaga de mi piel! ¡Eso quizás me hubiera ayudado! ¿Y ahora quiere que simplemente me bañe en ese Jordán?

Y se giró, furioso, para emprender el camino de vuelta.

En el fondo, éste es el final de la historia. Pero dado que se trata de un cuento, acaba bien.

Cuando el general ya llevaba unos días en el camino de vuelta, una tarde se acercaron sus criados tratando de persuadirlo con buenas palabras.

—Querido padre —dijeron—, si ese curandero te hubiera exigido algo extraordinario, por ejemplo que cogieras un barco, te fueras a países lejanos, te sometieras a dioses desconocidos, durante años escudriñaras tu propio pensamiento, y tu fortuna se hubiera gastado, seguramente lo habrías hecho. Pero tan sólo te pidió algo muy sencillo.

Y se dejó convencer.

De mal humor y mala gana fue al Jordán, con repugnancia se lavó en sus aguas, y se hizo el milagro.

Al volver a casa, su mujer quería saber cómo le había ido.

—Ya ves —dijo—, vuelvo a estar bien. Pero por lo demás no hubo nada.

Quien una vez ha comenzado a diferenciar las historias que oye, ya no sucumbe ante lo bello con tanta facilidad. Guiándose por una instancia interior, que sabe más de lo que las palabras dicen, comprueba si aquello que oye y siente le fortalece, fomenta, nutre y le capacita para

actuar, o, por lo contrario, le debilita, le agobia, le pone fuera de sí y le paraliza. Aquello que realmente ayuda, a veces traspasa los límites habituales, comportando el riesgo del fracaso y de la culpa.

La ayuda

Alguien sale de su casa, se abre paso por el gentío que se agolpa en el mercado, sigue por la callejuela estrecha, llega a la carretera y al cruce. De repente, el chirrido de un frenazo, un autobús patina, algunas personas gritan —después oye el choque—.

Ya no sabe qué le pasa: a toda prisa huye, vuelve, primero por la carretera, después por la callejuela estrecha, se abre paso entre el gentío del mercado, alcanza su casa, se abalanza por el portal, lo cierra tras de sí, sube corriendo a su piso, cierra la puerta tras de sí, atraviesa volando un pasillo, hasta alcanzar la última habitación desolada, cierra la puerta tras de sí —y respira aliviado—.

Aquí está, pues: salvado, encerrado y solo. Tan vehemente siente el susto en sus huesos que ni siquiera se atreve a moverse. Así espera.

La mañana siguiente, su amiga lo busca. Coge el teléfono e intenta llamarlo, pero nadie contesta. Preocupada se dirige a su casa, llama al portal, pero nadie reacciona. Así se dirige a la policía para pedir ayuda, y vuelve con dos agentes. Abren primero el portal, suben rápidamente las escaleras hasta la puerta del piso, la abren, atraviesan corriendo el pasillo hasta llegar a la última habitación, llaman a la puerta y esperan un momento. Finalmente abren también la puerta de la habitación y encuentran, totalmente aterrado, al hombre.

La amiga les da las gracias a los dos ayudantes y les pide que se vayan. Después, espera un tiempo, siente que aún no puede hacer nada, promete que volverá a la mañana siguiente, y se va.

La mañana siguiente encuentra el portal abierto, pero el piso aún está cerrado. Lo abre, sigue hasta la última habitación, la abre y encuentra a su amigo. Como no le dice nada, ella le cuenta lo que acaba de vivir al ir a su casa: cómo el sol brillaba entre las nubes, los pájaros cantaban en las ramas, los niños jugaban a correr y la ciudad retumbaba a su ritmo. Se da cuenta de que tampoco esta vez puede hacer nada, promete volver a la mañana siguiente, y se va.

La mañana siguiente encuentra abiertos tanto el portal como la puerta del piso. Así avanza hasta la última habitación, la abre y encuentra a su amigo, todavía inmóvil. Ella espera un rato; después le cuenta que la noche anterior aún fue al circo, le describe el alegre vaivén, la animada música de marcha, el ambiente de jolgorio, la tensión cuando entraron los leones, y el alivio porque todo salió bien; también las travesuras de un payaso, los nobles caballos de borlas blancas, y el gentío risueño. Después, al acabar su relato, le promete: «Mañana volveré».

La mañana siguiente, incluso la puerta de la habitación está abierta. Pero nadie viene.

Ahora, el hombre aterrado no aguanta más en la casa. Cierra la puerta de la habitación tras de sí, cruza el portal y sale afuera. Se abre paso por el gentío que se agolpa en el mercado, luego sigue por la callejuela estrecha, llega a la carretera, atraviesa el cruce, y decididamente busca a su amiga.

Algunas historias nos conmueven, y por un momento puede parecer como si la muerte y la separación se hubiesen suprimido. Al escucharlas, nos relajan, como una copa de vino por la noche: después dormimos mejor. La mañana siguiente, sin embargo, nos volvemos a levantar y vamos al trabajo.

Otros que toman el vino se quedan en la cama, y haría falta alguien que los supiera despertar. Así les cuenta las historias ligeramente cambiadas, sacando del dulce veneno un antídoto, y a veces vuelven a despertarse, libres del conjuro.

El final

Harold, un joven de veinte años que frecuentemente hacía ver que trataba a la muerte de tú a tú, extrañando así a los demás, le contó a un amigo de su gran amor: Maude, de ochenta años ya; de cómo quería celebrar con ella su cumpleaños y también su compromiso, y cómo, en medio de la alegría, ella le confesó que había tomado veneno y que a medianoche su vida habría acabado.

El amigo permaneció pensativo durante un momento; después le contó una historia:

«En un planeta diminuto vivía una vez un pequeño hombre, y como allí era el único, se llamaba Príncipe, es decir, el Primero y el Mejor. Pero además de él había también una rosa. Antaño su olor había sido encantador, pero ahora parecía marchitarse cada momento, y el Pequeño Príncipe (aún era un niño) no descansaba en su esfuerzo por mantenerla viva. Durante el día

tenía que regarla y, por la noche, protegerla del frío. Pero cuando él necesitaba algo de ella (así como antes había sido posible de vez en cuando) ella le enseñaba sus espinas. Así, pues, no era de extrañar que con el tiempo él se cansara, y decidiera marcharse.

Primeramente visitó algunos planetas cercanos. Eran diminutos como el suyo, y sus príncipes, casi tan extravagantes como él. Allí no le retenía nada.

Después llegó a la bella Tierra y encontró el camino a una rosaeda.

Había allí miles de rosas, cada cual más bella, y el aire estaba cargado de su dulce fragancia. Ni en sueños habría pensado que hubiera tantas rosas, ya que hasta ahora tan sólo conocía una; y quedó cautivado por su exuberancia y su suntuosidad.

Pero entre las rosas lo descubrió un zorro astuto. Fingía ser tímido, y al ver que podía engatusar al pequeño extraño, le dijo:

—Quizá pienses que todas estas rosas sean bellas, pero no son nada especial. Crecen solas y piden poco cuidado. Tú rosa, en cambio, allá lejos, sí es única porque es exigente. ¡Vuelve con ella!

Al oír esas palabras, el Pequeño Príncipe se sintió desconcertado y triste, y tomó el camino que llevaba al desierto. Allí encontró un piloto que había aterrizado por una avería, y pensó que quizá podría quedarse con él. Aquél, sin embargo, era un frívolo cuyo único interés consistía en divertirse. Así, el Pequeño Príncipe le contó que volvería a casa con su rosa.

En cuanto se hizo de noche, sin embargo, se fue a hurtadillas a ver a una serpiente. Hizo como si la quisiera pisar, y ella le mordió. Él aún se sacudió un poco, después se quedó inmóvil. Así murió.

A la mañana siguiente, el piloto encontró su cadáver. « ¡Qué pillito!», pensó, y enterró los restos en la arena.

Harold —así se supo más tarde— debió de faltar al entierro de Maude. En lugar de ello, por primera vez en años, puso rosas en la tumba de su padre.

Vida y muerte

Cuando dos zulúes se encuentran, el uno dice: «Te he visto. ¿Aún estás con vida?».

«Sí —contesta el otro— aún estoy aquí. ¿Y tú?»

«También yo sigo con vida.»

Cuando un extraño le pregunta a un zulú, que aparentemente no hace nada: « ¿No te aburres?»», éste le responde; « ¡Pero si estoy viviendo!»». A él no le falta nada que tuviera que darle más contenido o sentido a su vida.

La misma actitud encontramos en uno de los fieles de Konradin, el último Staufer, que, de prisionero en un castillo, se hallaba jugando una partida de ajedrez con un amigo cuando un mensajero le comunicó: «Dentro de una hora serás ejecutado». Él contestó: « ¡Sigamos jugando!».

El Huésped

En alguna parte lejos de aquí, allá donde en su tiempo se encontraba el Lejano Oeste, un hombre iba caminando con su mochila sobre sus espaldas, atravesando un país vasto y solitario. Tras caminar muchas horas (el sol ya estaba alto y su sed se hacía imperiosa) vio una granja en el horizonte.

«Gracias a Dios —pensó—, por fin un hombre en medio de esta soledad. En su casa entraré, le pediré algo para beber, y quizá después nos sentemos un poco en la terraza y charlemos antes de que continúe mi camino.»

Y se imaginaba lo bonito que sería.

Al acercarse, sin embargo, vio que el granjero empezaba a afanarse en el huerto delante de su casa, y las primeras dudas lo invadieron. «Probablemente tendrá mucho que hacer —pensó— y si le digo lo que quiero, le caeré pesado; podría pensar que soy un descarado.»

Así, al llegar a la puerta del huerto, tan sólo saludó al granjero con un gesto y pasó.

El granjero, por su parte, ya lo había visto de lejos y se alegró.

«Gracias a Dios —pensó—, por fin otro hombre en medio de esta soledad. ¡Ojala venga conmigo! Entonces tomaremos algo juntos, y quizá nos sentemos en la terraza y charlemos antes de que siga su camino.»

Y entró en la casa para preparar unos refrescos.

Pero al ver al forastero que se acercaba, también él comenzó a dudar. «Seguramente tendrá prisa, y si le digo lo que quiero, le caeré pesado; podría pensar que lo importuno. Pero quizá tenga sed y quiera entrar él mismo. Lo mejor será que me vaya al huerto delante de casa y haga ver que tengo que hacer. Ahí tendrá que verme, y si realmente quiere venir *conmigo*, ya lo dirá.»

Cuando, finalmente, el otro no hizo más que saludarlo con un gesto y seguir su camino, se dijo: « ¡Qué pena! ».

El forastero, sin embargo, continuó caminando. El sol seguía subiendo, su sed aumentaba, y pasaron horas hasta que en el horizonte divisó otra granja. Se dijo a sí mismo: «Esta vez entraré en casa de este granjero, le caiga pesado o no. Tengo tanta sed que necesito algo para beber».

Pero también el granjero ya lo vio de lejos y pensó: «Espero que éste no venga conmigo. ¡Sólo me faltaría eso! Tengo tanto que hacer que no puedo atender a otras personas». Y siguió con su trabajo sin levantar la mirada.

El forastero lo vio en el campo, se acercó a él y dijo:

—Tengo mucha sed. ¡Por favor, dame algo para beber!

El granjero pensó: «Ahora no puedo rechazarlo, al fin y al cabo soy humano.» Así, lo llevó a su casa y le trajo algo para beber.

El forastero dijo:

—Estuve mirando tu huerto; se nota que es el trabajo de uno que entiende, que ama a las plantas y sabe lo que necesitan.

El granjero contestó:

—Veo que también tú entiendes de estas cosas...

Y se sentó y charlaron largo rato.

Después, el forastero dijo:

—Ya va siendo hora de que me vaya.

El granjero, sin embargo, se resistió, diciendo:

—El sol ya está bajo. Quédate conmigo esta noche; así **nos** sentaremos en la terraza y charlaremos antes de que mañana continúes tu camino.

Y el forastero asintió.

Al caer la tarde, se sentaron en la terraza, mientras el vasto país yacía transformado bajo la luz del crepúsculo. Al ceñirse la oscuridad alrededor de ellos, el forastero comenzó a contar cómo el mundo había cambiado para él desde que se había dado cuenta de que a cada paso había otro que lo acompañaba. Primeramente no quería creerse que había alguien que continuamente iba a su lado; que, cuando él paraba, también se detenía, y cuando él reanudaba su camino, volvía a levantarse con él. Y había tardado un tiempo en comprender quién era ése, su compañero.

—Mi continua compañera —dijo— es mi Muerte. Tanto me he acostumbrado a ella que ya no quisiera prescindir de tenerla a mi lado.

Es mi mejor amiga y la más fiel. Cuando no sé qué es lo correcto y cómo debería seguir, me detengo unos momentos para pedirle una respuesta. Me expongo a ella por completo, con mi superficie más grande, por así decirlo; sé que ella está ahí y yo estoy aquí. Y sin aferrarme a ningún deseo, espero que de ella a mí me llegue una señal. Si estoy centrado y la encaro con valentía, al cabo de un tiempo, de ella me llega una palabra (como un relámpago que ilumina lo que estaba oscuro) y veo con claridad.

Al granjero le parecían extrañas estas palabras; y largamente se quedó mirando la noche, sin decir nada. Después, también él vio quién le acompañaba: su propia Muerte. Y se inclinó ante ella. Le parecía transformado lo que aún quedaba de su vida; precioso como el amor que conoce el adiós y, como el amor, lleno hasta el borde.

A la mañana siguiente, comieron juntos y el granjero dijo:

—Aunque te vayas, me queda una amiga.

Después, salieron al aire libre y se dieron la mano. El forastero continuó su camino, y el granjero volvió a su campo.

Al final aún contaré una historia que, en aquel que se abandona a ella, mientras todavía la está escuchando, obra lo que está relatando.

La Posada

Alguien pasea por las calles de su ciudad. Todo le parece familiar aquí, y una sensación de seguridad lo acompaña, y también de leve tristeza. Porque muchas cosas mantuvieron su secreto ante él, y una y otra vez se encontró con puertas cerradas. A veces habría querido dejarlo todo y marcharse, lejos de aquí. Pero algo lo sujetaba, como si estuviera luchando contra un desconocido y no pudiera separarse de él antes de conseguir su bendición. Y así se siente prisionero entre ir hacia adelante e ir hacia atrás, entre marcharse o permanecer.

El hombre llega a un parque y se sienta en un banco. Se apoya contra el respaldo, respira

profundamente y cierra los ojos. Deja estar la larga lucha, se fía de su fuerza interior, siente que se va calmando y entregando, como una caña al aire, en armonía con la variedad, el vasto espacio, el largo tiempo.

Se ve a sí mismo como una casa abierta. Quien quiera entrar, puede venir; y todo el que llega, trae algo, se queda un rato y luego se va. De esta manera, en esta casa hay un continuo venir, traer, permanecer y partir.

El que llega nuevo y trae algo nuevo, envejece mientras permanece, y finalmente vendrá el tiempo de su partida. También llegan muchos desconocidos a su casa, que durante mucho tiempo estaban olvidados o excluidos, y también ellos traen algo, se quedan un rato y luego se van. Y también llegan los gamberros, a quienes preferiría prohibirles la entrada, y también ellos aportan algo, encuentran su lugar, se quedan un rato y vuelven a partir. Quienquiera que venga, siempre encuentra a otros que llegaron antes que él o que vienen después de él. Y como son muchos, cada uno tiene que compartir. Todo el que tiene su lugar, también tiene su límite. Todo el que quiera algo, también tiene que acomodarse. Todo el que haya venido, puede desarrollarse mientras permanezca. Él llegó porque otros se fueron, y se irá cuando otros vengan. Así, en esta casa hay tiempo y espacio suficientes para todos.

Estando así sentado, se siente a gusto en su casa, sabiéndose unido a todos los que vinieron y vienen, aportaron y aportan, permanecieron y permanecen, partieron y parten. Aquello que antes estaba inacabado, ahora le parece completo; percibe que una lucha se termina y que se hace posible la despedida. Aún espera el momento justo. Después, abre los ojos, echa una última mirada a su alrededor, se levanta, y se va.

III. LOS LÍMITES DE LA CONCIENCIA

Conocemos la conciencia como un caballo conoce al jinete que lo monta, y como un timonel conoce las estrellas en las que mide su posición y fija el rumbo. Pero — ¡ay!— por desgracia son muchos los que montan el caballo, y en el barco muchos timoneles se orientan por muchas estrellas. La cuestión es: ¿A quién se subordinan, si acaso, los jinetes? ¿Y qué rumbo le indica al barco el capitán?

La respuesta

Un discípulo se dirigió a un maestro:

— ¡Dime lo que es la libertad!

— ¿Qué libertad? —Le preguntó el maestro—. La primera libertad es la necesidad. Se asemeja al caballo que, relinchando, derriba a su jinete. Pero tanto más fuerte siente su mano después. La segunda libertad es el arrepentimiento. Se asemeja al timonel que se queda en el barco naufragado, en vez de bajar al bote salvavidas.

La tercera libertad es el entendimiento. Ella viene después de la necesidad y después del arrepentimiento. Se asemeja a la brizna que se balancea con el aire y, porque cede donde es débil, se sostiene.

El discípulo preguntó:

— ¿Eso es todo?

Replicó el maestro:

—Algunos piensan que son ellos mismos los que buscan la verdad de su alma. Pero la Gran Alma piensa y busca a través de ellos. Al igual que la Naturaleza, puede permitirse muchos errores, ya que sin esfuerzo sustituye a los jugadores equivocados por otros nuevos. A aquel, sin embargo, que deja que sea ella la que piense, a veces le concede algún margen de movimiento, y como el río lleva al nadador que se entrega a sus aguas, también ella lo lleva a la orilla, uniendo sus fuerzas a las de él.

Culpa e inocencia

La conciencia la experimentamos en nuestras relaciones y tiene que ver con nuestras relaciones, ya que todo actuar que tenga consecuencias para otros viene acompañado de un sentimiento consciente de inocencia y de culpa. Y al igual que el ojo, al ver, constantemente distingue la claridad de la penumbra, así, este sentimiento consciente en todo momento distingue si nuestro actuar favorece o perjudica la relación. Aquello que perjudica la relación es experimentado como culpa, y aquello que la favorece, como inocencia.

Mediante el sentimiento de culpa, la conciencia nos sujeta, obligándonos a corregir nuestro rumbo. Mediante el sentimiento de inocencia, nos deja rienda suelta, y una brisa fresca hincha la vela de nuestro barco.

Es similar al equilibrio: de la misma manera que un sentido interior, con la ayuda de los sentimientos de malestar o bienestar, nos impulsa y dirige constantemente para que mantengamos nuestro equilibrio, así también otro sentido interior nos impulsa y nos dirige con otros sentimientos de malestar o bienestar para que nos mantengamos en las relaciones importantes para nuestra vida.

Nuestras relaciones se logran teniendo en cuenta determinadas condiciones que, en lo esencial, nos vienen predeterminadas, comparables a las condiciones de arriba y abajo, delante y atrás, izquierda y derecha en el sentido del equilibrio. Bien podemos caer hacia delante o hacia atrás, hacia la derecha o hacia la izquierda si así lo queremos, pero un reflejo innato nos obliga a la compensación antes de producirse la catástrofe, por lo que justo a tiempo volvemos a encontrar el equilibrio.

De la misma manera existe un sentido superior a nuestra arbitrariedad, que vela por nuestras relaciones. Actúa como un reflejo, con la finalidad de conseguir el reajuste y la compensación en cuanto arriesgamos nuestra pertenencia alejándonos de las condiciones necesarias para el éxito de nuestras relaciones. Al igual que nuestro sentido del equilibrio, también el sentido relacional percibe al individuo junto con su entorno, registra el espacio libre y el límite, dirigiendo a la persona mediante diferentes sensaciones de malestar y de bienestar. Este malestar lo sentimos como culpa, y este placer, como inocencia.

Así pues, tanto la culpa como la inocencia sirven a un mismo señor. El obliga tanto a la inocencia como a la culpa a juntarse en un mismo tiro, delante de un mismo coche, dirigiéndolas en una misma dirección. De esta manera, ambas impulsan la relación, manteniéndola en el camino a través de su interacción. Bien quisiéramos tomar las riendas a

veces, pero el cochero no las suelta. Nosotros no somos más que prisioneros e invitados en su coche. El nombre del cochero, sin embargo, es Conciencia.

Las condiciones previas

Las condiciones **predeterminadas para las relaciones humanas** comprenden:

- la vinculación,
- la compensación,
- el orden.

Solemos cumplir estas tres condiciones, al igual que las condiciones para nuestro equilibrio, incluso en contra de otros deseos o intenciones, siguiendo el imperativo del impulso, de la necesidad y del reflejo. Las reconocemos como condiciones básicas porque al mismo tiempo las experimentamos como necesidades básicas.

El vínculo, la compensación y el orden se condicionan y se complementan mutuamente, y su interacción es lo que experimentamos como la conciencia. Así, pues, también experimentamos la conciencia como impulso, necesidad y reflejo, y en el fondo, como fundida con las necesidades de vinculación, de compensación y de orden.

Las diferencias

Ahora bien, aunque siempre existe una interacción entre estas tres necesidades de vinculación, de compensación y de orden, cada una de ellas tiende a imponer sus fines con un sentimiento propio de culpa y de inocencia. Así, pues, sentimos la culpa y la inocencia de maneras diferentes, dependiendo de la meta y de la necesidad a las que sirven.

- Al servicio del vínculo sentimos la culpa como exclusión y lejanía, y la inocencia, como cobijo y cercanía.
- Al servicio de la compensación entre dar y tomar sentimos la culpa como obligación, y la inocencia, como libertad o derecho.
- Sirviendo al orden, sentimos la culpa como infracción y como temor ante el castigo, y la inocencia, como cumplimiento concienzudo y como lealtad.

La conciencia sirve a cada uno de estos fines, aunque resulten contradictorios. En consecuencia, también experimentamos estas contradicciones en los fines como contradicciones en la conciencia. De hecho, muchas veces la conciencia, al servicio de la compensación, nos exige aquello que al servicio del vínculo nos prohíbe, y al servicio del orden nos permite aquello que al servicio del vínculo nos impide.

Así, por ejemplo, cuando le causamos a otro un daño igual que éste nos causó a nosotros, estamos satisfaciendo la necesidad de compensación y nos sentimos justos. El vínculo, sin embargo, por regla general queda destruido. Para corresponder tanto a la necesidad de compensación como a la de vinculación, el daño que nosotros le causamos debe ser un poco inferior al que él nos causó. De esta manera, la compensación sufre, pero el vínculo y el amor ganan.

Por otra parte, cuando le hacemos a otro tanto bien como él nos hizo a nosotros, bien suele darse la compensación, pero raras veces el vínculo. Para que la compensación favorezca también la vinculación tenemos que darle al otro un poco más de lo positivo que él nos dio a nosotros. Y él, al compensar lo recibido, tiene que darnos un poco más de lo que nosotros le dimos. Así, el dar y el tomar permiten tanto la compensación como un intercambio constante, fortaleciendo al mismo tiempo el vínculo y el amor.

Contradicciones similares experimentamos también entre las necesidades de vinculación y de orden. Por ejemplo, cuando una madre riñe a su hijo por algo que hizo, diciéndole que tiene que quedarse solo en su habitación durante una hora, y por cumplir con el orden deja al hijo solo durante una hora entera, esta madre cumple con el orden, pero el hijo se enfadará con ella, y con razón, ya que teniendo en cuenta el orden, la madre atenta contra el amor. En cambio, perdonándole al hijo el resto del castigo al cabo de un tiempo, la madre bien atenta contra el orden, al mismo tiempo, sin embargo, fortalece el vínculo y el amor entre ella misma y el hijo.

Por tanto, cualquiera que fuera nuestra manera de seguir a la conciencia, ésta tanto nos condena como nos absuelve.

Las diferentes relaciones

Ahora bien, al igual que nuestras necesidades, también nuestras relaciones difieren, siguiendo

intereses contradictorios. Si servimos a una relación es posible que perjudiquemos la otra. Y aquello que en una es considerado inocencia, en otra nos arroja a la culpa. Así, quizá, por un mismo acto nos hallemos ante muchos jueces, y mientras uno nos condena, el otro nos absuelve.

El orden

A veces experimentamos la conciencia como si fuera una sola. La mayoría de las veces, sin embargo, se parece más a un grupo en el que diversos representantes procuran imponer diversos fines con diversos sentimientos de culpa y de inocencia. En todo esto, tanto unos como otros tanto se apoyan como que se mantienen en jaque, siempre para bien de un todo mayor. A pesar de todo, aunque opuestos, tanto unos como otros sirven a un orden superior. Al igual que un general que en frentes diferentes, con tropas diferentes, en terrenos diferentes, con medios y tácticas diferentes, busca éxitos diferentes, este orden, por bien de un todo mayor, al final sólo permite éxitos parciales en todos los frentes. Por tanto, la inocencia siempre será un logro parcial.

La apariencia

Por tanto, culpa e inocencia casi siempre aparecen juntas. Quien extiende la mano para coger la inocencia, también toca la culpa; y quien está de inquilino en casa de la culpa, descubre como subinquilina a la inocencia. Asimismo, culpa e inocencia frecuentemente cambian sus vestidos, por lo que la culpa aparece vestida de inocencia, y la inocencia, vestida de culpa. Así, pues, las apariencias engañan, y sólo los efectos muestran lo que fue real.

A este respecto os contaré una pequeña historia:

Los Jugadores

Se presentan como enemigos. Luego se sientan, frente a frente, y juegan en el mismo tablero con una gran variedad de figuras, siguiendo reglas complicadas, jugada por jugada.

El mismo juego real.

Ambos sacrifican diferentes figuras a su juego, y, atentamente, se mantienen en jaque, hasta que el movimiento termina.

Cuando no va más, la partida está acabada.

Después, cambian de lado y de color, y del mismo juego comienza tan sólo otra partida.

Pero el que largamente juega, y muchas veces gana, y muchas veces pierde, en ambos lados se convierte en maestro.

El conjuro

Quien pretende descifrar los enigmas de la conciencia se adentra en un laberinto donde necesita muchos hilos de orientación para distinguir, entre el sinfín de caminos, aquellos que llevan afuera de aquellos que terminan sin salida.

Y moviéndose a tientas, a cada paso tiene que enfrentarse a los mitos e historias que surgen alrededor de la culpa y de la inocencia, seduciendo nuestro entendimiento y paralizando nuestros pasos si osáramos investigar aquello que secretamente transcurre. A los niños les pasa así cuando oyen hablar de la cigüeña, y los presos lo habrán experimentado cuando a las puertas del campo de muerte leyeron: « ¡El trabajo libera! ».

A veces, sin embargo, hay uno que tiene el valor de mirar abiertamente y de romper el conjuro. Como aquel niño que, en medio de las ovaciones de las masas desbocadas, señala al dictador y claramente dice en voz alta aquello que todos saben pero nadie se atreve a admitir o a expresar: « ¡Pero si está desnudo! ».

O como aquel juglar que se pone en el borde de la carretera donde un Flautista tiene que pasar con una fila de niños. Les toca una contramelodía que saca a algunos de su marcha acompañada.

La vinculación

La conciencia nos vincula con el grupo importante para nuestra supervivencia, cualesquiera que sean las condiciones que éste nos imponga. La conciencia no está por encima de este grupo, ni por encima de su creencia o superstición: está a su servicio.

Así como un árbol no elige el lugar en el que crece, y así como se desarrolla de manera diferente en un campo abierto o en un bosque, y en un valle protegido de otra manera que en una cima expuesta a la intemperie, así un niño se integra en el grupo de origen sin

cuestionarlo, adhiriéndose a él con una fuerza y una consecuencia únicamente comparables a una fijación.

El niño vive esta vinculación como amor y como felicidad, independientemente de si en este grupo podrá desarrollarse favorablemente o no.

La conciencia, sin embargo, reacciona a todo cuanto beneficie o ponga en peligro la relación. Por lo tanto, tenemos la conciencia tranquila si nos comportamos de manera que podamos estar seguros de tener aún el derecho de formar parte del grupo, y tenemos mala conciencia si nos hemos desviado de las condiciones del grupo, hasta el punto de tener que temer la pérdida total o parcial del derecho a la pertenencia. Ambas partes de la conciencia, sin embargo, sirven a una misma meta. Con un constante tira y afloja nos llevan e impulsan en una misma dirección, asegurando nuestra vinculación con las raíces y el tronco.

La medida de la conciencia, por tanto, es aquello que es válido en el grupo al que pertenecemos. Así, personas que provienen de grupos diferentes también tienen conciencias diferentes, y quien forma parte de diversos grupos, para cada grupo tiene una conciencia.

La conciencia nos mantiene con el grupo como un perro mantiene las ovejas con el rebaño. Pero en cuanto cambiamos de grupo, la conciencia, para protegernos, cambia de color como un camaleón. Así, tenemos otra conciencia con la madre, y otra con el padre. Otra con la familia, y otra en el trabajo. Otra en la Iglesia, y otra en el bar con los amigos. No obstante, siempre se trata del vínculo y del amor de vinculación, y del temor ante la separación y la pérdida.

¿Pero qué hacemos cuando un vínculo se opone a otro vínculo? En este caso buscamos la compensación y el orden de la mejor manera posible.

Contaré un ejemplo:

El respeto

Un hombre y una mujer preguntaron a un profesor qué debían hacer con su hija, ya que últimamente la mujer se veía cada vez más obligada a ponerle límites, y no se sentía lo suficientemente apoyada por su marido.

En primer lugar, el profesor les explicó en tres frases las reglas para una educación lograda:

1. En la educación de sus hijos, el padre y la madre, de maneras distintas, consideran correcto aquello que en sus propias familias era importante o faltaba.
2. El hijo sigue y reconoce aquello que a ambos padres les es importante o les falta.
3. Si uno de los padres se impone frente al otro en la educación, el hijo se alía con aquel que pierde.

Como siguiente paso, el profesor les propuso que se permitieran percibir dónde y cómo los amaba su hija. Se miraron a los ojos, y sus caras se iluminaron.

Por último, el profesor aún le recomendó al padre que, de vez en cuando, hiciera sentir a su hija cuánto se alegraba si ella era buena con su madre.

La lealtad

La conciencia nos ata con más fuerza cuando en un grupo ocupamos un lugar inferior, dependiendo de él. En cuanto ganamos poder en un grupo, o nos hacemos independientes, el vínculo se afloja, y con él se afloja también la conciencia.

Los débiles, sin embargo, se esmeran y siguen siendo fieles. Ellos muestran la entrega más desinteresada porque están atados. En una empresa son los trabajadores sencillos, en un ejército, los soldados comunes, y en la Iglesia, el pueblo fiel. Para el bien de los fuertes del grupo actúan a conciencia, arriesgando su salud, su inocencia, su felicidad y su vida, aún si los fuertes se aprovechan de ellos sin ningún tipo de escrúpulos, para aquello que ellos llaman los fines superiores.

Estos son los pequeños que dan la cara por los grandes, los verdugos que hacen el trabajo sucio, los héroes de una batalla perdida, las ovejas detrás de su pastor que las lleva al matadero, las víctimas que pagan la cuenta. Y son los hijos los que en lugar de sus padres o antepasados saltan a la brecha, realizando lo que no planearon, expiando, lo que no hicieron, y cargando culpas que ellos no causaron.

También a este respecto contaré un ejemplo:

El sitio

Un padre había castigado a su hijo por desobediente y, la noche siguiente, el hijo se ahorcó. Aunque ahora el padre ya era mayor, aún no había logrado deshacerse del peso de su culpa.

De repente, en la conversación con un amigo, se acordó de que cuando, pocos días antes del suicidio, la madre contó en la mesa que estaba embarazada de nuevo, ese mismo hijo exclamó, todo alterado: — ¡Por Dios, si ya no cabemos aquí!
Y el padre comprendió: el hijo se había ahorcado para quitarles la preocupación a los padres; había hecho sitio para el otro.

Fidelidad y enfermedad

Este amor de vinculación se manifiesta también en enfermedades graves, por ejemplo, en la anorexia. En su alma de niña, la anoréxica le dice a uno de sus padres: «Prefiero desaparecer yo antes que tú». Por tanto, una enfermedad de este tipo es difícil de curar, porque para nuestra alma infantil constituye una prueba de inocencia con la que esperamos conservar y asegurarnos nuestro derecho a la pertenencia. Así, pues, la enfermedad va unida a un sentimiento de fidelidad.

En consecuencia, la solución o la curación se temen y se evitan, aunque hacia fuera se afirme lo contrario. A ellas se une el temor de perder la pertenencia, y el sentimiento de culpa y de traición.

El límite

Donde la conciencia vincula, también pone límites, incluyendo y excluyendo. Muchas veces, por lo tanto, si queremos permanecer en un grupo, tenemos que negarle o retirarle al otro, que es distinto, la pertenencia que para nosotros reivindicamos. Así, por la conciencia, nos hacemos terribles para el otro, ya que, en nombre de la conciencia, tenemos que desear o hacer al otro, que se desvía de ella, aquello que para nosotros mismos tememos como consecuencia peor de una culpa y como amenaza extrema: la exclusión del grupo.

Pero de la misma manera que nosotros tratamos a otros, ellos, en nombre de la conciencia, también proceden con nosotros. Así, mutuamente nos ponemos un límite para el bien y, en nombre de la conciencia, suprimimos este límite para el mal.

Así, pues, culpa e inocencia no son lo mismo que bien y mal. Ya que muchas veces realizamos los actos malos con la conciencia limpia, y los actos buenos, con mala conciencia. Realizamos los actos malos con buena conciencia siempre que sirvan al vínculo con el grupo importante para nuestra supervivencia, y realizamos los actos buenos con mala conciencia siempre que pongan en peligro el vínculo con este grupo.

Lo bueno

Por lo tanto, el bien, que reconcilia y establece la paz, tiene que superar los límites que nos impone la conciencia a través de la vinculación con el grupo particular. Sigue a otra ley, oculta, que actúa en las cosas sólo porque son. Al contrario de la conciencia, actúa de una manera silenciosa y discreta, como el agua que fluye y pasa desapercibida. Percibimos su presencia tan sólo por sus frutos.

Sin embargo, la conciencia habla donde las cosas son. Un niño, por ejemplo, va al jardín, se maravilla de todo lo que crece, escucha a un pájaro en los arbustos. En ese momento llega la madre diciendo:

— ¡Mira, qué bonito!

Ahora, el niño, en vez de maravillarse y ser todo oídos, tiene que escuchar palabras, y la relación con aquello que es se sustituye por comentarios.

La conciencia del grupo

El vínculo que la conciencia establece con un grupo es tan trascendental, que sentimos como reivindicación y obligación aquello que en este mismo grupo otros sufrieron o causaron, aunque muchas veces, de manera inconsciente. En consecuencia, nos vemos implicados en culpas ajenas y en inocencia ajena, en pensamientos, preocupaciones y sentimientos ajenos, en conflictos ajenos y en consecuencias ajenas, en metas ajenas y desenlaces ajenos.

Así, por ejemplo, cuando una hija, por cuidar a sus padres ancianos, renuncia a la felicidad de tener su propia familia, y sus hermanos se burlan de ella y la menosprecian, posteriormente una sobrina imitará la vida de esta tía y, sin darse cuenta del contexto ni poder defenderse, sufrirá la misma suerte.

Aquí, contrastando con la conciencia personal que sentimos, actúa otra conciencia, más amplia, que actúa ocultamente y se antepone a la conciencia personal. La conciencia personal, de primer plano, nos ciega para la conciencia oculta, más extensa, y frecuentemente atentamos contra esta conciencia más extensa precisamente por seguir a la conciencia personal.

La conciencia personal que sentimos sirve a un orden que se muestra a través del impulso, de la necesidad y del reflejo. La conciencia más extensa, sin embargo, que actúa ocultamente, permanece inconsciente, de la misma manera que también el orden al que sirve frecuentemente permanece inconsciente. Así, pues, no podemos sentir este orden; únicamente lo reconocemos por sus efectos, más claramente por el sufrimiento que causa su infracción, sobre todo, para los hijos de una familia.

La conciencia personal, de primer piano, se refiere a personas con las que estamos vinculados de manera sensible, es decir, a los padres y hermanos, a familiares, amigos, cónyuges e hijos. Es a ellos a quienes esta conciencia les confiere un lugar y una voz en el alma.

La conciencia oculta, sin embargo, se hace cargo de todas aquellas personas que nosotros excluimos de nuestra alma y de nuestro pensar y sentir conscientes, ya sea porque los temamos o los condenemos, porque pretendamos oponernos a su destino, porque otros en la familia se hayan hecho culpables con ellos sin que en ningún momento esa culpa fuera nombrada ni tampoco expiada. También es posible que ellos hayan tenido que pagar aquello que nosotros tomamos y recibimos, sin que se lo agradeciéramos ni los valoráramos por ello. Esta conciencia se hace cargo de los expulsados y de los ignorados, de los olvidados y de los muertos, y a aquellos que aún se sienten seguros de su pertenencia, no les concede ninguna paz hasta que también los excluidos tengan nuevamente un lugar y una voz en su corazón.

El derecho a la pertenencia

La conciencia de grupo les concede a todos el mismo derecho a la pertenencia, y cuida de que a todos los que formen parte también se les reconozca este derecho a la pertenencia. Es decir, vela por el vínculo en un sentido mucho más amplio que la conciencia personal. Únicamente conoce una excepción, a saber, los asesinos, especialmente los asesinos de miembros del propio grupo. En lo que a ellos se refiere, por regla general esta conciencia exige que se les expulse.

La recompensa negativa

Cuando un miembro del grupo fue excluido o expulsado por los demás, aunque sólo fuera por el hecho de ser olvidado, como muchas veces ocurre en el caso de un hijo muerto en temprana edad, esta conciencia lleva a otro en el grupo a representar a la persona excluida, imitando la suerte de ésta sin siquiera darse cuenta de ello. Así, por ejemplo, a través de una identificación inconsciente un nieto imita a un abuelo excluido, viviendo y sintiendo y haciendo planes y fracasando como él, sin conocer el contexto.

Para la conciencia de grupo, ésta sería una compensación, pero a un nivel arcaico, de la misma manera que la conciencia de grupo en sí es una conciencia arcaica. Ella conduce a una recompensa negativa que no ayuda a nadie, ya que la injusticia cometida con un miembro anterior tan sólo es repetida por otro miembro posterior, inocente, sin alcanzar ninguna reparación. A pesar de todo, el excluido sigue siendo excluido.

La jerarquía

Aún otra ley fundamental se manifiesta a través de los efectos de la conciencia de grupo. En todo grupo reina una jerarquía que se orienta en el antes o el después. Es decir, según este orden, lo anterior tiene prioridad sobre lo posterior. Una persona anterior, por ejemplo un abuelo, se halla antepuesto con relación a una persona posterior, por ejemplo un nieto, y una persona posterior se halla pospuesta con relación a una persona anterior. Por tanto, en la compensación según la conciencia de grupo tampoco hay ninguna justicia para los posteriores, como si tuvieran los mismos derechos que los anteriores. La compensación arcaica únicamente tiene en cuenta a los anteriores, descuidando a los posteriores. Así, esta conciencia de grupo no permite que los posteriores se inmiscuyan en los asuntos de los anteriores, ni para hacer valer los derechos de éstos en su lugar, ni para expiar su culpa en su lugar, ni para redimirlos posteriormente de su destino grave. Bajo la influencia de la conciencia de grupo, el posterior reacciona a tal arrogación desarrollando una necesidad de fracaso y de ruina. Así, pues, siempre que en una red familiar aparecen comportamientos autodestructivos y cuando una persona, persiguiendo fines aparentemente nobles, a ojos vistas y ciegamente pone en escena su fracaso y su ruina, casi siempre el autor de tales actos es un pospuesto que, a través de su fracaso y casi aliviado, por fin honra a un antepuesto. Así, el poder arrogado termina en la impotencia, el derecho arrogado, en la injusticia, y el destino arrogado, en la tragedia.

A este respecto, contaré algunos ejemplos:

El anhelo

Una mujer joven sentía un anhelo incontenible que ella misma no podía explicar. Finalmente se dio cuenta de que no era su propio anhelo el que sentía, sino el anhelo de su hermana nacida del primer matrimonio de su padre. Al casarse su padre en segundas nupcias, ésta no pudo volver a verlo ni visitar a sus hermanastros nunca más. Entretanto había emigrado a Australia y las naves parecían quemadas. A pesar de todo, la mujer joven reanudó el contacto con ella, la invitó a Alemania, e incluso le envió el billete de avión. Pero la suerte ya no pudo detenerse: en el camino al aeropuerto desapareció.

El temblor

En un grupo, una mujer empezó a temblar en todo el cuerpo, y cuando el coordinador del grupo miró detenidamente el proceso, vio que ese temblor debía pertenecer a otra persona.

Le preguntó:

— ¿A quién pertenece este temblor?

La mujer contestó:

-No lo sé.

El otro siguió preguntando:

— ¿Será quizás un judío?

Ella dijo:

—Es una judía.

Cuando ella nació, un hombre de la SA vino a casa para felicitar a la madre en nombre del Partido. Detrás de una puerta, sin embargo, había una judía que escondían en la casa. Esa mujer temblaba.

El miedo

Una pareja llevaba ya muchos años de casados y aún no vivían juntos porque el hombre decía que sólo en una ciudad lejana podía encontrar el trabajo adecuado. Cuando en un grupo se le advirtió que en la ciudad de la mujer podía tener el mismo trabajo, encontró objeciones a todo. Así se manifestó que aún había otro motivo oculto para su comportamiento.

Su padre había pasado muchos años en un sanatorio a muchos kilómetros de la familia, porque padecía una tuberculosis grave, y cuando a veces venía de visita a casa, su presencia representaba una amenaza para la mujer y para los hijos. Hacía tiempo que el peligro ya no existía, pero ahora el hijo tomó sobre sí el mismo miedo, el mismo destino, y como si también él fuera un peligro, se mantenía alejado de su mujer.

La frase extraviada

Un hombre joven, en peligro de suicidio, contó en un grupo que, de niño, había preguntado a su abuelo materno: « ¿A ver cuándo te mueres por fin y haces sitio? ». El abuelo se rió con ganas, pero al nieto la frase le había rondado por la cabeza toda su vida.

El coordinador del grupo pensaba que la frase había salido por boca de un niño, porque en otro contexto no pudo ser expresada. Y realmente encontraron lo que buscaban.

Hacía muchos años, el otro abuelo, el paterno, había mantenido relaciones con una secretaria y, a continuación, su mujer contrajo tuberculosis. Aquí pertenecía esta frase: « ¿A ver cuándo te mueres por fin y haces sitio? ». El deseo se cumplió: la mujer murió.

Pero ahora, los postgénitos, inocentemente culpables y sin saber nada, se hicieron cargo de la culpa y del castigo. Primeramente un hijo evitó que su padre sacara provecho de la muerte de la madre: se fugó con la secretaria.

Después, un nieto se prestó para tomar sobre sí la frase siniestra y expiar la culpa: él estaba en peligro de suicidio.

Aún aportaré otro ejemplo. Un cliente me transmitió este caso por escrito, y me atengo exactamente a sus informaciones.

La expiación

La bisabuela de un cliente se casó con un campesino joven y quedó en estado. Estando aún ella embarazada el hombre murió, al parecer de fiebre nerviosa. Fue un 31 de diciembre cuando tenía 27 años. Una serie de sucesos masivos a partir de ese momento, sin embargo, indican que la bisabuela, ya durante este matrimonio, mantuvo una relación con el hombre que posteriormente se convertiría en su segundo marido, y que la muerte del primer marido estaba relacionada con este hecho. Incluso se sospechó que fuera asesinado.

La bisabuela se casó con su segundo marido —el bisabuelo del cliente— el 27 de enero. Este

bisabuelo murió de accidente cuando su hijo tenía 27 años. El mismo día, exactamente 27 años después, un nieto del bisabuelo murió de la misma manera en un accidente. Otro nieto desapareció a la edad de 27 años.

Exactamente cien años después de la muerte del primer marido de la bisabuela, un bisnieto se volvió totalmente loco un 31 de diciembre, a la edad de 27 años, es decir, la misma fecha y a la misma edad a la que murió el primer marido de la bisabuela. El 27 de enero, el aniversario de la boda de la bisabuela con su segundo marido, este bisnieto se ahorcó. Para entonces, su mujer estaba embarazada, igual que la bisabuela, al morir su primer marido.

El hijo del hombre que se había ahorcado, es decir, el tataranieto del bisabuelo del cliente, había cumplido 27 años un mes antes de la fecha de esa carta. Mi cliente tenía el presentimiento de que le podía pasar algo a ese hijo, pero pensaba que el peligro sería mayor en el aniversario de la muerte de su padre, es decir, exactamente el 27 de enero. Así, pues, fue a verlo para protegerlo, y juntos visitaron la tumba de su padre. Después, su madre contó que este hijo el 31 de diciembre había estado totalmente fuera de sí, jugando ya con un revólver, en ademán de suicidarse. Finalmente, la madre y su segundo marido pudieron disuadirlo. Todo esto ocurrió exactamente 127 años después de morir el primer marido de la bisabuela a la edad de 27 años, un 31 de diciembre. Falta añadir que estos familiares no sabían nada del primer marido de la bisabuela.

Aquí aparece, pues, un suceso fatal que sigue teniendo efectos trágicos hasta cuatro y cinco generaciones después.

Pero esta historia aún sigue. Unos meses después de esta carta, el cliente acudió a mí, presa del pánico, ya que estaba en peligro de matarse y no se veía capaz de defenderse contra sus ideas de suicidio. Le dije que se imaginara a sí mismo delante del primer marido de la bisabuela y que lo mirara, se inclinara profundamente ante él, hasta el suelo, y que le dijera: «Te doy la honra. En mi corazón tienes un lugar. Por favor, bendíceme si me quedo».

A continuación le pedí que les dijera a la bisabuela y al bisabuelo: «Cualquiera que fuera vuestra culpa, la dejo con vosotros. Yo no soy más que un hijo». Después le hice imaginar que retiraba su cabeza de la soga, con cuidado, y que lentamente retrocedía, dejando la cuerda colgando. Así lo hizo. Después, se sintió muy aliviado y liberado de sus ideas de suicidio. Desde entonces, el primer marido de la bisabuela se ha convertido en amigo y fuerza protectora para él.

La solución

Con este último ejemplo también acabo de mostrar una solución que cumple las exigencias de la conciencia oculta de una manera sanadora. Los excluidos reciben la honra, y reciben el lugar y el rango que les corresponde. Y los posteriores dejan la culpa y sus consecuencias allá donde pertenecen; se retiran humildemente. De esta manera se da una compensación que aporta reconocimiento y paz para todos.

La comprensión

En nuestras relaciones actúan, pues, órdenes que tanto se manifiestan en las conciencias, como también a través de sus efectos. Quien conoce estos efectos puede superar los límites de la conciencia a través de la comprensión. Esta comprensión sabe donde las conciencias nos ciegan, libera donde las conciencias atan, frena donde las conciencias empujan, actúa donde las conciencias paralizan, y ama donde las conciencias separan.

Para terminar, aún os contaré una historia al respecto:

El camino

Al padre anciano llegó el hijo, pidiendo: «Padre, ¡bendíceme antes de que te vayas!». El padre dijo: «Sea mi bendición que te acompañe un primer trecho en el camino del saber».

A la mañana siguiente, salieron al aire libre y de la estrechez de su valle subieron a una montaña.

El día ya se iba encogiéndose cuando llegaron a la cima, pero ahora hacia todas partes se extendía la tierra, hasta el horizonte a la luz.

El sol se puso, y con él se desvaneció la deslumbrante suntuosidad; se hizo de noche.

En la oscuridad, empero, destellaban las estrellas.

IV. HISTORIAS QUE CAMBIAN

Al principio os contaré una historia filosófica en la que los contrincantes luchan por el saber y la verdad, del mismo modo que otros, en otras historias, luchan por la solución y salvación.

Pero también aquí, quien parece ganar, no puede subsistir sin aquel que sucumbió, ya que ¿cómo podría uno superar la fuente mientras está bebiendo de ella?

Nosotros, sin embargo, al escuchar esta historia, no necesitamos posicionarnos, y así, mientras dure el relato, nos sentimos maravillosamente librados de la presión de los opuestos. Sólo cuando nosotros mismos volvemos a relacionarnos o a actuar, y en consecuencia también tenemos que tomar alguna decisión, las dicotomías nos atrapan nuevamente.

Dos tipos de saber

Un erudito preguntó a un sabio cómo los detalles se reunían para formar un todo, y cómo el conocimiento de lo diverso se diferenciaba del conocimiento de la plenitud.

El sabio dijo:

«Lo disperso se convierte en un todo si logra encontrar un centro y actuar centrado, ya que tan sólo a través de un centro lo diverso se hace esencial y real; su plenitud, empero, nos parece simple, casi poca cosa, como una fuerza tranquila dirigida a lo próximo, permaneciendo abajo y cerca de aquello que sostiene.

Para experimentar o transmitir la plenitud, por tanto, no necesito saber, ni decir, ni tener, ni hacerlo todo, uno por uno.

El que quiera llegar a la ciudad, entra por un solo portal.

El que toca una campana una vez, con sólo ese tono hace sonar muchos **otros más**.

Y el que coge la manzana madura, no necesita averiguar su origen: la tiene en su mano y la come».

El erudito objetó que el que quería la verdad, también tenía que saber todos los detalles.

Pero el sabio lo contradijo.

Tan sólo de la verdad antigua se sabía mucho.

La verdad que conducía más allá, era arriesgada y nueva.

Ya que, como una semilla oculta el árbol, también ella esconde su final.

Por tanto, el que vacila para actuar, porque pretende saber más de lo que el siguiente paso le permite ver, pierde lo que es efectivo.

Toma la moneda en vez de la mercancía, y de los árboles hace madera.

El erudito pensaba que eso sólo podía ser parte de la respuesta, y aún le pidió un poco más.

Pero el sabio lo rehusó: la plenitud, en un principio era como un barril de mosto, dulce y turbio, y necesitaba la fermentación y el tiempo suficiente para aclararse.

El que entonces, en vez de probarlo, bebe, empieza a tambalearse.

Caminos de sabiduría

El sabio asiente al mundo tal como es, sin temor y sin intenciones.

Está reconciliado con lo efímero y no tiende más allá de aquello que con la muerte perece.

Su mirada abarca el todo porque está en sintonía, y únicamente interviene donde la corriente de la vida lo exige.

Sabe distinguir si va o no va porque no guarda intenciones.

La sabiduría es el fruto de una larga disciplina y del ejercicio, pero quien la tiene, la tiene sin esfuerzo.

La sabiduría está siempre en camino, y alcanza su meta no porque busca —crece—.

El centro

Un hombre quiere saberlo, por fin. Se monta en su bicicleta, se va al campo abierto y, lejos de lo habitual, encuentra otro sendero. Ahí no hay indicadores, y así se fía de lo que con sus ojos ve delante de sí, y de lo que su paso puede recorrer. Le impele una cierta *alegría* de descubrir, y lo que antes más bien era un presentimiento para él, ahora se torna certeza. Pero después, el sendero termina a orillas de un río ancho, y el hombre baja de su bicicleta. Sabe que si aún quiere seguir más allá, tendrá que dejar en la orilla todo lo que lleva encima. Entonces perderá su terreno firme y será llevado e impulsado por una fuerza que puede más que él, de manera

que tendrá que confiarse a ella. Y por eso vacila y retrocede.

Al dirigirse de nuevo hacia su casa, se da cuenta de que sólo sabe poco de las cosas que ayudan, y que le es difícil transmitírselas a otros. Demasiadas veces le ha pasado lo de un hombre que sigue a otra bicicleta, cuyo guardabarros golpetea.

Le grita:

— ¡Eh, tú! ¡Tu guardabarros golpetea!

-¿Qué?

— ¡Tu guardabarros golpetea!

— ¡No te entiendo! —responde el otro—. ¡Mi guardabarros golpetea!

Algo ha ido mal aquí, piensa. Luego pisa el freno y da la vuelta.

Poco después, pregunta a un maestro anciano:

— ¿Cómo haces tú cuando ayudas a otros? Muchas veces vienen a verte personas, pidiéndote consejo en asuntos de los que sólo sabes poco. Pero después se encuentran mejor.

El maestro le dice:

—No depende del saber, si uno se para en el camino, y no quiere seguir adelante. Porque busca seguridad donde se pide valor, y libertad, donde la verdad ya no le deja elección. Y así va dando vueltas. El maestro, sin embargo, resiste al pretexto y a la apariencia. Busca el centro, y allí recogido espera —como uno que extiende las velas ante el viento-, si acaso le *alcanza* una palabra eficaz. El otro, al acercarse a él, lo encuentra allí donde él mismo tiene que llegar, y la respuesta es para ambos. Ambos son oyentes.

Y aún añade:

-El centro se distingue por su levedad.

La pura verdad no parece clara; al igual que la luna, empero, esconde un lado oscuro. Nos ciega porque brilla.

Así, cuanto más procuramos captar o imponer el lado que nos muestra, tanto más inabarcable y de forma secreta se sustrae su lado desconocido a todo concepto.

La vuelta

Alguien nace en su familia, en su país y su cultura, y ya de niño oye quién, hace tiempo, fue su modelo y su maestro, y siente el profundo anhelo de hacerse y de ser como aquél. Se une a un grupo de iguales, se ejercita en una disciplina de largos años, y sigue al gran modelo hasta ser idéntico a él, y pensar y hablar y sentir como él.

Pero una cosa, piensa, aún le falta. Así emprende un largo camino para, quizás, aún superar en la soledad más lejana una última frontera. Pasa por jardines antiguos, largamente abandonados. Aún florecen rosas silvestres y altos árboles traen su fruto cada año, pero éste cae al suelo sin cuidado por no haber nadie que lo quiera. Después comienza el desierto.

Pronto le rodea un vacío desconocido. Le parece como si aquí cualquier rumbo fuera indiferente, y también las imágenes, que a veces ve delante de sí, pronto se muestran vacías. Camina siguiendo su impulso, y cuando ya hace tiempo que no se fía de sus sentidos, de repente ve el manantial: brota de la tierra, y la tierra lo vuelve a recibir. Pero allí donde su agua llega, el desierto se convierte en un paraíso.

Al mirar a su alrededor, ve a dos desconocidos que se acercan. Ellos hicieron lo mismo que él: como él emprendieron un largo camino para, quizás, aún superar en la soledad del desierto una última frontera; y encontraron, como él, el manantial. Juntos se agachan, beben de la misma agua, y ya creen la meta casi conseguida. Después, se confían sus nombres:

—Yo soy Gautama, el Buda.

—Yo soy Jesús, el Cristo.

—Yo soy Mahoma, el Profeta.

Después, llega la noche y encima de ellos, como siempre, destellan las estrellas, inalcanzables en su lejanía y en su quietud. Todos enmudecen, y uno de los tres se sabe cerca de su gran modelo como nunca. Le parece como si por un momento pudiera intuir cómo se sentía cuando lo supo: la impotencia, la inutilidad, la humildad, y cómo debería sentirse si también conociera la culpa.

A la mañana siguiente, da la vuelta y sale salvo del desierto.

Una vez más su camino le lleva por los jardines abandonados, hasta acabar en uno que es el suyo. Delante de la entrada se encuentra un hombre mayor, como si lo hubiera estado esperando.

Le dice:

—Quien, como tú, de tan lejos encontró el camino de vuelta, ama la tierra húmeda. Sabe que

todo, si crece, también muere, y si acaba, también nutre.

—Sí —responde el otro—, estoy de acuerdo con la Ley de la Tierra.

Y empieza a trabajarla.

El vacío

Unos discípulos dejaron a un maestro, y en el camino de vuelta se preguntaban desengañados: «¿Qué estaríamos buscando con él?».

Uno de ellos respondió:

«A ciegas nos subimos a un coche que un cochero ciego conducía ciegamente, arreando a sus caballos ciegos. Pero si nosotros mismos, al igual que ciegos avanzáramos a tientas, quizás, encontrándonos al borde del precipicio, con nuestro bastón palparíamos la nada».

Las imágenes o mitos claros forman parte de la penumbra del espíritu que el héroe en su camino supera para no perder la cabeza.

Las imágenes que obran son oscuras.

La conversión

Hace un tiempo apareció un manuscrito en el que varias parábolas de Jesús se cuentan de una manera algo diferente a la habitual para nosotros, y un estudio escrupuloso demostró que, en lo que a su contenido se refiere, no cabe duda de su autenticidad. Una de esas parábolas es la historia del hijo pródigo, y en su nueva versión dice más o menos así:

Un hombre tenía dos hijos. El menor le dijo a su padre:

—Padre, dame mi parte de la herencia.

El padre se entristeció al ver lo que su hijo tenía en mente, pero se la entregó.

A los pocos días, el hijo menor recogió todo, se fue a un país lejano y malgastó sus bienes en una vida licenciosa.

Una vez lo hubo consumido todo, empezó a sentir hambre y se puso al servicio de un ciudadano de aquel país, cuidando cerdos. Con ganas habría comido de lo que se echaba a aquellos animales, pero nadie se lo daba.

En casa de aquel hombre rico encontró también a otro joven que había hecho lo mismo: también él había pedido su parte de la herencia, se había ido al mismo país lejano, lo había gastado todo en una vida licenciosa, y al igual que él, acabó con los cerdos.

Finalmente, ambos recapacitaron y uno de ellos dijo:

—Los siervos de mi padre tienen pan en abundancia y yo, su hijo, me estoy muriendo aquí de hambre. Volveré con mi padre y le diré: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Tenme como a uno de tus siervos».

El otro dijo:

—Yo lo hago diferente. Mañana mismo me voy a la plaza del mercado, me busco un trabajo mejor, ahorro una pequeña fortuna, me caso con una de las hijas de esta tierra y vivo igual que la gente de aquí.

Al llegar aquí, Jesús levantó la mirada, la dirigió a las personas que le escuchaban y les preguntó:

—¿Quién de estos dos habrá cumplido mejor la voluntad de mi Padre?

Desgraciadamente se me olvidó el número exacto del manuscrito...

La Sentencia

Un rico murió, y al llegar a las puertas del cielo, llamó y pidió entrada. San Pedro le abrió y le preguntó qué quería. El rico dijo:

—Quisiera una habitación de primera clase, con vistas a la tierra y, además, a diario mi plato preferido y la prensa del día.

San Pedro en un principio se resistía, pero al impacientarse el rico, lo llevó a una habitación de primera clase, le trajo su plato preferido y la prensa del día, le echó una última mirada y dijo:

—Dentro de mil años volveré —y cerró la puerta detrás de sí.

Al cabo de mil años volvió y miró por la ventanilla de la puerta.

—¡Por fin estás aquí! -exclamó el rico—. ¡Este cielo es horrible! San Pedro sacudió la cabeza.

—Te equivocas —dijo—, éste es el infierno.

La ceguera

Había una vez un oso polar al que llevaban de aquí para allá en un circo. No lo necesitaban para las funciones, sino sólo para la exposición. Así, siempre estaba en su caravana. Era tan estrecha que sólo podía dar dos pasos hacia adelante y dos pasos hacia atrás. Al cabo de un

tiempo, les dio pena el oso y se dijeron:

—Ahora lo venderemos a un zoo.

Allí tenía una gran área libre, pero aún así sólo daba dos pasos hacia adelante y dos pasos hacia atrás. Entonces otro oso polar le preguntó:

— ¿Pero por qué haces eso?

Y él respondió:

—Es por haber pasado tanto tiempo en la caravana.

Lo que muchas veces limita nuestra disposición para mirar es que experimentamos como obligación y como inocencia aquello que nos resulta fatal; y que experimentamos como traición de un orden y como culpa el mirar que nos muestra las soluciones. En consecuencia, el mirar se sustituye por una imagen interior, y aquello que ya pasó actúa como si aún estuviera.

A veces, la imagen interior únicamente se crea de oídas, formando así un orden que sólo existe en la imaginación. Así, el mirar se sustituye por el escuchar, la verdad por el libre albedrío, y el saber por el creer.

La curiosidad

Un hombre preguntó a un amigo:

— ¿Tu entiendes de obsesiones?

—Quizá —le respondió el amigo-, pero ¿de qué se trata realmente?

—Fui con mi mujer a una vidente y ésta le dijo que estaba poseída por el diablo. ¿Qué puedo hacer ahora?

El amigo contestó:

—Quien acude a una persona así, ya se lo merece. Porque ahora, quien está poseído eres tú, poseído por una imagen interior que tan fácilmente no te quitarás de encima.

« ¿Has escuchado hablar de Hernán Cortés? Con unos cuantos cientos de soldados conquistó el inmenso reino azteca. ¿Sabes cómo pudo hacerlo? No sabía qué pensaban los demás.

Hay historias en las que únicamente necesitamos retener muy poco. Las escuchamos como una sinfonía, reconociendo primero una melodía, después la otra, distinguiendo algunas palabras sueltas del coro. Pero al cabo de un tiempo empezamos a mover los dedos o los pies al compás de la música y quizás, al escuchar el acorde final, sentimos un escalofrío que nos acompaña durante un tiempo, y sin saber cómo, nos sentimos animados, como cuando una brisa fresca entra por la ventana.

La reunión

El señor de un reino floreciente, que mantenía abiertas sus fronteras hacia todas partes, sospechaba que a sus príncipes les importaban más sus provincias que el reino en su totalidad. Así los invitó a todos a su capital y corte.

El primer príncipe reinaba sobre las tierras altas, un altiplano fructífero, la huerta del reino. Sus súbditos eran famosos por su viveza y su perspicacia, por su sentido de la belleza y su alegre modo de vivir. Un pueblo trabajador y risueño.

El segundo reinaba sobre las montañas del centro, en cuyos valles se escucha el eco hasta los rincones más recónditos. Sus súbditos tenían fama de escrupulosos, de velar por la ley y el orden, y allí estaban los mejores funcionarios. Además, les gustaba tocar en familia.

El tercero reinaba sobre las tierras bajas. Al este limitaba con el mar y todavía quedaban muchas partes sin descubrir. Sus súbditos vivían en una estrecha franja costera, trabajaban sus pequeños huertos cercados, apenas se conocían y sabían poco del vasto mundo. Algunos de ellos, sin embargo, salían al mar desconocido y cuando volvían conocían los secretos de las profundidades, sus peligros y su belleza. Pero hablaban poco de ello.

Cuando los tres llegaron a la corte, el rey dispuso la sala más lujosa para recibirlos. Artistas itinerantes de las tierras altas la habían decorado. En sus paredes, frescos luminosos difuminaban los límites del espacio, y su techo era una única imagen, pintada tan perfectamente que daba la impresión de estar al aire libre, mirando al cielo abierto. A través de las ventanas diáfanas, la mirada se cernía sobre jardines en plena flor, y la mesa lucía guirnaldas de flores de tal variedad de formas y colores que los ojos no se cansaban de mirar la resplandeciente suntuosidad.

De las montañas del centro habían invitado a músicos, cada cual un maestro en su instrumento, para que deleitaran a los huéspedes.

El primero tocaba el laúd y como por encanto le sacaba sonidos cual gotas que caen en un cuenco de plata. Y cuando *acariciaba* las cuerdas, un eco de muchas voces vibraba en la sala, se iba extinguendo como flotando en la lejanía, y finalmente parecía sonar hasta el silencio, de

tan maravillosa que era su interpretación.

El segundo pasaba el arco por su violín. Sus sonidos brotaban suaves y se iban derramando, crecían y se arrastraban casi imperceptibles, murmuraban y a veces sollozaban, seducían como el arrullo de las palomas, crujían bruscamente para luego volver a fluir livianos e intensos.

El tercero tocaba un tubo de latón que resonaba como si el sol saliera vigoroso y brillante al amanecer, haciendo vibrar las ventanas cuyos cristales parecían romperse de la agudeza de su cantar.

El cuarto soplaba una caña de bambú cuyos sonidos eran como el respirar fluido o la llamada de un mirlo o el rugir del vendaval. Después, de nuevo voces de pájaros y luego un susurro que se desvanecía.

El quinto golpeaba hábilmente con palillos sobre una fila de maderas, haciéndolas sonar como el choque de copas o como campanillas plateadas zarandeadas por el viento.

El sexto tocaba un órgano de tubos con ocho registros que zumbaba, susurraba, bordoneaba, retumbaba, bramaba, rugía y tronaba. Sus acordes conferían al tocar de los otros resonancias de plenitud y gravedad, y tan poderosa era su voz que la sala se estremecía como si intentara vibrar al unísono.

De las tierras bajas habían invitado a bailarines y juglares para divertir a los convidados. Ensayaban los pasos delicados, giros hacia la derecha y hacia la izquierda, piruetas y grandes gestos. Después se desperezaron para estirar sus músculos. Uno de ellos incluso ensayaba para pasar descalzo y con los ojos vendados por una cuerda balanceante. Pero en ese momento llegaron los cocineros con fuentes humeantes que desprendían el buen olor de los manjares. Un mayordomo probó el vino fresco, lo dejó pasar por debajo de su lengua, saboreó el buqué, notó cómo su paladar se contraía suavemente, inhaló su olor, tuvo que estornudar, pero enseguida recobró la compostura ya que en ese instante comenzó la entrada de los invitados.

Fue una fiesta espléndida. Si bien los invitados tardaron un tiempo en poder comunicarse, pronto se sintieron atraídos los unos por los otros, mutuamente se presentaron su arte y a sus artistas, se brindaron íntima amistad y no querían separarse nunca más. Sólo el rey se mostraba extrañamente discreto. Se dio cuenta de lo extraños que le resultaban sus huéspedes y de que, para conocerlos de verdad, tenía que ponerse en camino y visitarlos a ellos de la misma manera que ellos lo habían visitado a él.

A la mañana siguiente, los tres príncipes aparecieron juntos ante el público. Pero al mediodía ya estaban de nuevo en el camino de vuelta, cada cual hacia su provincia habitual.

Del rey, sin embargo, se oyó decir que ya de buena mañana había iniciado un viaje largamente atrasado hacia sus provincias y hasta las fronteras, atravesando su propio país.

El todo

Un filósofo famoso defendía la opinión de que un burro situado justo en medio de dos montañas de heno que desprendían el mismo aroma y que ofrecían el mismo aspecto apetitoso, seguramente tenía que morir de hambre por no poder decidirse por ninguna de ellas.

Un campesino que lo escuchó dijo: «Eso únicamente le ocurre a un burro filosófico. Un burro de verdad, en lugar de o lo uno o lo otro, come lo uno y lo otro».

Lo mismo

Un airecillo sopla y susurra, el vendaval golpea bramando. Pero es el mismo viento, la misma melodía.

La misma agua nos sacia y nos ahoga, nos sostiene y nos sepulta.

Lo que vive, consume, se mantiene y destruye, en el uno como en el otro impulsado por la misma fuerza. Es ella la que cuenta.

¿A quién le sirven, pues, las diferencias?

Las historias, si son buenas, dicen más de lo que deberían y más de lo que nosotros comprendemos de ellas. Se nos escapan al igual que nuestros actos se escapan de nuestras intenciones, y un hecho, de su interpretación.

Por tanto, algunos, al escuchar historias, lo hacen como un hombre que por la mañana se va a la estación y coge un tren que le lleva a lugares lejanos. Se busca un asiento al lado de la ventana y mira hacia fuera. Las imágenes se van siguiendo una tras otra: altas montañas, puentes atrevidos, ríos en su camino hacia el mar. Pronto ya no puede captar las imágenes una

por una, demasiado rápido va su viaje. Así se reclina en su asiento y se expone a ellas en su totalidad. Por la tarde, sin embargo, al llegar a su destino, baja del tren diciendo: «He visto y vivido mucho».

La Comprensión

Un grupo de hombres animados por los mismos sentimientos, que aún se consideraban principiantes, se encontraron y hablaron de sus planes para un futuro mejor. Acordaron hacer las cosas de otra manera.

Lo común y lo cotidiano y todo el eterno ciclo les parecían demasiado estrechos. Ellos buscaban lo sublime, lo singular, lo amplio, y esperaban encontrarse a sí mismos como nunca nadie lo había conseguido. En su mente ya veían la meta conseguida, se imaginaban cómo sería, sentían cómo sus corazones latían de emoción y se impacientaban, y decidieron actuar.

—Primeramente -dijeron— tenemos que buscar al Gran Maestro, porque por ahí se empieza. Después emprendieron el camino.

El maestro vivía en otro país y pertenecía a otro pueblo. Muchas maravillas se habían contado de él, pero nunca nadie parecía saber nada concreto. Pronto quedó atrás lo habitual, ya que aquí todo era diferente: las costumbres, el paisaje, el habla, los caminos, la meta. A veces llegaban a un lugar del que se decía que el maestro estaba ahí. Pero siempre que querían saber algo más, oían que justamente acababa de partir, y que nadie sabía el rumbo que había tomado. Finalmente, un día lo encontraron.

Estaba con un campesino, trabajando en el campo. Así se ganaba su sustento y un cobijo para la noche. Primero no podían creer que este fuera el maestro largamente anhelado, y también el campesino se asombró al ver que consideraban tan especial al hombre que estaba con él en el campo. Éste, sin embargo, dijo:

—Sí, soy un maestro. Si queréis aprender de mí, quedaos aquí una semana más, entonces os instruiré.

Enseguida entraron al servicio del campesino y, a cambio, recibían comida, bebida y alojamiento. Al cabo de ocho días, al caer la tarde, el maestro los llamó, se sentó con ellos bajo un árbol, se quedó mirando el crepúsculo y empezó a contarles una historia.

—Hace mucho tiempo, un hombre joven estuvo pensando qué quería hacer con su vida. Provenía de familia distinguida, no conocía el apremio de la penuria y se sentía obligado a buscar lo sublime y lo mejor. Así dejó al padre y a la madre, siguió a los ascetas durante tres años, luego también los dejó. Encontró después al Buda en persona y supo que tampoco eso le bastaba. Aún más alto quería llegar, hasta donde el aire ya se enrarece y se respira con dificultad, donde nadie había llegado antes que él. Cuando por fin llegó, se detuvo. Se encontraba al final de aquel camino y vio que había sido un extravío.

Ahora quiso tomar el rumbo contrario. Bajó, llegó a una ciudad, conquistó a la cortesana más bella, se hizo socio de un comerciante rico, y pronto fue rico y respetado él mismo. Pero no había bajado a lo más profundo del valle, tan sólo se movía en el borde superior: para arriesgarse del todo le faltaba el valor. Tenía una amante, pero no una mujer; tuvo un hijo, pero no fue padre. Había aprendido el arte del amor y de la vida, pero no el amor y la vida mismos. Empezó a aborrecer lo que no había aceptado, hasta que se cansó y también dejó aquello.

Aquí el maestro hizo una pausa.

-Quizá reconozcáis la historia —dijo—, y también sabéis cómo acabó. Se dice que el hombre, al final, se hizo humilde y sabio, amante de lo común. ¡Pero qué es eso, si en un principio se desaprovechó tanto! El que se fía de la vida no rehúye lo cercano para buscar un ideal lejano. Domina primero lo ordinario, ya que, de lo contrario, también lo extraordinario en su vida —suponiendo que exista— no es más que el sombrero de un espantapájaros.

Se había hecho el silencio, y también el maestro callaba. Después se levantó sin decir palabra y se fue.

Ahora, los que tanto tiempo parecían animados por los mismos sentimientos, nuevamente tenían que defenderse solos. Algunos de ellos no querían creerse que el maestro los hubiera dejado y partieron a buscarlo de nuevo. Otros apenas eran ya capaces de distinguir entre sus deseos y sus miedos y, al azar, tomaron cualquier camino.

Uno, sin embargo, se lo pensó. Volvió de nuevo junto al árbol, se sentó y miró a lo lejos, hasta que en su interior se hizo la calma. Sacó de su interior aquello que lo acosaba y lo puso delante de sí, como quien después de una larga marcha se quita la mochila antes de descansar. Y se sentía ligero y libre.

Ahí estaban pues, delante de él, sus deseos, sus miedos, sus metas, su necesidad real. Y sin mirarlos más de cerca, ni querer nada determinado, más bien como uno que se entrega a lo

desconocido, esperaba que ocurriera como por sí solo, que cada cual encontrara el lugar que en el todo le correspondía, según su propio peso y su rango.

No tardó mucho, y se dio cuenta de que allá fuera se iba aclarando, como si algunos se marcharan a hurtadillas, como ladrones desenmascarados que se dan a la fuga. Y comprendió: aquello que había tenido por sus propios deseos, sus propios miedos, sus propias metas, todo aquello no le había pertenecido nunca. Todo eso venía de otra parte totalmente distinta, y tan sólo se había anidado en su vida.

Pero ahora su tiempo había acabado.

Parecía moverse aquello que aún quedaba delante de él. Volvía a él aquello que realmente le pertenecía, y cada cual ocupaba su justo lugar. Fuerza se reunía en su centro, y finalmente reconoció su propia meta, la meta que a él le correspondía. Aún esperó un poco, hasta sentirse seguro. Después se levantó y se fue.

La Plenitud

Un joven preguntó a un anciano:

— ¿Qué te distingue a ti, que ya casi fuiste, de mí, que aún seré?

El anciano dijo: —Yo he sido más.

Bien es verdad que el día joven, que llega, parece más que el viejo, ya que el viejo, antes que aquél, ya fueron. Pero también él, aunque aún esté por venir, tan sólo puede ser aquello que ya fue, y se hace más, cuanto más haya sido también él.

Como en su tiempo el viejo, también él al principio sube bruscamente hacia el mediodía, alcanza el cenit aún antes del pleno calor y, así parece, se mantiene un tiempo en la cúspide; después, tanto más cuanto más tarde y como si su peso creciente lo arrastrara, se inclina profundamente hacia la tarde y queda completo en cuanto, al igual que el viejo, haya sido del todo.

Pero aquello que ya fue no está pasado. Permanece porque ha sido, actúa aunque fue, y aún aumenta por lo nuevo que le sigue. Ya que, como una gota redonda de una nube que pasó, aquello que ya fue se hunde en un mar que permanece.

Sólo aquello que nunca pudo ser nada, porque lo dejamos pasar sin experimentarlo, lo pensamos sin hacerlo, y lo desechamos, pero no lo pagamos como precio por aquello que elegimos, aquello está pasado.

De ello no queda nada.

El Dios del tiempo justo, por lo tanto, se nos presenta como un joven que lleva un mechón delante y una calva detrás. Por delante podemos asirlo por el mechón, por detrás tan sólo cogemos el vacío.

El joven preguntó:

-¿Qué debo hacer para que de mí se haga lo que tú ya fuiste?

El anciano dijo:

-¡Sé!

V. LOS ÓRDENES DEL AMOR ENTRE PADRES E HIJOS Y EN EL SENO DE LA RED FAMILIAR

Primero hablaré de la interacción entre orden y amor. Es un texto denso y lo recitare lentamente:

Orden y Amor

El amor llena lo que el orden abarca. El uno es el agua, el otro el jarro.

El orden recoge, el amor fluye.

Orden y amor se entrelazan en su actuar.

Igual que una melodía, al sonar, se guía por las armonías, así el amor se guía por el orden.

Y al igual que el oído difícilmente se habitúa a las disonancias, por mucho que se expliquen, así nuestra alma difícilmente se hace a un amor sin orden.

Algunos tratan este orden como si no fuera más que una opinión, que pudieran tener o variar a gusto.

En realidad, empero, nos viene dado: actúa aunque no lo entendamos.

No se idea, se encuentra.

Lo conocemos, igual que el sentido y el alma, por su efecto.

Los diversos órdenes

Por sus efectos, pues, conocemos los órdenes del amor, y por los efectos desciframos las leyes según las cuales perdemos o ganamos en el amor. Aquí se muestra que las relaciones del mismo tipo siguen a un mismo orden, por ejemplo las relaciones de pareja; y que diferentes tipos de relaciones siguen a órdenes diferentes. Así, pues, los órdenes del amor son diferentes para las relaciones del hijo con sus padres, y diferentes para las relaciones en el seno de la red familiar. Son diferentes para la relación de pareja entre hombre y mujer, y diferentes para la relación de la pareja como padres con sus hijos. Y también son diferentes para nuestra relación con el fondo último, es decir, para aquello que experimentamos como espiritual o religioso.

Padres e hijos

En un primer lugar, los órdenes del amor entre padres e hijos comprenden que los padres den y los hijos tomen. Los padres dan a sus hijos aquello que antes tomaron de sus propios padres y aquello que, como pareja, toman el uno del otro. Los hijos, en un primer lugar toman a sus padres como padres, y en un segundo lugar, todo aquello que los padres les den de más. A cambio, los hijos, más tarde, pasan a otros aquello que de sus padres recibieron, sobre todo a sus propios hijos. Quien da puede dar porque antes tomó, y quien toma puede tomar porque más tarde también dará. Quien estuvo antes tiene que dar más, porque ya ha tomado más también, y quien llega más tarde aún tiene que tomar más. Pero también él, más tarde, cuando haya tomado lo suficiente, dará a los posteriores. De esta manera, todos, sea dando o tomando, se someten a un mismo orden, siguiendo a una misma ley.

Este orden también es válido para el dar y el tomar entre hermanos: quien estuvo primero tiene que dar al posterior, y quien llega más tarde, tiene que tomar del anterior. Quien da, ya ha tomado antes, y quien toma, más tarde tiene que dar también. Así, pues, el primer hijo da al segundo y al tercero, el segundo toma del primero y da al tercero, y el tercero toma del primero y del segundo. El hijo mayor da más, y el hijo menor toma más. A cambio, muchas veces el hijo menor suele cuidar a los padres cuando éstos llegan a la vejez.

Conrad Ferdinand Meyer describe este movimiento de arriba hacia abajo muy claramente en un poema:

La Fuente Romana

Un surtidor se alza para colmar,
Cayendo, el mármol de la concha
Que, a su vez, se vela, rebosa e inunda
El seno de otra cavidad.
De tanta riqueza entrega a la tercera su caudal;
Y cada una toma
Y da al mismo tiempo,
Y fluye y descansa.

El honrar

En un segundo lugar, los órdenes del amor entre padres e hijos y entre hermanos comprenden que todo el que tome honre el don recibido y al dador del que lo tomó. Quien de esta manera toma, acerca el don recibido a la luz hasta que brille, y aunque también de sus manos sigue fluyendo hacia abajo, su resplandor recae en el dador, como si, para volver a la imagen de la fuente romana, la concha inferior, en sus aguas que de arriba recibió, le reflejara a la superior el caudal que encima de ella fluye y, más allá todavía, el cielo.

Como tercera propiedad de los órdenes del amor en la familia existe una jerarquía que, al igual que el dar y el tomar, está orientada de arriba hacia abajo, de acuerdo con el antes y el después. Por tanto, los padres tienen prioridad sobre los hijos, y el primer hijo tiene prioridad sobre el segundo.

El curso del dar y del tomar, de arriba hacia abajo, y el curso del tiempo, de antes a después, no pueden ni pararse ni retroceder, ni ser variados en su rumbo, ni ser invertidos de abajo hacia arriba, o de después a antes. En consecuencia, los hijos siempre se hallan por debajo de los padres, y lo posterior siempre va después de lo anterior. El dar y el tomar, y con él también el tiempo, siempre avanzan, pero nunca retroceden.

La vida

Sin embargo, en el dar por parte de los padres y en el tomar por parte de los hijos no se trata de un dar o un tomar cualquiera, sino de dar y de tomar la vida. Al darles la vida a los hijos, los padres no les dan nada que a ellos les pertenezca. Junto con la vida, los padres mismos se dan a los hijos, tal como son, sin añadir ni restar nada. Por tanto, los padres no pueden ni añadir ni restarle nada a la vida que de esta manera dan, ni tampoco pueden reservarse nada. Y de la misma manera, los hijos, al recibir la vida de los padres, no pueden ni añadir, ni suprimir ni rechazar nada; ya que no sólo tienen a sus padres: ellos *son* sus padres.

Así, pues, el orden del amor comprende que el hijo tome su vida tal como los padres la den, en conjunto, y que asienta a sus padres, tales como son, sin ningún otro deseo, ni rechazo, ni temor.

Este tomar es una realización humilde. Significa el asentimiento a la vida y al destino tal como me vengan dados a través de mis padres: a los límites que con ello se me impone, con las posibilidades que se me abren, con las implicaciones en el destino de esta familia, también en la culpa de esta familia, en lo grave y en lo liviano de esta familia, sea lo que sea.

Podemos experimentar los efectos de este tomar imaginando que nos arrodillamos delante del padre y de la madre, inclinándonos profundamente, hasta el suelo, extendiendo los brazos hacia delante, con las palmas de las manos abiertas hacia arriba, y diciendo: «Os doy la honra». Después nos levantamos para mirar a los ojos al padre y a la madre, agradeciéndoles el don de la vida diciendo, por ejemplo:

Gracias al Amanecer de la Vida

«Querida Mamá/querida Mami: La tomo de ti, toda, entera, con lo bueno y lo malo, y la tomo al precio entero que a ti te costó y que a mí me cuesta. La aprovecharé, para alegría tuya (y en tu memoria). No habrá sido en vano. La sujeto firmemente y le doy la honra, y, si puedo, la pasaré, como tú lo hiciste. Te tomo como mi madre, y tú puedes tenerme como tu hijo/tu hija.

Tú eres la Verdadera para mí, y yo soy tu verdadero hijo/verdadera hija. Tú eres la grande, yo el pequeño/la pequeña. Tú das, yo tomo. Querida Mamá: Me alegro de que hayas elegido a Papá. Vosotros dos sois los únicos para mí. ¡Sólo vosotros!» Y después, lo mismo también con el padre: «Querido Papá/querido Papi La tomo de ti, toda, entera, con lo bueno y lo malo, y la tomo al precio entero que a ti te costó y que a mí me cuesta. La aprovecharé, para alegría tuya (y en tu memoria). No habrá sido en vano. La sujeto firmemente y le doy la honra, y, si puedo, la pasaré, como lo hiciste tú. Te tomo como mi padre, y tú puedes tenerme como tu hijo/ tu hija.

Tú eres el Verdadero para mí, y yo soy tu verdadero hijo/verdadera hija. Tú eres el grande, yo el pequeño/la pequeña. Tú das, yo tomo. Querido Papá: Me alegro de que hayas elegido a Mamá. Vosotros dos sois los únicos para mí. ¡Sólo vosotros!»

Quien logra realizar este acto interior se encuentra en paz consigo mismo, sabiéndose bueno y completo.

El rechazo

Algunos piensan que tomando a sus padres de esta manera también asimilarían algo malo que ellos temen. Por ejemplo, una característica de los padres, o una discapacidad, o una culpa.

Así, también se cierran ante lo bueno de los padres sin tomar la vida en su totalidad. Muchos de los que se niegan a tomar a sus padres en su totalidad, intentan compensar esta falta. En consecuencia, quizás busquen la autorrealización y la inspiración. Pero la búsqueda de autorrealización y de inspiración no es más que la búsqueda secreta del padre o de la madre que aún no han tomado. Quien rechaza a sus padres se rechaza a sí mismo y, en consecuencia, se siente poco realizado, ciego y vacío.

Lo especial

Pero también hay otro hecho a tener en cuenta. Se trata de un misterio y no lo puedo argumentar. Pero siempre que lo menciono percibo un asentimiento inmediato. Cada persona experimenta que también tiene algo singular que no puede deducirse de los padres. También a eso tenemos que asentir. Puede ser algo leve o algo grave, algo bueno o también algo malo. No tenemos ninguna posibilidad de elegir. Pero independientemente de lo que uno haga o deje de hacer, independientemente de las ideas que defienda o rechace, se halla al servicio de algo más grande, lo quiera o no. Nosotros lo vivimos como una tarea o una vocación que no se fundamenta en nuestro mérito, ni tampoco en nuestra culpa, por ejemplo tratándose de algo grave o, quizá, cruel. Nos hallamos al servicio de algo mayor, sea como sea.

Los dones buenos de los padres

Ahora bien, los padres no sólo nos dan la vida: también nos alimentan, nos educan, nos protegen, nos cuidan, nos dan un hogar. Por tanto corresponde que lo tomemos todo, tal como lo recibamos de los padres. De esta manera les decimos: «Lo tomo todo, con amor». Naturalmente, también eso forma parte: «Lo tomo con amor». Esta es una forma de tomar que a la vez compensa, porque los padres se sienten respetados. En consecuencia, aún dan con más ganas.

Tomando de nuestros padres de esta manera, por regla general es suficiente. Existen excepciones, y todos las conocemos. Por otra parte, quizá no sea siempre aquello que nosotros quisiéramos, ni tampoco tanto como deseáramos. Pero por regla general es suficiente.

Cuando el hijo alcanza la edad adulta, le dice a los padres: «He recibido mucho, y es suficiente. Ahora me lo llevo a mi vida». Así, el hijo se sabe satisfecho y rico. Y aún añade: «El resto lo hago yo mismo». También esta es una frase bella: le da autonomía. Después, el hijo aún le dice a los padres: «Y ahora os dejo en paz». De esta forma se desliga de sus padres y, a pesar de todo, sigue teniéndolos, y los padres siguen teniendo al hijo.

Ahora bien, si el hijo le dice a los padres: «Aún me tenéis que dar más», el corazón de los padres se cierra. De esta forma ya no pueden darle tanto al hijo, ni con tantas ganas, porque les exige. Y también el hijo, aunque reciba algo, no puede tomarlo. De lo contrario, sus reclamaciones se acabarían.

Cuando un hijo insiste en sus exigencias ante los padres, no puede desprenderse de ellos, pues la exigencia ata al hijo a los padres; pero a pesar de esta atadura, el hijo no tiene a sus padres, ni los padres tienen al hijo.

Lo personal de los padres

Además de aquello que los padres son y dan, también tienen algo que ellos ganaron como mérito o que sufrieron como pérdida. Es algo que les pertenece a ellos personalmente. Los hijos únicamente participan en ello de una forma indirecta, pero los padres no pueden ni deben darles aquello que es personal suyo, y los hijos no deben ni pueden tomarlo de sus padres. Ya que aquí, cada uno es artífice de su propia dicha y de su propio infortunio.

Al apropiarse lo bueno y el derecho personal de los padres sin ningún esfuerzo propio, ni sufrir él mismo un destino o un dolor, el hijo está reclamando un derecho sin el asunto ni el precio.

El dar y el tomar en la familia, que sirven a la vida, se invierten cuando un posterior toma sobre sí algo grave en lugar de otra persona anterior. Por ejemplo, cuando un hijo toma sobre sí una culpa de sus padres, o una enfermedad, o un destino, o una obligación, o una injusticia que estos sufrieron. El anterior no lo tomó de otro anterior como un don bueno, para más tarde pasarlo a otro, posterior, sino que forma parte de su destino personal y permanece bajo su responsabilidad. También es parte de su dignidad, y si él lo toma y otros se lo dejan, desarrolla una fuerza y un bien especiales. Este bien es lo que más tarde puede pasarle a un posterior, pero sin el precio que él mismo pagó por ello.

Ahora bien, si un posterior toma sobre sí una fatalidad en lugar de otra persona anterior, aunque sea por amor, significa que un pospuesto se está inmiscuyendo en lo más personal de

un antepuesto, restando dignidad y fuerza a esa persona y a la fatalidad. Así, sin el asunto, del bien de la fatalidad para ambos tan sólo queda el precio.

La inversión del orden

El orden del dar y del tomar en la familia se invierte cuando un posterior, en vez de tomar del anterior y honrarlo por ello, pretende darle al anterior como si fuera igual o incluso superior a él. Por ejemplo, cuando unos padres pretenden tomar de sus hijos, y los hijos quieren darles a sus padres aquello que éstos no toman de sus propios padres o del otro cónyuge. En este caso, los padres pretenden tomar como hijos, y los hijos pretenden dar como padres. Entonces el dar y el tomar, en vez de fluir de arriba hacia abajo, tendrían que fluir en contra de la gravedad, de abajo hacia arriba. Pero al igual que un río que intenta fluir cuesta arriba en vez de cuesta abajo, este dar no llega allí donde quisiera llegar. Hace poco, en un grupo tuve a una mujer cuyo padre era ciego, y la madre, sorda. Los dos se complementaban bien. La mujer, sin embargo, pensaba que tenía que cuidar a los padres. Así, configuré la familia, como suelo hacer muchas veces para sacar a la luz lo oculto. Durante la constelación, la hija se comportaba como si ella fuera la mayor, y los padres, pequeños. La madre, sin embargo, le dijo a la hija: «Aquello con papá lo sé hacer yo sola». Y el padre le dijo: «Aquello con mamá lo sé hacer yo solo. Para eso no te necesitamos». La mujer reaccionó muy decepcionada: había sido reducida a la medida de una hija.

La noche siguiente no pudo dormir. En general tenía problemas para dormir. Me preguntó si yo le podía ayudar. Le dije: «A veces, la persona que no puede dormir piensa que debería vigilar». Después, le conté una historia de Borchert, de un niño que en el Berlín de la posguerra vigilaba a su hermano muerto, para que no se lo comieran las ratas. El niño estaba totalmente agotado porque pensaba que tenía que quedarse despierto. Finalmente pasó un hombre que, amablemente, le dijo: « ¡Pero si de noche las ratas duermen!». Y el niño se durmió.

La noche siguiente, la mujer durmió mejor.

Cuando un hijo atenta contra la jerarquía del dar y del tomar suele castigarse gravemente, muchas veces, fracasando y hundiéndose, sin conocer la culpa ni el contexto. Dando o tomando aquello que no le corresponde, atenta contra el orden por amor, no se da cuenta de la arrogación y se considera bueno. El orden, sin embargo, no puede superarse mediante el amor. Ya que antes que todo amor, en el alma actúa un sentido del equilibrio que procura restablecer y hacer justicia al orden del amor, incluso al precio de la felicidad y de la vida. Por tanto, la lucha del amor contra el orden también es principio y final de toda tragedia, y únicamente existe un camino de salvación: comprender el orden y, después, seguirlo con amor. La comprensión del orden es sabiduría, y seguirlo es humildad.

La comunidad unida por el Destino

Padres e hijos también forman una comunidad unida por el Destino en la que cada uno depende del otro de muchas maneras y donde cada uno tiene que contribuir al bienestar común según sus posibilidades. Aquí, cada uno da y cada uno toma. Aquí, también los hijos les dan a los padres, por ejemplo, cuidando a los padres cuando éstos llegan a la vejez; y aquí, los padres tienen todo el derecho de exigir y de tomar. Hasta aquí, los órdenes del amor entre padres e hijos.

La red familiar

La segunda relación importante para nosotros se inicia al mismo tiempo que nuestra relación con nuestros padres, ya que no sólo pertenecemos a nuestros padres, sino, también, a nuestra red familiar. Junto con nuestros padres, también tenemos a sus familias, y a partir de ese momento formamos parte de una red familiar en la que se unen las familias del padre y de la madre.

Una red familiar actúa como unida por una fuerza que vincula a todos sus miembros, y por un sentido del orden y del equilibrio que en todos sus miembros obra de la misma manera. A quien esta fuerza vincula y a quien este sentido tiene en cuenta, también forma parte de la red familiar. Y a quien esta fuerza ya no vincula, y a quien ya no tiene en cuenta este sentido, tampoco forma parte de la red familiar. Así, pues, el alcance de esta fuerza y de este sentido permite deducir quién forma parte de la red familiar.

Por regla general, pertenecen a ella:

1. el hijo y sus hermanos, también aquellos que murieron o nacieron muertos;
2. los padres y sus hermanos, también aquellos que murieron y los que nacieron muertos, así como los hermanos ilegítimos y hermanastros;

3. los abuelos;
4. a veces, alguno de los bisabuelos;
5. personas que no son familiares, a saber, todos aquellos que hicieron sitio para otros en la red familiar, por ejemplo, parejas anteriores de los padres o abuelos, y todos aquellos por cuya desgracia o muerte otros en la red familiar obtuvieron una ventaja.

El vínculo en la red familiar

Los miembros de una red familiar se encuentran vinculados como si fueran una comunidad unida por el Destino, en la que la fatalidad de uno también afectará a todos los demás, provocando en ellos el deseo de compartirla. Así, por ejemplo, cuando en una familia un hermano muere a temprana edad, los demás hermanos quieren seguirle. A veces, también los padres o abuelos quieren morir porque desean seguir a un hijo o a un nieto muertos. De la misma manera, cuando muere uno de los cónyuges, el otro muchas veces también quiere morir. En esa situación, los vivos interiormente les dicen a los muertos: «Te sigo». Muchas personas afectadas por enfermedades serias, por ejemplo cáncer, o que sufren accidentes graves o se encuentran en peligro de suicidio, se hallan bajo la presión del vínculo fatal y del amor que el vínculo conlleva, diciendo interiormente: «Te sigo».

Estrechamente unida a este hecho se encuentra la idea de que el uno pudiera hacer las veces del otro, es decir que pudiera tomar sobre sí el sufrimiento y la expiación y la muerte en lugar del otro para así redimirlo de su destino fatal. La frase interior detrás de este comportamiento sería: «Mejor que sea yo que tú».

Así, por ejemplo, cuando un hijo ve que un miembro de su familia está gravemente enfermo, interiormente le dice: «Prefiero caer enfermo yo antes que tú». O cuando un hijo ve que alguien ha contraído una culpa grave que tiene que expiar, le dice: «Prefiero expiarla yo antes que tú». O cuando un hijo ve que personas cercanas quieren abandonar la familia o morir, interiormente les dice: «Prefiero desaparecer yo antes que tú».

En todo caso, llama la atención que sean sobre todo los miembros más jóvenes de la familia los que sufren, expían y pretenden morir en lugar de otros, es decir, son sobre todo los hijos. No obstante, esta sustitución también se da entre la pareja.

Aún cabe señalar que en la mayoría de los casos este proceso se desarrolla de forma inconsciente, es decir que los afectados mismos, ya sean aquellos que actúan en lugar de otros, o aquellos a quienes este actuar pretende ayudar, no se dan cuenta de ello. Sin embargo, aquel que conoce los vínculos fatales, puede liberarse de ellos conscientemente. Donde estos vínculos fatales se muestran con especial claridad es en el trabajo con constelaciones familiares.

La integridad

Estrechamente unida al vínculo en un mismo destino se halla la tendencia a conservar la integridad de la red familiar. Existe un poderoso sentido del orden en la red familiar que de manera idéntica obra en todos sus miembros, cuidando de que todo el que forme parte de la red familiar también sea conservado como miembro, incluso más allá de la muerte. Ya que la red familiar abarca tanto a los vivos como a los muertos, por regla general, hasta la tercera y, a veces, hasta la cuarta y quinta generación. Así, pues, siempre que la red familiar pierde a uno de sus miembros, por ejemplo porque se le niega la pertenencia, o simplemente porque se le olvida, en el seno de la red familiar se desarrolla la necesidad irresistible de restablecer la integridad perdida. Esto se procura «resucitando», por así decirlo, y representando al miembro perdido a través de otro, posterior.

También este proceso se desarrolla de manera inconsciente y, también aquí, la carga de restablecer la integridad en primer lugar recae sobre los hijos. A este respecto aportaré un ejemplo bastante obvio.

Un hombre, durante su matrimonio, conoce a otra mujer y le dice a su esposa: «Ya no quiero saber nada de ti». En consecuencia, esta mujer será representada posteriormente por una hija o un hijo del segundo matrimonio del marido. Esta hija luchará contra su padre con el mismo odio que la mujer rechazada, o se retirará de él con la misma tristeza que ella siente. Sin embargo, ni la hija ni los padres saben que está representando y defendiendo a la mujer excluida.

La responsabilidad colectiva de la familia

Así, pues, en la red familiar, los miembros inocentes tienen que responder de los culpables. De esta forma se pretende reparar o compensar a través de los posteriores la injusticia que

sufrieron o cometieron los anteriores. Son sobre todo los hijos los que con más facilidad se ven utilizados por esa instancia superior para compensar una injusticia. Probablemente tenga que ver con que en el seno de la red familiar también existe una jerarquía según la cual los anteriores tienen prioridad sobre los posteriores, y los posteriores sirven a los anteriores, e incluso son sacrificados para el bien de éstos. Por tanto, en lo que a la compensación se refiere, no existe en la red familiar ninguna justicia como entre iguales.

El mismo derecho a la pertenencia

No obstante, en la red familiar gobierna la ley fundamental de que todo el que forma parte también tiene el mismo derecho a la pertenencia. En muchas familias, sin embargo, se niega este derecho a determinados miembros. Así, por ejemplo, cuando un hombre casado tiene un hijo ilegítimo, a veces la mujer dice: «De este hijo y de su madre no quiero saber nada, no forman parte». O cuando un miembro de la familia tuvo una suerte difícil, por ejemplo, cuando la primera mujer del abuelo murió de parto, su destino infunde miedo a los demás, por lo que no se la nombra, como si ya no formara parte. O a un miembro de la familia que manifiesta un comportamiento divergente se le dice: «Eres una vergüenza para nosotros, y por eso te excluimos».

Gran parte de la moral arrogante en la práctica no significa más que: «Nosotros tenemos más derecho a la pertenencia que tú». Y: «Vosotros tenéis menos derecho a formar parte que nosotros». O, también: «Vosotros habéis perdido vuestro derecho a la pertenencia». En este caso, *bueno* no significa otra cosa más que: «Yo tengo más derecho», y *malo* significa: «Tú tienes menos derecho».

También a los hijos que nacieron muertos o murieron a temprana edad, muchas veces se les niega este derecho, por ejemplo, a través del olvido. A veces también ocurre que los padres le dan al hijo siguiente el nombre del hijo muerto. Así, de alguna forma le dicen al hijo muerto: «Ya no formas parte, ya tenemos a alguien que te sustituya». En este caso, el hijo muerto ni siquiera conserva su nombre.

Cuando los miembros de una red familiar le niegan el derecho a la pertenencia a otro miembro anterior, sea por desprecio o por miedo ante su destino, o porque se niegan a reconocer que hizo sitio para otros, posteriores, o por no querer reconocer lo que le deben, además, más tarde, bajo la presión del sentido del equilibrio sistémico y mediante la identificación, un miembro posterior lo imitará, sin poder defenderse ni darse cuenta de ello. Por tanto, siempre que a un miembro se le niega la pertenencia, en la red familiar surge la necesidad irresistible de restablecer la integridad perdida y de compensar la justicia cometida, precisamente a través de la representación y de la imitación del miembro excluido. En este contexto también influye el sentimiento de culpa que los miembros vivos de una familia desarrollan ante otro miembro que murió pronto, experimentando su propia vida como una injusticia ante los muertos. En consecuencia pretenden compensar la injusticia, limitando su propia vida sin saber por qué.

Perder el derecho a la pertenencia

Ahora bien, si un miembro de la red familiar mata a otro miembro, pierde su derecho a la pertenencia. Tiene que ser excluido. Si a pesar de todo permanece en la red familiar, frecuentemente, en su lugar se marcha otro miembro, en la mayoría de los casos, otra vez un hijo. Por tanto, la indulgencia para el asesino significa dureza para un hijo inocente. Lo mismo también se aplica a amenazas o intentos de asesinato. Los abortos intencionados, sin embargo, no caen bajo esta ley sistémica, aunque a veces tengan consecuencias similares para los padres personalmente. Los hijos abortados, por regla general, no son representados por otros hijos.

También otros asesinos pierden su derecho a la pertenencia, quizá, porque inconscientemente en el alma aún sigue actuando el orden de la venganza de la sangre. Su exclusión sería, pues, una reparación para el sistema de la víctima. También aquí se muestra: cuando no se marcha el perpetrador, muchas veces se va un inocente en su lugar, en la mayoría de los casos, un hijo.

Los Órdenes del Amor

En la red familiar reina un orden arcaico que aumenta la desdicha y el sufrimiento en vez de contenerlos. Ya que cuando un pospuesto, bajo la presión del ciego sentido de la compensación, posteriormente pretende arreglar algo pasado en lugar de un antepuesto, el mal no conoce fin. Este orden conserva su fuerza mientras permanece inconsciente. En cambio, una vez haya salido a la luz, tenemos la posibilidad de cumplirlo de otra manera y sin sus

consecuencias fatales. Entonces pueden actuar otros órdenes que también con relación a la compensación les confieren los mismos derechos a los posteriores que a los anteriores. A estos órdenes los llamo *Órdenes del Amor*. A diferencia del amor ciego que en la red familiar intenta compensar la fatalidad a través de la fatalidad, este es un amor consciente, un amor que compensa de manera sanadora y pone fin al mal a través del bien.

Ilustraré esta idea a través de algunos ejemplos. Primeramente, con relación a las frases de: «Te sigo» y «Mejor que sea yo que tú».

Cuando una persona dice estas frases interiormente, le hago pronunciarlas con la mirada puesta en la persona a la que pretende seguir o en cuyo lugar está dispuesto a sufrir, a expiar o a morir. Mirando a los ojos a esa persona, ya no puede pronunciar estas frases. Ya que en ese momento se da cuenta de que también esa persona ama y que rechazaría ese ofrecimiento. El siguiente paso sería que le dijera a esa persona: «Tú eres grande y yo, pequeño. Me inclino ante tu destino, y tomo el mío, tal como me venga dado. Por favor, bendíceme si me quedo y si dejo que te vayas, con amor». Así se halla unido a aquella persona por un amor mucho más profundo que intentando seguirle y tomar sobre sí el destino del otro. Y aquella persona, en vez de amenazar su felicidad, como él lo temía, velará por ella con amor.

O cuando alguien pretende seguir a la muerte a una persona que falleció, por ejemplo, un hijo a un hermano que murió a temprana edad, puede decir: «Tú eres mi hermano/mi hermana, te respeto como mi hermano/mi hermana. En mi corazón tienes un lugar. Me inclino ante tu destino, sea cual fuera, y asumo mi propio destino, tal como me esté dado». Así, en vez de ir los vivos hacia los muertos, los muertos vienen hacia los vivos, velando por ellos con amor.

O cuando un hijo se siente culpable porque él vive mientras su hermano o su hermana están muertos, puede decirle: «Querido hermano, querida hermana, tú estás muerta, yo aún vivo un poco; después, también moriré». De esta manera se acaba la superioridad ante los muertos, y justamente así, el hijo que sobrevivió puede vivir sin sentirse culpable.

O cuando se olvidó o se excluyó a un miembro de la familia, la integridad puede ser restablecida reconociendo y respetando a los excluidos. En un primer lugar, este sería un proceso interior. Así, una segunda mujer tendría que decirle a la primera: «Tú eres la primera; yo, la segunda. Reconozco que tú hiciste sitio para mí». Cuando la primera mujer fue tratada injustamente, aún puede añadir: «Reconozco que se te trató injustamente y que tengo a mi marido a tu costa». Y puede decirle: «Por favor, mírame con buenos ojos si tomo y conservo a mi marido como marido, y por favor, mira con buenos ojos a mis hijos». Al trabajar con constelaciones familiares, se puede ver cómo se relaja la expresión de la primera mujer y cómo asiente porque es respetada. En ese momento, el orden se restablece y ya no es necesario que la mujer sea representada por ningún hijo.

Aportaré otro ejemplo más:

Un hombre joven, empresario y único representante de un producto en su país, se presenta en un Porsche y cuenta sus éxitos. Es obvio que sabe y vale, y tiene un atractivo irresistible. Pero bebe y su contable le avisa de que saca demasiado dinero de la empresa para fines privados, con lo cual pone en peligro el negocio. A pesar de los éxitos logrados hasta el momento, en su interior y de manera casi imperceptible, busca perderlo todo otra vez. Se descubre que su madre echó a su primer marido porque lo tenía por un calzonazos. Más adelante, se casó con el padre de este hombre joven, introduciendo al hijo de su primer matrimonio en la nueva relación. Éste ya no pudo ver más a su propio padre y, hasta ese día, no había restablecido el contacto con él. Ni siquiera sabía si aún vivía.

El empresario joven se dio cuenta de que a la larga no se atrevía a tener éxito, porque pensaba que debía su vida a la desgracia de su hermano. Encontró la siguiente solución: en primer lugar, pudo reconocer que el matrimonio de sus padres y su propia vida tenían una relación fatal con la pérdida que tuvieron que sufrir su hermano y el padre de éste. En segundo lugar, y a pesar de todo, pudo afirmar su propia felicidad, diciéndoles a los demás que también él esperaba ser reconocido con los mismos derechos y a un mismo nivel que ellos. En tercer lugar, estaba dispuesto a hacerle un favor especial a su hermano para, de esta manera, reconocer su voluntad de llegar a un equilibrio entre tomar y dar. Se propuso encontrar al padre de su hermano y arreglar un reencuentro entre los dos.

Donde reinan los órdenes del amor, la responsabilidad colectiva por la injusticia cometida se acaba, ya que la culpa y sus consecuencias permanecen allá donde pertenecen, y la ciega necesidad de compensación negativa, que interminablemente va generando el mal por el mal, es sustituida por la compensación positiva. Esta se logra si los posteriores toman de los

anteriores, sea cual fuera el precio que tuvieron que pagar, y si honran a los anteriores, independientemente de lo que éstos hicieron y, además, si lo pasado, fuera malo o bueno, también puede-ser pasado. Así, los excluidos recuperan su derecho de hospitalidad y, en vez de atemorizarnos, nos aportan paz. Y nosotros, concediéndoles el lugar que les corresponde en nuestra alma, estamos en paz con ellos y, dado que realmente tenemos a todos los que forman parte de nosotros, nos sentimos completos e íntegros.

VI. LOS ÓRDENES DEL AMOR ENTRE EL HOMBRE Y LA MUJER Y EN RELACIÓN CON EL FONDO ÚLTIMO

Primero trataré extensamente los órdenes del amor en la relación entre hombre y mujer comenzando por lo más inmediato.

Hombre y mujer

Al hombre le atrae la mujer porque como hombre le falta la mujer. Y la mujer se siente atraída por el hombre porque como mujer le falta el hombre, ya que lo masculino está referido a lo femenino. Por tanto, el hombre, para ser hombre, necesita a la mujer. Y lo femenino está referido a lo masculino, por lo que la mujer, para ser mujer, necesita al hombre. Así, pues, el hombre sólo se hace hombre tomando a una mujer por pareja, y la mujer sólo se hace mujer tomando a un hombre por pareja. Sólo cuando el hombre convierte a una mujer en su mujer y la tiene como mujer, y sólo cuando la mujer convierte a un hombre *en su* hombre y lo tiene como hombre, son hombre y mujer, y ese hombre y esa mujer se convierten en pareja.

Por tanto, en primer lugar, es propio de los órdenes del amor entre el hombre y la mujer que el hombre quiera a la mujer como mujer, y que la mujer quiera al hombre como hombre. En cambio, cuando en una relación de pareja el hombre y la mujer se quieren más por otros motivos, por ejemplo, para divertirse o para asegurarse el sustento, o porque el otro sea rico o pobre, culto o sencillo, católico o protestante, o porque quieren conquistarlo o protegerlo o mejorarlo o salvarlo, o porque, como se suele decir, lo quieren como padre o madre de sus hijos, el fundamento está edificado sobre arena, y la manzana ya lleva el gusano.

Padre y madre

En un segundo lugar, los órdenes del amor entre el hombre y la mujer comprenden que, juntos, el hombre y la mujer se hallan orientados a un tercero, y que lo masculino y lo femenino que les es inherente sólo alcanza su plenitud en el hijo. Ya que sólo como padre, el hombre se convierte en hombre en el pleno sentido de la palabra, y sólo como madre, la mujer se convierte en mujer en el pleno sentido de la palabra, y sólo en el hijo, el hombre y la mujer se funden en una unión indisoluble en el pleno sentido de la palabra y de manera visible para todo el mundo. A pesar de todo, es cierto que su amor como padres para el hijo tan sólo continúa y corona su amor como pareja. Ya que su amor como pareja precede a su amor como padres y, como las raíces al árbol, su amor como pareja también sustenta y alimenta su amor como padres.

Por tanto, si su amor como pareja fluye de todo corazón, también fluye de todo corazón su amor como padres para el hijo. Y si su amor como pareja se marchita, también se marchita su amor como padres para el hijo. Cualquier rasgo que el hombre y la mujer admiran y aman en ellos mismos y en su pareja, también lo admiran y lo aman en su hijo. Y cualquier rasgo que les irrite y les moleste en ellos mismos y en su pareja, también les irrita y les molesta en su hijo.

Por tanto, todo respeto, y amor, y apoyo que los padres logren hacia el otro en la relación de pareja, también lo lograrán hacia el hijo. Y todo aquello que en términos de respeto y amor y apoyo malogren en la relación con su pareja, también lo malograrán hacia el hijo.

En cambio, cuando su amor como padres hacia el hijo continúa y corona su amor mutuo, su hijo se siente visto, tomado, respetado y amado por ambos padres, sabiéndose en orden y bueno.

El desear

A un terapeuta famoso acudió una vez una pareja en busca de ayuda: «Cada noche nos esforzamos al máximo para cumplir con nuestra responsabilidad para la conservación de la especie humana, pero a pesar de todo afán, hasta ahora no hemos podido cumplir tan sublime misión. ¿Qué habremos hecho mal, y qué nos falta aún por aprender y por hacer?».

El terapeuta les explicó que únicamente debían escucharle en silencio, y después, sin pronunciar palabra, volver a casa inmediatamente. Ellos asintieron. Así, les dijo: «Cada noche os esforzáis al máximo en cumplir con vuestra responsabilidad para la conservación de la especie humana, pero, a pesar de todo afán, hasta ahora no habéis podido cumplir tan sublime misión. ¿Por qué, simplemente, no le dais rienda suelta a vuestra pasión?». Y los echó de la consulta.

Ellos se levantaron y volvieron a casa corriendo, como si ya no pudieran aguantarse. Nada más encontrarse solos, las envolturas cayeron y se amaron con pasión y con placer. Al cabo de

quince días, la mujer estaba embarazada.

Otra mujer, ya entrada en años, en un ataque de «pánico» puso un anuncio en el periódico: «Enfermera busca contraer matrimonio con viudo con hijos». ¿Qué expectativas de lograr una relación entrañable hubiera tenido esta mujer? También hubiera podido poner: «Mujer desea hombre. ¿Quién me desea a mí?».

La consumación

El temor de llamar por su nombre a lo más íntimo que tenemos y de quererlo como primero y más inmediato en una relación de pareja, seguramente estará relacionado con el hecho de que, en nuestra cultura, la consumación del amor entre hombre y mujer a muchos les parece algo casi indecente, una necesidad indigna. No obstante es el acto humano más grande. Ningún otro hacer humano se halla más en concordancia con el orden y la plenitud de la vida, y ningún acto como este nos obliga más extensamente para el todo del mundo. Ningún otro hacer humano nos aporta tan dichoso placer y, en consecuencia, tan amoroso dolor. Ningún otro hacer humano tiene consecuencias más graves ni riesgos más abundantes, exigiéndonos incluso lo último, haciéndonos conscientes y sabios y humanos y grandes, como cuando un hombre toma y conoce a una mujer con amor, y una mujer toma y conoce a un hombre con amor. A su lado, cualquier otro acto humano no parece más que preparativo y ayuda, o consecuencia, quizás añadidura, o, por lo contrario, escasez y compensación.

La consumación del amor entre hombre y mujer es, a la vez, nuestro hacer más humilde. En ninguna otra parte nos descubrimos tanto, revelando indefenso nuestro punto más vulnerable; y no hay nada que protejamos con tan profundo pudor que el lugar en el que el hombre y la mujer amorosamente se encuentran, revelando y confiándose lo más íntimo.

Y la consumación del amor entre hombre y mujer es nuestro hacer más valiente. Ya que, cuando el hombre y la mujer se unen para el resto de sus vidas, ya están encarando el final, viendo su límite y encontrando su medida, aunque todavía se hallen al principio y antes de llegar a la plenitud.

El vínculo en la relación de pareja

Según una bella palabra de la Biblia, a través de la consumación del amor el hombre abandona al padre y a la madre, adhiriéndose a su mujer, y los dos se hacen una sola carne. Lo mismo vale también para la mujer. A esta imagen le corresponde un proceso en el alma que por sus efectos experimentamos como real, ya que crea un vínculo que resulta indisoluble y, por tanto, irrepetible, aunque nosotros lo quisiéramos de otra manera.

Se podría objetar que un divorcio y una subsiguiente relación nueva demostrarían lo contrario, pero una segunda relación actúa diferente que una primera. Un segundo marido y una segunda mujer perciben la vinculación de su pareja con su primera mujer o con su primer marido. Eso se evidencia en el hecho de que un segundo marido y una segunda mujer no se atreven a tomar a sus nuevas parejas como su marido o como su mujer en un sentido pleno, como lo hicieron con sus respectivas primeras parejas, ni tampoco tenerlos o conservarlos como su marido o como su mujer. Frente a la primera relación, ambos compañeros experimentan la segunda como una culpa, incluso cuando la primera pareja murió, ya que una verdadera separación de la primera pareja tan sólo es posible a través de nuestra propia muerte.

Por tanto, una segunda relación únicamente se logra cuando el vínculo con la primera pareja es reconocido y valorado, y cuando los nuevos compañeros saben que siguen pospuestos a los anteriores y en deuda con ellos. Pero un vínculo en el sentido original, como en una primera relación, será inalcanzable para ellos. Por ese mismo motivo, en la separación de una segunda relación, por regla general se experimenta menos culpa y obligación que en la ruptura con una primera pareja.

Aportaré un ejemplo:

Celos

Una mujer contó en un grupo que ella torturaba a su marido con sus celos y, aunque se daba cuenta de lo absurdo de su comportamiento, no podía resistirlo. El coordinador del grupo le mostró la solución. Le dijo:

—Tarde o temprano perderás a tu marido, ¡disfrútalo mientras tanto!

La mujer se rió y quedó aliviada. Pocos días después, su marido llamó al coordinador del grupo diciendo:

—Te agradezco tener a mi mujer.

El marido, muchos años antes y junto con una amiga, había participado en un grupo con el mismo coordinador. Durante el curso explicó ante todos los participantes, y sin la menor consideración al dolor de su amiga, que tenía una nueva amiga, más joven, y que se separaría de su compañera actual. Con ella había convivido desde hacía siete años. Más tarde volvió a participar en otro curso, esa vez con su nueva amiga. Ésta quedó embarazada durante el curso, y poco después se casaron.

Ahora, el coordinador del grupo se dio cuenta del sentido de sus celos. Esta mujer, hacia afuera había negado la vinculación de su marido con la amiga anterior y, a través de sus celos, también públicamente hacía hincapié en su derecho sobre él. Secretamente, sin embargo, reconocía el vínculo anterior y su propia culpa. Sus celos, por tanto, no eran ni mucho menos la prueba de la infidelidad de su marido, sino un reconocimiento secreto de que ella no era digna de él y de que una separación provocada por ella era el único camino para reconocer el vínculo aún existente, así como una prueba de su solidaridad con la amiga anterior.

La carne

El vínculo especial entre el hombre y la mujer, indisoluble en un sentido profundo de la palabra, se crea a través de la consumación del amor. Sólo eso convierte al hombre y a la mujer en pareja, y sólo eso también convierte a la pareja en padres. Un amor únicamente espiritual no es suficiente, ni tampoco el reconocimiento público de su relación. Si, por lo tanto, esta consumación se menoscaba, por ejemplo porque el hombre o la mujer ya antes de la relación se esterilizaron, tampoco se crea ningún vínculo, aunque ambos lo quieran. Lo mismo ocurre en una relación platónica que ambos aceptan sin el riesgo de la consumación. Por tanto, tales relaciones mantienen su carácter no vinculante y para los dos, al separarse, no hay ni obligación ni culpa. Si la consumación del amor se menoscaba posteriormente, por ejemplo a través de un aborto voluntario, se da una ruptura en la relación, aunque el vínculo permanezca. Si el hombre y la mujer quieren seguir juntos a pesar de todo, tienen que decidirse nuevamente el uno por el otro y vivir juntos como si fuera su segunda relación, ya que la primera, por regla general, ha terminado.

En la consumación del amor se muestra la superioridad de la carne sobre el espíritu, su veracidad y su grandeza. Sin duda, a veces nos vemos tentados de desdeñar la carne en comparación con el espíritu, como si aquello que se realiza por instinto y necesidad, por anhelo y amor, fuera menos que aquello que la razón y la voluntad moral nos imponen. Pero lo instintivo demuestra su sabiduría y fuerza allí donde lo razonable y lo moral topan con sus límites y fallan. Ya que a través del instinto actúan un espíritu superior y un sentido más profundo, ante los que nuestra razón y nuestro querer ético retroceden y huyen.

Por ejemplo, cuando un niño cae al agua y un hombre salta detrás para salvarlo, seguramente no lo hace ni por un pensamiento razonable ni por una voluntad moral. No, lo hace por instinto. ¿Pero por eso será menos correcto y valiente y bueno?

O cuando un pájaro canta ante su hembra y se aparean, construyen un nido, incuban y tienen polluelos, ¿acaso es menos maravilloso sólo porque se hace por instinto?

El Bajo Continuo

Una relación de pareja se realiza como un concierto barroco. En lo alto suena una gran variedad de bellísimas melodías, y de fondo, un bajo continuo que dirige y lleva las melodías, dándoles peso y cuerpo. En la relación de pareja el bajo continuo reza así: «Te tomo, te tomo, te tomo. Te tomo como mi hombre y me doy como tu mujer. Me doy como tu hombre y te tomo como mi mujer. Te tomo y me doy con amor».

La falta

Para que una relación de pareja entre un hombre y una mujer cumpla lo que promete, el hombre tiene que ser hombre y seguir siéndolo, y la mujer tiene que ser mujer y seguir siéndolo. Por tanto, el hombre tiene que renunciar a apropiarse de lo femenino como algo propio, como si él mismo pudiera hacerse y ser una mujer. Y la mujer tiene que renunciar a apropiarse de lo masculino como algo propio, como si ella misma pudiera hacerse y ser un hombre. Ya que en una relación de pareja, el hombre sólo es significativo para una mujer si es y sigue siendo hombre. Y la mujer sólo es significativa para un hombre si es y sigue siendo mujer.

Si el hombre pudiera desarrollar y tener lo femenino en sí mismo, ya no necesitaría a la mujer, y si la mujer pudiera desarrollar y tener lo masculino en sí misma, ya no necesitaría al hombre. Por esta razón, muchos hombres y mujeres que desarrollan las cualidades del otro sexo en

ellos mismos viven solos y son autosuficientes.

El hijo del padre y la hija de la madre

El orden del amor entre hombre y mujer, por tanto, también exige la renuncia. Ya comienza durante la infancia, ya que para hacerse hombre, el hijo tiene que renunciar a la primera mujer en su vida, es decir, a la madre; y para hacerse mujer, la hija tiene que renunciar al primer hombre en su vida, es decir al padre. Por tanto, el hijo, ya tempranamente, tiene que pasar de la esfera de la madre a la del padre; y la hija, ya tempranamente, tiene que abandonar la esfera del padre para volver a la de la madre. En la esfera de la madre, el hijo frecuentemente no consigue ser más que un adolescente, un favorito de las mujeres o un amante, pero no un hombre; y en la esfera de su padre, la hija muchas veces no llega a ser más que una chica o una querida, pero no una mujer.

Cuando el hijo de la madre se casa con la hija del padre, el hombre frecuentemente se busca a alguien que le sustituya a su madre, encontrándola en una amante; y la mujer frecuentemente se busca a una persona que le sustituya a su padre, encontrándolo en un amante. En cambio, cuando el hijo del padre se casa con la hija de la madre, tienen más posibilidades de formar una pareja estable.

El hijo del padre, dicho sea de paso, muchas veces se entiende bien con su suegro, y la hija de la madre muchas veces se entiende bien con su suegra. Por otra parte, el hijo de la madre muchas veces se entiende bien con su suegra, y mal con su suegro, y la hija del padre se entiende bien con su suegro y mal con su suegra.

Anima y animus

Si el hijo permanece en la esfera de su madre, lo femenino inunda su alma. Le impide tomar a su padre, limitando así lo masculino que le sería propio. Y cuando la hija permanece en la esfera del padre, lo masculino inunda su alma, impidiéndole tomar a su madre y limitando lo femenino que le sería propio.

C. G. Jung define lo femenino en el alma del hombre como el *ánima*, y lo masculino en el alma de la mujer como el *animus*. El hombre desarrolla su *ánima* con la madre, y el *ánima* se desarrolla con más fuerza si como hijo permanece en la esfera de la madre. Pero entonces, curiosamente, muestra menos comprensión y sensibilidad para otras mujeres, y no es bien acogido ni por mujeres ni por hombres. En el alma de la mujer, el *animus* se desarrolla con más fuerza si como hija permanece en la esfera del padre, pero entonces, curiosamente, muestra menos comprensión, sensibilidad y respeto para otros hombres, y no es bien acogida ni por hombres ni por mujeres.

El efecto del *ánima* en el alma del hombre se limita si éste, ya tempranamente, pasa a la esfera del padre. En este caso, sin embargo, curiosamente muestra más sensibilidad y comprensión para la idiosincrasia y los valores de las mujeres. De la misma manera, el efecto del *animus* en el alma de la mujer se limita si ésta, ya tempranamente, pasa a la esfera de la madre. Pero curiosamente también ella muestra entonces más sensibilidad y comprensión para la idiosincrasia y los valores de los hombres.

Es decir, el *ánima* es el resultado interiorizado del hecho de que el padre no fuera tomado por el hijo; y el *animus* es el resultado del hecho de que la madre no fuera tomada por la hija.

La reciprocidad

El orden del amor entre hombre y mujer implica que entre ellos se dé un intercambio en el que ambos den y tomen en la misma medida. Ya que ambos tienen lo que al otro le falta, y a ambos les falta lo que el otro tiene. Por tanto, para que se dé el intercambio, ambos tienen que dar lo que tienen y tomar lo que les falta. Es decir, el hombre se da a la mujer como hombre y la toma como mujer, y la mujer se da al hombre como mujer y lo toma como hombre.

Este orden del amor se trastorna cuando el uno desea y el otro concede, ya que el desear parece pequeño, y el conceder, grande. Así, pues, el uno resulta necesitado y como alguien que toma, y el otro, aunque quizás amoroso, ocupa el papel del que ayuda y da. De esta manera, sin embargo, el que toma acaba siendo como un niño, y el que da, como un padre o una madre. El que toma, quizá tiene que dar las gracias, como si hubiera tomado sin dar; y el que da, quizá se sienta superior y libre, como si hubiera dado sin tomar. Así se niega la compensación y el intercambio peligra. Para que esto se logre, ambos tienen que desear y ambos, con respeto y amor, tienen que conceder aquello que el otro, necesitado, desea.

Seguir y servir

A pesar de todo, el orden del amor entre hombre y mujer exige que la mujer siga al hombre. Es

decir, que le siga a su familia, a su país, a su círculo, a su lengua, a su cultura, y que asienta a que también los hijos le sigan. No puedo fundamentar este orden, pero por sus efectos prueba ser real. Basta con comparar familias en las que la mujer sigue al hombre y los hijos al padre, con otras, en las que el hombre sigue a su mujer y los hijos a su madre. Sin embargo, también aquí hay excepciones. Cuando, por ejemplo, en la familia del hombre existen destinos graves o enfermedades, para el hombre y para los hijos resulta más seguro y adecuado pasar a la esfera de la familia de la mujer y de su red familiar.

No obstante, también aquí hay una contrapartida: como complemento, el orden del amor entre hombre y mujer implica que el hombre sirva a lo femenino.

La igualdad de rango

Los órdenes del amor entre hombre y mujer difieren de los órdenes del amor entre padres e hijos. Por tanto, si una pareja, sin reflexionar, transfiere los órdenes de la relación entre padres e hijos a la relación de pareja, su relación como pareja se verá desequilibrada y trastornada.

Cuando, por ejemplo, en una relación de pareja el hombre busca en su mujer, o la mujer en su marido, un amor incondicional como el de sus padres, está esperando una seguridad como unos padres suelen dársela a sus hijos. En consecuencia, se desencadena una crisis en la relación por la que, finalmente, aquel del que se esperaba demasiado se retira o se va. Y todo esto con razón. Ya que la transferencia de un orden de la infancia a la relación de pareja constituye una injusticia para el otro.

Por ejemplo, cuando un hombre le dice a su mujer, o una mujer a su marido: «Sin ti no puedo vivir», o: «Si te vas, me mato», el otro tiene que marcharse. Ya que esta exigencia exagerada resulta inadmisibles e intolerables entre personas adultas que se mueven a un mismo nivel. En cambio, si un niño les dice esto a sus padres es cierto, ya que el niño realmente no puede vivir sin sus padres.

Así, pues, cuando el hombre o la mujer actúan como si en la relación con el otro tuvieran la obligación de educar o reeducarlo, se están arrogando unos derechos ante una persona de igual condición como unos padres los tienen ante sus hijos. Frecuentemente, el otro huye de esa presión, buscando alivio y compensación al margen de la relación.

Por tanto, el orden del amor en la relación entre hombre y mujer implica que ambos, tanto el hombre como la mujer, reconozcan su igualdad de derechos. Todo intento de comportarse ante el otro bien como superior, como un padre o una madre, bien expuesto, como un niño, limitará y amenazará su relación.

Lo mismo se aplica también al equilibrio entre dar y tomar. En la relación del hijo con sus padres, los padres son los que dan y los hijos, los que toman, y todo intento por parte de los hijos de compensar el desequilibrio entre dar y tomar entre los padres y ellos mismos necesariamente fracasa. Por tanto, los hijos siempre estarán en deuda con sus padres, y cuanto menos logren establecer este equilibrio, tanto más estrecha será su unión con los padres. Pero la misma deuda que les ata a los padres, también les impulsa a salir de casa, dado que desean probar sus capacidades y conseguir una descarga mediante su propia actividad. Así, pues, si el hombre le da a la mujer, o la mujer le da al hombre, de la manera que unos padres les dan a sus hijos, por ejemplo cuando uno de los dos le financia los estudios al otro, aquel que tanto recibió de su pareja ya no puede estar a un mismo nivel con ella. En consecuencia, aunque le deba la gratitud, por regla general la dejará en cuanto haya finalizado sus estudios. Sólo si le restituye íntegramente tanto los costes como los esfuerzos, puede recuperar la igualdad de rango y seguir con su pareja.

La compensación

En el sexo, aunque se diferencien en aquello que tanto el uno como el otro puedan dar o tomar, el hombre y la mujer se hallan a un mismo nivel, y el intercambio de su amor como hombre y mujer se logra y continúa si su dar y tomar, también en otros ámbitos, se compensa y se complementa, tanto en lo bueno como en lo malo.

Así, pues, cuando uno le hace algún bien al otro, la necesidad de compensación no permitirá que éste reconcilie la paz hasta que no le haya dado algo bueno también. Pero como le ama, por precaución le da algo más de lo positivo que la mera compensación exigiría. Así, el otro se siente presionado, y también él, puesto que ama, da algo más de lo bueno que la mera compensación exigiría. De esta manera el intercambio positivo aumenta, pero sólo si entretanto, una y otra vez, se consigue la compensación para luego dar comienzo a una nueva vuelta del intercambio.

Si no se logra la compensación, el intercambio se acaba. Ya que quien toma sin dar, pronto ya

no tendrá a nadie que le quiera dar; y quien da sin tomar, pronto ya no tendrá a nadie que quiera tomar de él. Asimismo, cuando uno le da al otro más de lo que éste pueda o quiera compensar, o cuando uno quiere más que lo que el otro pueda o quiera dar, el intercambio termina. Por tanto, la medida del que da tiene que ajustarse a la medida del que toma, y la medida del que toma tiene que ajustarse a la medida del que da. Eso también significa que de antemano existe una medida para el intercambio que le marca un límite.

No obstante, donde queremos que una relación de pareja se logre, también necesitamos la compensación negativa. Cuando el uno comete algo que necesariamente tiene que doler y herir al otro, también la víctima tiene que hacerle al perpetrador algo que le duela de manera similar y que le pida un sacrificio similar.

Si la víctima se considera demasiado noble para ser mala también, no puede darse ninguna compensación y la relación pelagra. Así, por ejemplo, cuando uno de los compañeros fue infiel y el otro se obstina en la inocencia, su pareja ya no puede ponerse a un mismo nivel con él. En cambio, si él también logra una compensación negativa, ambos pueden reanudar la relación. Sólo que la víctima, si ama al perpetrador, no debe hacerle daño en la misma medida, porque así ya no se deberían nada. Tampoco, por ser consciente de su propia inocencia, debe hacerle más daño, ya que de esta manera el otro, por su parte, tendría el derecho de enfadarse nuevamente. No, tiene que hacerle un poco menos de daño. De esta forma se satisface tanto la justicia como el amor, y el intercambio positivo puede retomar y continuarse.

Sin embargo, cuando tanto la víctima como el perpetrador se hacen cada vez más daño, ambos están tratando lo malo como si fuera algo bueno, y el intercambio negativo aumenta. También este tipo de intercambio vincula a la pareja, pero para su propia desdicha.

Así, también es posible determinar la calidad de una relación de pareja por el hecho de si el intercambio se realiza más bien a un nivel positivo o negativo, y por cuál es la cuantía de lo bueno o lo malo que se intercambia. Con esto también acabo de indicar una posibilidad de restablecer y hacer feliz una relación de pareja: del intercambio negativo se pasa al intercambio positivo, aumentándolo luego con amor.

El acuerdo

De sus familias de origen, tanto el hombre como la mujer conocen diferentes modelos o patrones para la relación de pareja, tanto en lo positivo como en lo negativo. Por tanto, para que su relación se logre, el hombre y la mujer tienen que examinar los modelos que les vienen dados por sus padres, desprendiéndose de patrones antiguos donde sea necesario y encontrando otros nuevos para su relación de pareja. En este paso, sin embargo, muchas veces se topan con sentimientos de inocencia o de culpa, ya que, adoptando los patrones que les vienen dados, aunque sean malos, el sentimiento es de inocencia, y abandonando patrones negativos, aunque los nuevos sean mejores, el sentimiento es de culpa. Así, lo bueno y la felicidad de su relación únicamente se compran al precio de esta culpa.

Implicaciones sistémicas

De las implicaciones en la propia red familiar resultan, quizá, las consecuencias peores para una relación de pareja, sobre todo cuando uno o ambos, sin darse cuenta, se ven obligados a solucionar conflictos pasados de su familia de origen en lugar de otros.

Aportaré un ejemplo:

Un hombre y una mujer se saben muy unidos, pero a pesar de todo, entre ellos surgen conflictos que no comprenden. Un día en que la mujer, furiosa, se enfrentó a su marido, un terapeuta se dio cuenta de que su cara cambiaba hasta parecer el rostro de una mujer mayor. Al mismo tiempo ella le echaba en cara a su marido cosas que no podían referirse a él. El terapeuta le preguntó:

— ¿Quién es la mujer mayor?

En ese momento, ella se acordó de su abuela, una tabernera. Una y otra vez el abuelo la había arrastrado por los pelos por la taberna, delante de todo el mundo. Y la mujer se dio cuenta de que la rabia que ella sentía hacia su marido era la rabia de la abuela hacia el abuelo, reprimida en aquel entonces.

Muchas crisis matrimoniales que parecen incomprensibles tienen sus raíces en tales transferencias. Este proceso transcurre de manera inconsciente y, dado que nos hallamos indefensos mientras no lo reconozcamos, nos asusta. En cambio, conociendo la existencia de tales implicaciones, nos volvemos más cautelosos en cuanto sentimos la tentación de agredir al otro sin ningún motivo concreto.

La constancia

Algunas parejas desconocen la profundidad del vínculo que les une, considerando su relación como un acuerdo mutuo en el que los fines pudieran ser definidos arbitrariamente y cuya duración u orden pudieran determinar, cambiar o suprimir según su propio gusto o antojo. De esta manera, sin embargo, entregan su relación a la ligereza y a la arbitrariedad. Quizá se den cuenta demasiado tarde de que aquí reina un orden al que tienen que subordinarse. Así, por ejemplo, cuando uno de los compañeros abandona la relación sin escrúpulos y a la ligera, a veces muere o se suicida uno de los hijos de esta pareja, como si tuviera que expiar una grave injusticia.

En realidad, los fines de una relación de pareja nos vienen dados, y si queremos alcanzarlos, nos piden constancia y sacrificio.

El morir

Cuando un hombre toma por mujer a una mujer, a través de ella se convierte en hombre. Al mismo tiempo, sin embargo, ella también le priva de lo masculino y lo cuestiona. Así, en el matrimonio, el hombre también se hace menos hombre. Y cuando la mujer toma por marido a un hombre, a través de él se convierte en mujer. Al mismo tiempo, sin embargo, él también la priva de lo femenino y lo cuestiona, por lo que ella también se hace menos mujer en el matrimonio. En consecuencia, para que la relación mantenga su tensión, el hombre tiene que renovar lo masculino con otros hombres, y la mujer tiene que renovar lo femenino con otras mujeres.

A pesar de todo, el hombre pierde su identidad como hombre en la relación con la mujer, y la mujer pierde su identidad como mujer en la relación con el hombre. Ya que el hombre y la mujer son diferentes en todos los sentidos. Con que «pequeña diferencia» — ¡de eso nada!—. Casi todo difiere en el hombre y en la mujer. Ahora bien, aunque las maneras masculina y femenina de ver el mundo, de sentir, de reaccionar, sean tan diferentes, ambas constituyen formas de realización humana plenamente válidas. Ambos, el hombre y la mujer, tienen que reconocer este hecho. De esta manera, sin embargo, la mujer priva al hombre de su seguridad como hombre, y el hombre priva a la mujer de su seguridad como mujer. Así, pues, a lo largo de su relación, también tienen que perder de nuevo la identidad como hombre y como mujer que a través del otro ganaron.

De esta forma, el hombre y la mujer experimentan su relación también como un morir. Bien es verdad que nos embarcamos en la relación con la idea de que ésta será nuestra mayor plenitud. En realidad, empero, una relación también es un proceso de muerte. Todo conflicto en el matrimonio es un poco de despedida y de muerte en este sentido. Cuanto más dura la relación, más se acercan el hombre y la mujer a esta última renuncia. Así, el hombre y la mujer alcanzan otro nivel, más elevado. La división en el hombre y en la mujer tiende a la unión. Pero la fusión de ambos sexos únicamente crea una unión pasajera, no duradera. Por tanto, la dicotomía únicamente se anula más allá de esta fusión. La fusión no es más que un símbolo para este paso; la unión real se da con la muerte. Entonces volvemos a un fondo que no conocemos.

Por supuesto, todo esto no es más que una visión posible, pero le confiere a la relación una profundidad y una seriedad dignas de ella. Ya que la superación de los opuestos, que esta fusión promete, únicamente se logra con esta última renuncia.

El fondo último

Los órdenes del amor, que nos acompañaron en relaciones anteriores, también actúan sobre nuestra relación con la vida y con el mundo en su totalidad, y sobre nuestra relación con el misterio que detrás de él barruntamos.

Así, podemos referirnos al Todo misterioso como un hijo se dirige a sus padres, buscando un Padre Dios o una Gran Madre; creyendo como un niño, esperando como un niño, confiando como un niño, amando como un niño. Y también lo tememos como un niño y, como un niño, quizá, también temamos el saber.

O nos referimos al Todo misterioso como a los antepasados y a la red familiar: por una parte, nos sabemos consanguíneos suyos en una Comunión de los Santos, pero también, al igual que en la red familiar, réprobos o elegidos, según una ley implacable, sin que pudiéramos comprenderla ni influir sobre su decisión.

O nos comportamos hacia el Todo misterioso como si nos encontráramos en un grupo de iguales, convirtiéndonos en sus colaboradores y representantes, pactando y negociando con él, haciendo una alianza y reglamentando por contrato los derechos y los deberes, el dar y el

tomar, la ganancia y la pérdida.

O nos comportamos con el Todo misterioso como si estuviéramos en una relación de pareja, en la que hubiera un amado y una amada, un novio y una novia.

O nos comportamos con el Todo misterioso como padres con su hijo, diciéndole lo que acaba de hacer mal y lo que tendría que hacer mejor, cuestionando su obra y, si este mundo no nos parece bien de la manera que es, pretendiendo salvarnos a nosotros mismos y salvar a otros de él.

O, por el contrario, al referirnos al Misterio de este mundo, dejamos atrás los órdenes del amor que conocemos, abandonándonos al olvido, como si ya estuviéramos en el mar y todos los ríos hubieran alcanzado su fin.

VII. HISTORIAS DE LA FELICIDAD.

La felicidad nos parece tentadora y traidora, atractiva y peligrosa, ya que, frecuentemente, aquello que deseamos aporta desdicha y, aquello que tememos, felicidad. A veces preferimos agarrarnos a la desdicha por parecemos segura o grande; o porque la consideramos inocencia, o mérito, o una prenda de una felicidad venidera.

Así, quizá despreciemos la felicidad como vulgar, o pasajera y fugaz; o la temamos como culpa y traición, o como delito, o como presagio de la desdicha.

Las dos Caras de la Felicidad

En viejos tiempos, cuando los dioses aún parecían muy cercanos a los hombres, había en una ciudad pequeña dos cantantes, los dos del mismo nombre: Orfeo.

Uno de ellos era el grande. Había inventado la cítara, una forma primitiva de la guitarra, y cuando tocaba las cuerdas para cantar, la naturaleza a su alrededor quedaba encantada. Los animales salvajes reposaban mansamente a sus pies, los altos árboles se inclinaban hacia él: nada se resistía a sus melodías.

Como era tan grande, cortejó la mujer más bella.

Después empezó el descenso.

Mientras se estaba celebrando la boda, la bella Eurídice murió, y la copa colmada, aún antes de llegar a sus labios, se rompió. Pero para el gran Orfeo la muerte aún no fue el final. Mediante su arte sublime encontró la entrada a los Infiernos, bajó al Reino de las Sombras, atravesó el Río del Olvido, logró pasar delante del Cancerbero, llegó con vida al trono del Dios de los Muertos y lo conmovió con su cantar.

La muerte liberó a Eurídice, pero bajo una condición...

Y tan feliz estaba Orfeo que no percibió la malicia en este favor. Empezó el camino de vuelta oyendo, detrás de sí, los pasos de la mujer amada. Pasaron ilesos ante el Cancerbero, atravesaron el Río del Olvido, comenzaron la subida hacia la luz; ya la veían de lejos. De repente, Orfeo oyó un grito —Eurídice había tropezado—, se giró sobresaltado, vio aún las sombras desvanecerse en la noche: estaba solo. Anegado en su dolor, cantó la canción de despedida: « ¡Ay, la perdí, toda mi felicidad se fue con ella! ».

El mismo encontró el camino a la luz del día, pero la vida se le había hecho extraña entre los muertos. Cuando unas mujeres borrachas quisieron llevarlo a la fiesta del vino nuevo, se negó, y ellas lo desgarraron vivo. Tan grande fue su desdicha, tan vano su arte. Pero, ¡todo el mundo le conoce!

El otro Orfeo era el pequeño. No era más que un cantor, actuaba en fiestas sencillas, tocaba para la gente sencilla, daba una alegría sencilla, y él mismo se lo pasaba bien. Como no podía vivir de su arte, aprendió también otra profesión, corriente, se casó con una mujer corriente, tuvo hijos corrientes, pecaba de vez en cuando, era corrientemente feliz y murió viejo y saciado de vida.

Pero nadie lo conoce — ¡menos yo! —.

El Burro

Un señor compró un burro joven y ya muy pronto lo acostumbró a la vida dura. Lo cargaba de bultos pesados y lo hacía trabajar todo el día, dándole tan sólo lo indispensable para comer. Así, el burro pequeño muy pronto se convirtió en un burro de verdad. Cuando venía su amo, se ponía de rodillas, agachaba la cabeza y, de buena gana, dejaba que le pusiera las cargas más pesadas, aunque a veces apenas se aguantaba de pie.

Otros, al verlo, se compadecían de él.

— ¡Pobre burro! —decían y querían hacerle un bien. Uno intentó darle un terrón de azúcar; otro, un trozo de pan; el tercero incluso quería llevarlo a un pasto verde. Pero él les enseñó lo burro que era: al primero le mordió la mano, al otro le pegó una coza, y con el tercero se puso terco como una mula.

— ¡Qué burro! —exclamaron finalmente, dejándolo tranquilo a partir de ese día.

A su amo, sin embargo, le comía de la mano, aunque no fuera más que paja. El hombre, por su parte, ante todo el mundo lo alababa, diciendo:

— ¡Es un gran burro, más que ningún otro que haya visto hasta ahora! —y le dio el nombre de «lh-Oh».

Más tarde, ya no se supo con seguridad cómo se pronunciaba aquel nombre, hasta que un entendido afirmó que debía ser:

«Y-Yo».

La escapatoria

En alguna parte del sur, al amanecer, un pequeño mono subió a una palmera, sacudiendo un coco pesado en sus manos y gritando con todas sus fuerzas.

Así lo oyó un camello, que se acercó, alzó la mirada y le preguntó:

— ¿Qué te pasa hoy?

— Estoy esperando al Gran Elefante. ¡Le pegaré una paliza con el coco que se va a enterar! Pero el camello pensó: « ¿Qué querrá realmente? ».

Al mediodía pasó un león. También él oyó al pequeño mono, lo miró desde abajo y preguntó:

— ¿Te pasa algo?

— ¡Sí! — Gritó el mono-, ¡necesito al Gran Elefante! ¡Le pegaré una paliza con el coco que le reventará el casco!

Pero el león pensó: « ¿Qué le pasará realmente? ».

Por la tarde, vino un rinoceronte, se extrañó al oír al mono, levantó la mirada y le preguntó:

— ¿Qué te pasa hoy?

— Estoy esperando al Gran Elefante: ¡le pegaré una con el coco que le reventará el casco y lo dejará seco!

El rinoceronte, sin embargo, pensó: « ¿Qué querrá realmente? ».

A última hora de la tarde llegó el Gran Elefante, se rascó en la palmera y cogió algunas ramas con su trompa; encima de él, sin embargo, reinaba un silencio absoluto. Después, levantó la mirada, vio al pequeño mono detrás de una rama y preguntó:

— ¿Te pasa algo?

— ¡No! — Se apresuró a decir el mono—, ¡nada! Durante el día estuve gritando un poco, pero no lo habrás tomado en serio, ¿verdad?

El elefante, sin embargo, pensó: « ¡Algo le falta realmente! ».

Después, vio su manada y se marchó con pasos majestuosos.

El pequeño mono aún se quedó quieto largo tiempo. Después, cogió el coco, volvió al suelo, lo pegó contra una roca y lo reventó... y bebió su leche y comió su fruto.

La medida

Alguien se abre paso por las calles luminosas, decoradas para las fiestas de Navidad, y su mirada se siente atraída por una tienda que en grandes letras brillantes pone: «Especialidades culinarias de todo el mundo».

El hombre se para mirar los manjares tan apetitosamente expuestos en el escaparate, y la boca se le hace agua.

Después chasquea con la lengua y se dice: «Ahora me apetecería una simple rebanada de pan».

Dos tipos de placer

Un burro, hambriento y cargado hasta arriba, penosamente va trotando por un camino interminable. A su derecha, un prado verde, a su izquierda, un prado verde. Pero él dice: «Yo sigo mi camino».

Otro asno está pastando en un prado verde. A su derecha, un camino largo y penoso, a su izquierda, un camino largo y penoso. Pero él dice: «Aquí me encuentro bien».

La inocencia

Alguien quiere dejar aquello que durante tanto tiempo le acosaba, y así se aventura por un camino desconocido. Va caminando alegremente y por la tarde llega a una montaña alta. Al hacer un alto, descubre ante él la entrada a una cueva. El hombre se acerca e intenta entrar, pero la encuentra sellada con una puerta de hierro.

«Curioso —piensa—, quizás ocurra algo.»

Se sienta enfrente de la puerta, una y otra vez dirigiendo su mirada a ella y volviéndola a apartar, mirando y dejando de mirar, y al cabo de tres días, cuando justo acaba de apartar la mirada y volver a mirar, ve la puerta abierta. Se abalanza hacia su interior, avanza corriendo y, de repente, se encuentra nuevamente al aire libre.

«Curioso», piensa, frotándose los ojos. Al sentarse, ve a una cierta distancia un pequeño círculo blanco —blanco como la nieve—, y en el interior de ese pequeño círculo blanco se ve a sí mismo: acurrucado, encogido y de un blanco resplandeciente. Alrededor de aquel pequeño círculo blanco titila una inmensa llamarada de sombras como si, con todas sus fuerzas, quisiera entrar.

«Curioso —piensa—, quizás ocurra algo.»

Se sienta enfrente, una y otra vez mirando y apartando la vista, mirando de nuevo y apartando la vista, y al cabo de tres días, cuando justo acaba de apartar la vista y volver a mirar, ve como el pequeño círculo blanco se abre, la llama de sombras negras se precipita a su interior, el círculo se ensancha y él, por fin, puede estirarse. Pero ahora el círculo está gris.

La culpa

Alguien se levanta por la mañana, y su corazón se encoge porque sabe: hoy vienen sus acreedores y tiene que enfrentarse a ellos. Viendo que aún le queda un poco de tiempo, se acerca a la estantería, coge la primera carpeta y comienza a reparar los papeles.

Entre ellos encuentra facturas que aún le quedan por pagar. Mirándolas más detenidamente ve que también hay algunas cuyas reclamaciones son exageradas, algunas incluso por servicios que tan sólo se prometieron pero nunca se cumplieron, y otras para productos que fueron encargados, pero nunca entregados. El hombre sopesa qué sería adecuado y justo en cada caso y decide guardarse de reclamaciones falsas. Después, cierra esta carpeta y pasa a la segunda.

Allí encuentra registradas las prestaciones por las que se creía especialmente en deuda con otros. Pero al final de esa larga lista lee comentarios como «gratis», «ya pagado» o «se dio muy a gusto». Surgen en su interior las imágenes entrañables de personas queridas, y su corazón se abre de par en par, inundado por un sentimiento de amor y gratitud. Después, cierra también la segunda carpeta y coge la tercera.

Allí no encuentra más que presupuestos que en su tiempo pidió para adquirir aquello que hacía tiempo necesitaba. Pero al final de los presupuestos lee «sólo contra pago por adelantado». Sabe que aquí aún necesitaría tiempo para comprobar cuan fiables eran estos presupuestos. Así, también cierra la tercera carpeta y la devuelve al estante.

Finalmente llegan sus acreedores, y una vez han tomado asiento, llenan el espacio con su presencia. Pero ninguno de ellos pronuncia palabra.

Al verlos todos delante de sí, el hombre se siente extrañamente ligero, como si de repente pudiera abarcar todo aquello que tan confuso parecía, y siente la fuerza de poder y querer enfrentarse a ellos.

Mientras aún espera, la imagen delante de él va cobrando orden. Ahora sabe seguro a cuál de los acreedores le toca primero, y quién será el siguiente. Así les comunica su imagen a los acreedores, agradeciéndoles que hayan venido y asegurándoles que a su tiempo también se enfrentará a ellos. Ellos asienten y se marchan; únicamente se queda aquel acreedor al que ya ahora quiere enfrentarse.

Los dos se exponen el uno al otro. Saben que ya no se trata de regatear, sólo de actuar, y como ambos están serios, pronto llegan a un acuerdo. Pero al marcharse el acreedor, se gira un momento y le dice: «Aún te concedo una pequeña demora».

El Curso de la Vida

Un abejorro se posó en una flor de cerezo, bebió su néctar, quedó saciado y se fue volando.

Pero después le vinieron los remordimientos. Se sentía como alguien que se había sentado en una mesa abundantemente preparada sin haberle dado al anfitrión ni siquiera un detalle que también alegrara su corazón.

«¿Qué haré?», pensó, pero no lograba decidirse, y así pasaron semanas y meses.

Finalmente, ya no pudo quedarse tranquilo.

Se dijo: — ¡Tengo que volver a la flor de cerezo y darle las gracias de todo corazón!

Se echó al vuelo, encontró el árbol, la rama, la hoja exacta donde antes se hallaba la flor, pero ya no estaba. Tan sólo encontró un fruto maduro de un intenso color encarnado.

Al verlo, el abejorro se entristeció.

Se dijo: -Nunca más podré darle las gracias a la flor de cerezo; la oportunidad está perdida para siempre. ¡Pero esto me servirá de lección!

Aún mientras lo estaba pensando, percibió un dulce perfume; la corola rosada de otra flor le sonreía, y con todas sus ganas se lanzó a una nueva aventura.

Algunas historias nos presentan un espejismo, como si los deseos aún ayudaran, como antaño nos hacían creer los cuentos. Así, fácilmente nos inducen a actos que sobrepasan aquello que nos está permitido, y en vez de conducirnos a la felicidad que deseamos, nos llevan a la desdicha que tememos.

Donde tales imágenes actúan, ayuda contar los cuentos de una forma realista, de manera que también aquí los deseos tienen un límite y el actuar arrogante fracasa. Así, del cielo volvemos a

caer a la tierra, encontrando nuestra medida.

La Tierra

Al lado de un gran bosque vivían un leñador y su mujer. Tenían una única hija, una niña de tres años, pero eran tan pobres que muchas veces no sabían ni qué darle de comer. Un día vino a verles la Virgen María y les dijo:

—Vosotros sois demasiado pobres para cuidar a la niña. Traedla conmigo; yo me la llevaré al Cielo, seré su madre y la cuidaré.

Al oír estas palabras, el corazón se les encogió, pero se dijeron:

— ¿Quiénes somos nosotros al lado de la Virgen María?

Así, pues, obedecieron, cogieron a la niña y se la entregaron a la Virgen María. Ésta se la llevó al Cielo. Allí comía pan blanco, bebía leche dulce y jugaba con los ángeles. Secretamente, sin embargo, añoraba a sus padres y la bella Tierra.

Cuando la niña tenía catorce años, la Virgen María nuevamente quiso salir de viaje, ya que también ella a veces sentía nostalgia de la Tierra. Así, llamó a la niña y le dijo:

-Guarda tú las llaves de las trece puertas del Cielo. Doce puertas puedes abrir y admirar las maravillas que encierran, pero la decimotercera, a la que pertenece esta llavecita, te está vetada. No se te ocurra abrirla; ¡de lo contrario, pasará una desgracia!

Pero la niña prometió:

— ¡Nunca pisaré la decimotercera sala!

En cuanto partió la Virgen María, la niña se fue a ver las moradas celestiales. Cada día abrió una de las puertas, hasta llegar a la decimosegunda. Detrás de cada una de ellas se hallaba un hombre, un apóstol, rodeado de gran esplendor, y cada vez la niña se deleitaba de la hermosura que percibía. Finalmente, la única puerta cerrada era la prohibida, y la niña se sentía intrigada por saber qué se escondía detrás de ella. Así, pues, en un momento que se encontraba sola, pensó: «Ahora estoy sola y podría entrar; nadie lo sabrá si lo hago». Cogió la llavecita, la introdujo en la cerradura y le dio la vuelta. Inmediatamente se abrió la puerta y la niña se sintió atraída por un candente esplendor dorado. Este debió de ser el santuario sacrosanto. La niña misma se enardeció, impetuosamente entró en la sala, rozó el oro con su dedo y se estremeció de placer como nunca antes lo había conocido. En ese momento recordó la prohibición de la Virgen María, salió corriendo por la puerta y la volvió a cerrar. Pero ahora su dedo parecía convertido en oro. La niña quería lavarse las manos para quitar el oro, pero por mucho que lo intentaba, no había manera de sacarlo. Así, pues, esperaba la vuelta de la Virgen María, llena de temor.

Ésta, sin embargo, se tomaba su tiempo. Se sentía a gusto en la Tierra, y cuando volvió al Cielo estaba muy contenta. Llamó a los ángeles y a la niña y les contó las novedades de la Tierra. Allí, los hombres tenían unas cajas extrañas: bastaba con apretar un botón para ver lo que ocurría en la Tierra.

Un día, así contaba, había visto de esta manera a una mujer que osó ir detrás de los gorilas de montaña. Era muy peligroso porque los gorilas eran ocho veces más fuertes que los hombres. Pero los gorilas permitieron que se les acercara, y un día, un gorila macho llegó a estar tan cerca de ella que pudo acariciarlo en la espalda. Era totalmente manso y dejó que le tocara.

Después encontró un bebé gorila que había perdido a sus padres y estaba extenuado. La mujer lo acogió como una madre, le daba leche dulce para beber y lo cuidaba tan bien que pronto se recuperó. Pero vio que, por mucho que amaba a aquel bebé que no era suyo, este echaba de menos a los demás gorilas. Así, un día, se lo llevó en una de sus excursiones, y cuando encontró al grupo de gorilas, les tendió al bebé en sus brazos. En cuanto el mayor de los gorilas vio al bebé, saltó hacia ella gritando, le arrebató al bebé, volvió corriendo a su grupo y entregó el pequeño a una hembra que se puso a amamantarlo enseguida. La mujer, sin embargo, no había sido atacada en ningún momento, y vio que el pequeño gorila se encontraba bien entre los suyos.

Aún muchas otras historias contó la Virgen María, de manera que se olvidó de preguntar por las llaves. Sin embargo, a la mañana siguiente, llamó a la niña para que le trajera las llaves.

— ¿Realmente no estuviste en la decimotercera cámara?—inquirió.

—No —contestó la niña—, si lo prohibiste...

— ¿Y por qué escondes tu mano detrás de la espalda?

Y le mandó:

— ¡Enséñame también la otra mano!

La niña se avergonzó, pero como no servía de nada negarlo, sacó la otra mano de detrás de sus espaldas y le enseñó el dedo dorado. Al verlo, la Virgen María suspiró diciendo:

—En algún momento tenía que pasar.

Y se quitó sus guantes blancos y — ¡qué sorpresa!— también ella tenía un dedo dorado.

Así, pues, le dijo a la niña:

—Ya que sabes lo uno, también sabrás todo lo demás. Vuelve a la Tierra, donde hay padres y hermanos, y hombres y mujeres, y niños.

La niña se alegró y le dio las gracias. La Virgen María le ayudó a preparar su hatillo, y para que protegiera la prueba de su conocimiento, al despedirse le entregó un par de guantes blancos.

Limpieza general

Alguien vive en una casa pequeña y con los años se va amontonando un sinfín de trastos en sus cuartos. Muchos huéspedes trajeron sus cosas, y al seguir su camino dejaron alguna que otra maleta. Es como si aún estuvieran, aunque hace tiempo que se marcharon para siempre.

También aquello que el propietario mismo ha ido coleccionando sigue guardado en la casa. Nada debe darse por acabado ni puede perderse. Incluso a objetos rotos se aferra su memoria, y así se quedan, quitándoles espacio a otras cosas mejores.

Sólo cuando el dueño de la casa ya está a punto de ahogarse, empieza a hacer limpieza. Comienza por sus libros: ¿quiere seguir mirando las imágenes antiguas, intentando comprender enseñanzas e historias ajenas?

Así, saca de su casa aquello que hace tiempo se resolvió, y en las habitaciones vuelve a haber espacio y luz.

Después, abre las maletas ajenas para mirar si aún queda algo que él pudiera usar. Descubre algunas preciosidades y las aparta; el resto lo saca fuera.

Tira los cacharros viejos a un hoyo profundo, cubriéndolo cuidadosamente de tierra, para finalmente sembrar hierba encima.

Hay historias que son vallas. Limitan y excluyen. Si nos sometemos, nos ofrecen seguridad, y si queremos seguir, nos cortan el paso. A veces, nosotros mismos nos contamos historias de este tipo, llamándolas recuerdos. Ya que muchas veces nos contamos aquello que en aquel entonces fue fatal y nos hirió, pero no narramos lo que también libera. Así, el recuerdo se convierte en atadura, y nuestro ámbito de movimiento permanece limitado.

El Adiós

Ahora os invitaré a un viaje al pasado, como si algunas personas, después de años, otra vez partieran para volver allí donde en aquel entonces ocurrió lo decisivo. Esta vez, sin embargo, no hay peligro que aceche, todo está superado ya. Más bien parece como si unos luchadores veteranos, después de largos años de paz, atravesaran otra vez el campo de batalla en el que tuvieron que mostrar su coraje. Desde hace mucho tiempo la hierba vuelve a crecer allí, y los árboles florecen y llevan su fruto. Quizá, ni siquiera reconozcan el lugar, porque no aparece como ellos lo recordaban, y necesitan ayuda para orientarse.

Porque es curioso de qué maneras tan distintas nos enfrentamos al peligro.

Un niño, por ejemplo, queda paralizado de miedo ante un perro grande. Al llegar la madre y levantarlo en sus brazos, la tensión va cediendo y el niño empieza a llorar. Pero al cabo de muy poco ya vuelve la cabeza para mirar al terrible animal, ahora desde una altura segura y sin miedo.

Otro, al cortarse, no puede ver como corre su propia sangre. En cuanto aparta la vista, sin embargo, siente tan sólo un poco de dolor.

Malo es, por tanto, que todos los sentidos juntos queden atrapados por los hechos, sin poder actuar cada uno por separado, y que el individuo se vea arrollado por ellos de manera que ya no ve, ni oye, ni siente, ni sabe qué es real.

Ahora emprendemos un viaje en el que cada uno, de la manera que le parezca, lo verá todo, pero no de golpe, y también lo vivirá todo, pero con la protección que él desee; un viaje en el que también podrá comprender las cosas que cuentan, una tras otra. El que quiera podrá dejar que otro lo represente, como uno que en casa se pone cómodo en su sillón y, cerrando los ojos, sueña con el viaje que se ve hacer, y que, a pesar de permanecer en casa y dormir, lo vive todo como si realmente estuviera allí.

El viaje nos lleva a una ciudad que en su tiempo fue rica y famosa, pero desde hace mucho está vacía y solitaria, como una ciudad fantasma del lejano Oeste. Aún se ven las minas en las que se extraía el oro, las casas casi intactas, incluso la tarima de los espectáculos aún existe. Pero todo está abandonado. Desde hace mucho tiempo, aquí no queda más que el recuerdo.

El que emprende este viaje se busca una persona conocedora para que lo guíe. Así llega a ese lugar, y el recuerdo se despierta. Aquí, pues, sucedió aquello que tanto le estremeció, que aún

hoy le cuesta recordar por el dolor que le causó. Pero ahora el sol brilla sobre la ciudad abandonada. Donde en su tiempo había vida, gentío y violencia, se ha hecho la calma, casi la paz.

Así pasean por las calles, y finalmente encuentran la casa. Aún vacila, pensando si realmente quiere arriesgarse a entrar, pero su acompañante piensa adelantarse solo, para mirar primero y saber si el lugar es seguro ahora, y si aún queda algo de aquel entonces.

Mientras tanto, el otro se queda fuera, mirando las calles vacías. Vuelven los recuerdos de vecinos o amigos que allí había, recuerdos de escenas en las que él estaba feliz y alegre, emprendedor y lleno de ganas de vivir, como niños imposibles de parar porque empujan hacia adelante, hacia lo nuevo, lo desconocido, lo grande, lo amplio, hacia la aventura y el peligro superado. Así pasa el tiempo.

Finalmente, su acompañante le hace una señal para que le siga. Entra él mismo en la casa, llega al vestíbulo, mira a su alrededor y espera. Sabe qué personas hubieran podido ayudarle en aquel entonces para soportarlo, personas que lo amaban, que también eran fuertes y valientes, y sabían. Le parece como si ahora estuvieran aquí, como si oyera sus voces y sintiera su fuerza. Después, su acompañante lo coge de la mano y juntos abren la puerta que realmente lleva al interior.

Aquí, pues, se encuentra él: ha vuelto. Coge la mano que le trajo hasta aquí y tranquilamente mira a su alrededor, para ver cómo era realmente, lo uno y lo otro, todo. ¡Qué curioso!, ¡qué diferente lo percibe, si permanece recogido y de la mano del que le ayuda! Aún recuerda aquello que durante mucho tiempo estuvo apartado, como si por fin encajara lo que también forma parte. Así espera y mira, hasta saberlo todo.

Después le invade el sentimiento, y detrás de aquello que se encontraba en un primer plano siente el amor y el dolor. Le parece como si hubiera vuelto a casa, y mira al fondo, donde ya no existen ni el derecho ni la venganza, donde el Destino obra y la humildad cura, y la impotencia establece la paz. Su acompañante mantiene cogida su mano para que se sienta seguro. El respira profundamente, después se entrega. Así sale lo que tanto tiempo estuvo retenido, y él se siente ligero y lleno de calor.

Cuando todo ha pasado, el otro lo mira y dice: «Quizás, entonces cargaste con algo que debes dejar aquí, porque no te pertenece ni se te puede exigir. Por ejemplo una culpa arrogada, como si tuvieras que pagar por lo que otros tomaron. Déjalo aquí. También aquello que debe serte ajeno: la enfermedad de otros, su suerte, su creencia o su sentir. También la decisión que fue para tu mal: déjala aquí ahora».

Las palabras le sientan bien. Se siente como alguien que llevaba una carga pesada y ahora la pone en el suelo. Respira aliviado y se sacude. En un principio se nota ligero como una pluma.

El amigo vuelve a hablar: «Quizás, entonces también dejaste o abandonaste algo que debes conservar, porque te pertenece. Por ejemplo un talento, una necesidad íntima, quizá también inocencia o culpa, recuerdo y esperanza, el valor para una existencia plena, para el actuar que a ti te corresponde. Vuelve a recogerlo ahora y llévalo contigo a tu futuro».

También a estas palabras asiente. Después, examina lo que entonces abandonó y ahora debe recuperar. Al tomarlo, siente el suelo bajo sus pies y percibe su propio peso.

Después, el amigo lo lleva unos cuantos pasos más allá, y juntos llegan a la puerta del fondo. La abren y encuentran... el saber que reconcilia.

Ahora ya no aguanta más en el lugar de antes. Tiene prisa por partir, le da las gracias a su amable acompañante, y emprende el camino de vuelta. Al llegar a casa, aún necesita un tiempo para orientarse con la nueva libertad y la antigua fuerza. Pero secretamente ya planea el próximo viaje: esta vez a tierras nuevas y desconocidas.

La Renuncia

Después de la Guerra de los Treinta Años —eran malos tiempos aquéllos—, la gente volvió de los bosques y empezó a reconstruir sus casas, a trabajar sus tierras y a cuidar el poco ganado que le quedaba. Al cabo de un año tuvieron la primera cosecha en tiempos de paz, el ganado se había multiplicado, y se celebró una fiesta.

A las afueras del pueblo, sin embargo, había una casa con la puerta tapiada. A veces la gente que pasaba pensaba que había oído algo en su interior, pero tenía demasiadas preocupaciones para fijarse más detenidamente.

Una noche, un perrito herido se paró delante de la puerta tapiada, aullando lastimosamente. De repente empezó a caer el mortero de la puerta tapiada, se soltó una piedra, una mano salió, cogió el perrito y lo arrastró hacia adentro. ¡Aún quedaba alguien que no sabía que ya se había hecho la paz! La persona apretaba el perrito contra su vientre, sintiendo su calor, y el perrito se

durmió. El hombre miraba por el hueco estrecho, veía las estrellas a lo lejos, y por primera vez desde hacía mucho tiempo respiraba el aire fresco de la noche.

Finalmente empezó a amanecer, se oyó el canto de un gallo, el perrito se despertó y la persona vio que tenía que dejarlo marchar. Así lo empujó por el hueco estrecho, y el animal corrió con los suyos.

Cuando ya se había hecho de día, unos niños se acercaron, uno de ellos con una manzana fresca en la mano. Vieron el hueco, miraron adentro y vieron a aquella persona: se había dormido. La mirada afuera le había sido suficiente.

La osadía

Alguien que en viejos tiempos estaba preso en aquel palacio maravilloso en el que, según las leyendas, también se hallaba el laberinto, una y otra vez pasaba sigilosamente por un portal oscuro, del que decían que conducía a la perdición.

Muchos, así lo escuchaba, habían atravesado el portal oscuro a la fuerza, pero nadie había vuelto jamás, y tanto más grande se hacía el temor entre los que allí seguían. El preso, sin embargo, miró el portal más detenidamente. Después, una noche, cuando todos los centinelas estaban cansados, con un golpe decidido atravesó el portal oscuro... y se encontró al aire libre.

Hay historias que nos llevan por un camino y, si durante un trecho del camino nos abandonamos a ellas, aún mientras las estamos escuchando cumplen lo que cuentan.

La Fiesta

Alguien se pone en camino y, al mirar hacia adelante, a lo lejos distingue la casa que a él le pertenece. Sigue caminando hacia ella y, al llegar, abre la puerta y entra en una habitación preparada para una fiesta.

A esta fiesta vienen todos los que fueron importantes en su vida; y todo el que viene trae algo, se queda un tiempo, y se va.

Así, pues, vienen a la fiesta, cada uno con un regalo por el que ya pagó el precio entero, sea como fuere: la madre, el padre, los hermanos, un abuelo, una abuela, el otro abuelo, la otra abuela, los tíos y las tías, todos los que hicieron sitio para ti, todos los que te cuidaron, los vecinos quizás, amigos, maestros, parejas, hijos. Todos los que tuvieron importancia en tu vida y los que aún la tienen. Y cada uno que llega trae algo, se queda un poco, y se va. Al igual que los pensamientos que llegan, traen algo, se quedan un poco, y se van. Y al igual que vienen los deseos o el dolor. Todos traen algo, se quedan un poco y se van. Y también la vida: viene, nos trae algo, se queda un poco y se va.

Después de la fiesta, la persona se encuentra colmada de regalos, y sólo permanecen a su lado aquellos a quienes les corresponde quedarse aún un tiempo. Así, se acerca a la ventana y se asoma: allí ve otras casas, sabe que en su día también allí habrá una fiesta, y él irá, llevará algo, se quedará un poco y se irá.

VIII. CUERPO Y ALMA, VIDA Y MUERTE.

El tema de mi ponencia es *Cuerpo y Alma, Vida y Muerte*, y les hablaré de la interacción entre cuerpo y alma, y de la vida con la muerte y con los muertos, teniendo en cuenta que las causas de muchas enfermedades se hallan, al menos parcialmente, en el ámbito del alma o de la historia familiar. Por tanto, su curación depende de determinados procesos en el alma; es decir, junto con el tratamiento médico, también hay que reconocer y poner en orden algo en el alma. En este contexto, también cuento entre las enfermedades los accidentes graves y el suicidio, dado que aquí no sólo se trata de salud y enfermedad, sino de vida y muerte.

El cuerpo

Pensando en la interacción entre cuerpo y alma, a veces aún nos encontramos atados por la idea de que el cuerpo es material y el alma se añade como fuerza vivificante y gobernante. Esta idea se basa en la experiencia de que los moribundos dan un último suspiro, pareciendo que con él también expiren su alma. Y del final de la vida, esta imagen se transfiere también al principio de la misma, similar al relato bíblico de la Creación, según el cual Dios formó al hombre del polvo de la tierra, soplando en su nariz el hálito de la vida.

Pero según nuestro saber, el hombre vivo nace porque las células germinales —ya animadas— de sus padres se unen en él para formar un nuevo ser humano. Nuestro cuerpo, por tanto, desde un principio se encuentra animado, convertido en un eslabón de una larga cadena que une a todos antes y después de nosotros, y a todos los que inmediatamente nos rodean, como si todos tuviéramos parte en una vida y en un alma comunes. El alma, por tanto, va más allá de nosotros, abarcando también nuestro entorno: nuestra familia, los demás grupos mayores, el mundo en su totalidad. A pesar de este hecho, en un principio experimentamos el alma referida a nuestro cuerpo. Ella dirige su principio, su crecimiento, la transmisión de la vida a través de él y, al cabo de un tiempo, también su muerte.

El yo

Sin embargo, también nos experimentamos como mirando desde fuera el cuerpo y el alma que lo anima, como si en nuestro interior tuviéramos un centro que hablara con el cuerpo y su alma, asintiendo a sus movimientos o resistiéndose a ellos, intentando elevarse por encima de ellos, o sometándose de buena voluntad o con impotencia. En este centro, pues, nos experimentamos tanto libres como atados frente al cuerpo y al alma. Solemos definir este centro como el yo. Sin embargo, tan sólo disponemos de esta experiencia del yo porque el cuerpo y el alma que lo anima tienen su propia conciencia y su propia voluntad, que tanto asienten como se resisten al querer del yo. Esta interacción favorece al cuerpo o lo amenaza. La observación y la experiencia nos permiten saber cuándo le sirve y cuándo le perjudica.

Yo y cuerpo

Por regla general, asociamos con el yo el estado consciente, la razón, la libre voluntad, control y rendimiento. Sin embargo, no todo lo que el yo pretende es razonable y libre, porque el yo es también impulsivo y, muchas veces, ciego. Este sería el caso de los temerarios, los imprudentes o los ascetas, que enfrentan su cuerpo con exigencias que ponen en peligro su salud. El cuerpo se resiste, por ejemplo, cayendo enfermo, perdiendo fuerzas, hiriéndose o doliendo. De esta manera hace reaccionar y entrar en razón al yo. Así, el cuerpo y el alma que lo gobierna se muestran más conocedores y sabios que el yo. A través de ellos, el yo encuentra sus límites y, asimismo, se convierte en conocedor y sabio respetando estos límites.

En la Biblia se encuentra una historia que puede servirnos de parábola:

Cuando el profeta Balaam, en contra de la orden de Yahveh, quiso ir a los moabitas para bendecirlos en vez de maldecirlos, su burra lo apartó del camino porque vio al Ángel de Dios ante ella, cerrándole el paso con la espada desenvainada. Pero Balaam le pegó hasta que volvió al camino.

Después, pasaron por una cañada, y de nuevo la burra vio al Ángel de Dios con la espada desenvainada. Así, se arrimó contra la pared, hiriendo a Balaam; y de nuevo le pegó hasta que volvió al camino.

Más adelante, la burra nuevamente vio al Ángel de Dios con la espada y se echó en el suelo con Balaam encima, negándose a seguir.

Balaam se enfureció de tal manera que hubiera querido matarla. Pero en ese momento, la burra giró la cabeza y le dijo: « ¿No soy yo tu burra, y me has montado desde siempre hasta el

día de hoy? ¿Acaso dejé de servirte alguna vez?».

Entonces también Balaam miró hacia delante y vio al Ángel de Dios con la espada desenvainada, cerrándole el paso.

Es decir, existe una parte ciega del yo que le exige al cuerpo algo negativo que le perjudica. El cambio hacia una mejoría para el cuerpo y el alma, por tanto, se inicia con la comprensión por parte del yo. Esta comprensión es, sobre todo, un percatarse de los límites del cuerpo, de los límites de nuestra salud y de los límites de nuestra vida. Esta comprensión resulta fructífera cuando el yo también asiente a ella, lo cual es humildad. La comprensión nos hace concededores, pero sólo la humildad nos hace también sabios.

Frecuentemente, el yo tan sólo alcanza esta sabiduría a través de la enfermedad y del sufrimiento. La enfermedad y el sufrimiento purifican al yo y repercuten de manera curativa en el cuerpo, una vez que el yo ha llegado al conocimiento. Así, muchas veces una enfermedad primero tiene que concluir su influencia purificadora y aleccionadora sobre el yo antes de poder cesar y desaparecer.

Por otra parte, también el yo influye de manera beneficiosa sobre el cuerpo, sobre todo el yo esclarecido. Esclarecido significa aquí que sea consciente tanto de sus posibilidades como de sus límites, y que, más allá de sus deseos y de sus miedos impulsivos, se atenga a la mera verdad perceptible. Purificado significa que esté en sintonía y en armonía con el alma, inconsciente para él en gran parte, pero, a pesar de todo, sabia a un nivel mucho más profundo que el yo.

A este yo esclarecido le debemos la medicina científica, el conocimiento de las patologías, la higiene, la cirugía y la farmacología.

Pero también pienso en la psicología y la psicoterapia con sus conocimientos del trasfondo inconsciente de comportamientos enfermizos y con sus métodos para actuar sobre tales comportamientos, por ejemplo, a través del análisis, de la terapia de conducta, de la hipnoterapia, de la programación neurolingüística, para sólo citar unos cuantos. De esta manera, el yo esclarecido disciplina tanto al cuerpo como al alma, desarrollando sus capacidades más allá de la mera salud física.

Aún así, también la medicina y la psicoterapia, y con ellas también el yo que intenta oponerse al carácter efímero de la vida, topan con límites que los detienen, ya que, al cabo de un cierto tiempo, toda persona enferma, se debilita y se muere. El alma asiente a este movimiento hacia la muerte, porque alcanza a ambos ámbitos y, así parece, perdura en ambos. Ella anhela volver y está en armonía con este movimiento.

Freud llamaba a este anhelo «el impulso de muerte». No obstante, se trata de un movimiento sumamente consciente y alerta, porque en lo hondo, el alma, y con ella el cuerpo, anhela volver al origen del que nace y al que vuelve la vida.

Familia y alma

Pero el alma no sólo actúa en el cuerpo, ni está presa en él como algunos dicen. Se encuentra en interacción con su entorno, ya que, de lo contrario, no habría ni metabolismo, ni procreación. Este entorno comprende, sobre todo, la familia y la red familiar en la que recibimos y en la que transmitimos la vida, si podemos.

Obviamente, la familia y la red familiar tienen un alma y una conciencia comunes que vinculan y dirigen a los miembros de la familia de acuerdo con un orden básicamente inconsciente, de manera similar a como el alma también vincula y gobierna a los miembros y órganos del cuerpo.

Es decir, el alma actúa en la familia y en la red familiar como si de un cuerpo extenso se tratara. Y de la misma manera que podemos, paso a paso y a través de la observación y de la experiencia, comprender e influir sobre los órdenes que determinan la interacción entre los diversos órganos del cuerpo, así también podemos, paso a paso y a través de la observación y de la experiencia, aclarar los órdenes que determinan la interacción entre los diferentes miembros de una familia.

En un primer lugar nos llama la atención que, al igual que el cuerpo, también la familia y la red familiar tienen unos límites exteriores. Es decir, el alma familiar únicamente vincula de esta manera especial a determinados miembros de la familia, dirigiéndolos a través de una conciencia común. Así, pertenecen a esta familia y a la red familiar: los hermanos, los padres y sus hermanos, los abuelos, a veces, alguno de los bisabuelos, e incluso antepasados más lejanos si tuvieron una suerte especial. Otros familiares, como por ejemplo primos, ya no cuentan entre ellos.

Aparte de estos parientes consanguíneos, también pertenecen a la familia y a la red familiar

aquellas personas extrañas a la misma, por cuya desaparición o muerte otros en la familia y en la red familiar tuvieron una ventaja. Entre éstos cuentan sobre todo parejas anteriores de los padres y abuelos.

Sin embargo, aún existen otras similitudes entre el actuar del alma en el cuerpo y el actuar del alma en la familia y en la red familiar. De la misma manera que el alma vela por la integridad del cuerpo, también vela por la integridad de la familia y de la red familiar. Así, procura, por ejemplo, compensar la pérdida de un miembro a través de otro miembro que le represente. Este es uno de los motivos por los que determinados miembros de una familia se ven implicados en el destino de otros miembros, especialmente, anteriores.

Y de la misma manera que, en caso extremo, el cuerpo tiene que renunciar a uno de sus órganos que pone en peligro la salud de los demás, así también la familia, a veces, debe separarse de uno de sus miembros si su permanencia pone en peligro a otros en la familia.

Familia y enfermedad

A continuación, presentaré algunos ejemplos para ilustrar el desarrollo de implicaciones familiares enfermizas y amenazantes para la vida, y para señalar las posibilidades de evitarlas o de librarnos de ellas.

Cuando la familia pierde a uno de sus miembros, por ejemplo muriendo el padre o la madre tempranamente, frecuentemente uno de los hijos le dice interiormente: «Te sigo». Frecuentemente, un hijo en esta situación quiere morir también, sea por enfermedad, por accidente o por suicidio. Aunque el hijo no lleve a la práctica esta frase pronunciada interiormente, muchas veces siente una especial afinidad con la muerte, y el anhelo de morir.

O cuando un hijo pierde a un hermano, por ejemplo un niño nacido muerto o fallecido a temprana edad, también le dice: «Te sigo».

Cuando un famoso corredor motonáutico durante una carrera volcó con su lancha y murió, su hija comenzó a participar en carreras moto-náuticas. También ella tuvo un accidente grave durante una carrera, pero sobrevivió. Cuando, más tarde, le preguntaron qué había pensado en ese momento, respondió:

—Sólo una cosa: « ¡Papá, ya voy!».

Detrás de la frase de «te sigo» se halla el amor profundo con el que el alma vincula al niño con su familia, actuando durante toda la vida de una persona. Este amor es más fuerte que la muerte y es ciego. Cree que a través de la muerte podría superarse la separación y que, por el propio sufrimiento y la propia muerte, otros en la familia podrían ser redimidos. Una constelación familiar nos brinda la oportunidad de sacar a la luz la inutilidad y la ceguera de este amor. A través de los comentarios y sentimientos expresados por los representantes, el hijo se da cuenta de que los muertos aman a los vivos con el mismo amor que los vivos sienten hacia ellos; que el deseo de los vivos de seguirles les duele en vez de alegrarles; que no quieren que su muerte también traiga la muerte a otros; que se sienten aliviados cuando los vivos se encuentran bien, y que bendicen a los vivos para que aún se queden.

Detrás de la frase de «te sigo», aún se halla otra dinámica más: la necesidad elemental de compensación y expiación. Frecuentemente, los vivos se sienten culpables cuando ellos viven, mientras otros miembros de la familia ya están muertos, y se sienten aliviados muriendo ellos también. En un caso así, les ayuda el inclinarse ante los muertos y decirles: «Yo aún vivo un poco, después también moriré». Así, ya no experimentan la vida como una arrogación, y pueden tomarla mientras dure. Otra frase beneficiosa para los vivos es esta: «En tu memoria, aún me quedo un poco». O, en el caso de un hijo que pretende seguir a sus padres muertos, ayuda la siguiente frase: «Honro y valoro lo que me disteis. Le saco provecho en vuestra memoria y lo mantengo mientras me esté permitido». Así, la necesidad impulsiva de vinculación y compensación se cumple de una manera más extensa. Este sería un logro superior y espiritual del yo, que pide un cierto desarrollo (también podría hablarse de un paso evolutivo), abandonando lo estrecho para dirigirse a lo más amplio, superando los límites del alma del grupo para llegar a las dimensiones de la Gran Alma.

Vivos y muertos

Cuando una persona se siente irresistiblemente atraída por los muertos, se puede hacer un ejercicio muy simple con ella. Se le pide que cierre los ojos, que lentamente se centre en su interior y que, después, vaya más allá de ese centro, yendo lejos, hacia los muertos que le atraen. Una vez allí, se echa a su lado, esperando que algo le llegue de ellos, sea lo que sea. Lo recibe en su interior hasta sentirse colmado. Después, nuevamente se pone en camino para volver de los muertos a los vivos, hasta llegar a su centro, y aún más hacia arriba, y abre sus

ojos.

Muchos vivos quieren ir con los muertos. Pero cuando los vivos respetan a los muertos, éstos vienen a ellos y se muestran afables. Vienen y, a alguna distancia, están presentes con afabilidad.

Algunos piensan que los muertos son desdichados. Pero también podríamos decir: «Han llegado y están en paz». Sólo los vivos aún sufren vicisitudes; los muertos están en paz.

Una imagen muy difundida es que los muertos han desaparecido: están enterrados y, por tanto, han desaparecido. Después, aún se les pone una lápida para que no vuelvan a salir. Este era el significado original de la lápida, ya que, anteriormente, ésta se colocaba echada. Pero que los muertos hayan desaparecido es una imagen extraña.

Martin Heidegger tiene otras imágenes a este respecto. El dice: De lo oculto surge algo a lo no oculto y después vuelve a descender a lo oculto. Lo oculto está presente a la manera de lo oculto. Pero no ha desaparecido: surge y vuelve a descender.

También la verdad obedece a esta ley: surge de lo oculto y vuelve a descender. Por eso, tampoco podemos asirla. Algunos piensan que la verdad es válida y eterna, como si la tuviéramos en nuestras manos. Pero no: tan sólo se muestra brevemente para volver a descender. Por eso, siempre que surge, aparece de manera diferente. Es un reflejo de lo oculto que sale a la luz.

Así, también la vida surge de lo oculto, que no conocemos, a lo no oculto, y vuelve a descender. Lo realmente grande es lo oculto. Aquello que está a la luz no es más que algo transitorio y pequeño en comparación con lo grande.

También los muertos están en lo oculto; pero su influencia alcanza hasta lo no oculto. Cuando se les permite actuar, la vida es sostenida por ellos.

Pero quien desciende a lo oculto antes de tiempo, peca contra este movimiento. Asimismo, quien permanece en la vida más allá de su tiempo, quien se agarra a la vida más allá de su tiempo, atenta contra la corriente que sale a la luz y vuelve a descender a lo oculto. Ambas actitudes se oponen a la corriente: el abandonar la vida demasiado rápido, antes de tiempo (sería como un desprecio de aquello que está a la luz), y también el sujetar la vida aunque el tiempo haya terminado. Una vez terminado el tiempo, corresponde soltarse y descender.

Como terapeuta me sirvo de la ayuda de los muertos para mantener con vida a los vivos, mientras corresponda y hasta donde tenga el derecho de hacerlo. Pero cuando se muestra que el tiempo se ha consumido, no sujeto a nadie. Espero atentamente, pero sin intervenir. No me opongo a los destinos ni a la corriente, como si pudiera o debiera evitar el descenso, sino que estoy en armonía con ellos.

En estos procesos tan profundos, tratándose de vida o muerte, podemos ver cómo, a veces, se vislumbra una solución y que el paciente la acepta durante un tiempo, pero después vuelve a descender. También aquí asiento. Porque no sabemos si la suerte que el individuo elige, o a la que se rinde, en el fondo no será lo más apropiado para él; si no tendrá una grandeza oculta que los ajenos no llegamos a captar.

Esta actitud tiene algo tranquilizante, algo profundo. Nos permite movernos tanto en un ámbito como en el otro, estando unidos, también en la vida, con el fundamento último.

La expiación

A veces, sin embargo, una persona viva debe ir con los muertos y permanecer a su lado, por ejemplo, un asesino. De lo contrario, en su lugar irán sus hijos, y aún sus nietos y bisnietos. Los asesinos quedan vinculados de manera indisoluble con sus víctimas. Por tanto, deben abandonar sus familias y ponerse al lado de sus víctimas. Este paso parece duro, pero cualquier otro camino trae consecuencias nefastas para personas inocentes, a través de muchas generaciones.

Aportaré un ejemplo. Una mujer joven comentó en un grupo que, desde que nacieron sus dos hijas, tenía la sensación segura de que debía morir pronto, y que había algo pendiendo sobre ella que no lograba captar. Configuró su familia de origen, y salió a la luz que su representante miraba a alguien que no estaba presente. Al comentar este hecho, la mujer dijo:

—Estoy mirando hacia el pasado, a mi padre y a mi abuelo.

Su padre se había suicidado cuando ella tenía un año, y el abuelo había sido miembro de la SS y había fusilado a mujeres y niños judíos.

A continuación, se introdujo un representante del asesino y otro del hijo, y para los niños judíos asesinados se pusieron diez representantes enfrente de la familia. La representante de la cliente ni siquiera miró a esos niños, ni dijo nada al respecto, como si, al igual que su abuelo, no sintiera ninguna compasión con ellos. Su hija menor, sin embargo, es decir, la bisnieta del

asesino, dijo que sentía la necesidad imperiosa de acercarse a los niños judíos muertos y de ponerse a su lado. Estos son los efectos de un asesinato, a través de generaciones, cuando un asesino rechaza el vínculo que lo une con los muertos y cuando éstos no son valorados ni respetados.

Como siguiente paso se le pidió a la mujer que se estirara en el suelo delante de los niños muertos, y que —después de un tiempo en el que lloró mucho— junto con sus hijas se arrodillara delante de ellos y los mirara. Así, los muertos encontraron un poco de paz. Se entristecían y se sentían como si volvieran a vivir. Se compadecían de la mujer y de sus hijas, especialmente de la más joven, que quería ponerse a su lado. Pero aún no se había encontrado la paz definitiva, pues del asesino mismo percibían una amenaza, sintiendo una angustia mortal. Sólo cuando a éste se le dijo que saliera de la sala —gesto que simboliza la muerte—, los niños muertos empezaron a encontrarse mejor. Toda su atención y compasión se centraba ahora en la mujer afligida y en sus hijas, y esperaban que de ella saliera algo que pudiera librar a sus hijas.

Mientras tanto, el padre de la mujer, que se había suicidado, quiso ponerse delante de su hija y de sus nietas para protegerlas y evitar que siguieran a los niños judíos a la muerte. Su deseo era ponerse al lado de los muertos en lugar de ellas y en lugar de su padre. Pero, en contra de lo que piensan los vivos, los muertos no querían la muerte de los inocentes.

Después, se les pidió a las hijas que se pusieran entre sus padres. Éstos las cogieron de las manos, se inclinaron profundamente ante los niños judíos muertos, les miraron a los ojos y les dijeron: «¡Por favor!».

Pero la mujer aún sentía el impulso de ir con los muertos. Así, se puso al lado de ellos y de su padre muerto, que ya antes se había puesto con ellos. La mujer sentía que se lo merecía, y estaba aliviada. Los comentarios de los representantes de los niños judíos muertos, sin embargo, expresaban algo totalmente diferente; los citaré literalmente:

El primer niño dijo:

—Experimento el estar muerto como algo impersonal, como si no tuviera nada que ver con el asesino, y menos aún con su nieta. Para mí no corresponde que ella se ponga a nuestro lado. Debería ir con su familia. Yo no tengo ningún interés en que ella pague ninguna culpa. Este es un ámbito que no le corresponde.

El segundo niño dijo:

—Cuando vino, me empezaron a flaquear las piernas. Enseguida pensé que no pertenecía a nuestro grupo.

El tercer niño dijo:

—Simplemente es demasiado.

El cuarto niño dijo:

—No quiero este sacrificio; no le corresponde.

El quinto niño dijo:

—Para mí tiene una tarea que cumplir con sus hijas, para poner fin a todo este dolor.

El sexto niño mostraba mucha tristeza y dijo:

—No tiene por qué seguirnos ni a nosotros, ni a su padre. Su lugar está con su familia.

El séptimo niño dijo:

—Si realmente me mirara, sabría que no puede estar aquí.

El octavo niño dijo:

—Empecé a sentir más calor, y ella significa algo muy cercano para mí.

El noveno niño dijo:

-Cuando vino aquí, pensé: «No perteneces aquí».

El décimo niño dijo:

—Cuando se pasó a este lado, surgieron agresiones.

Y el padre muerto dijo:

-A mí me dolió cuando vino, y tendría ganas de decirle: «Tu lugar está con tu familia. De esto me ocupo yo solo».

A través de estas respuestas, la mujer se dio cuenta de que era una arrogación ponerse al lado de los muertos cuando no se pertenecía a su grupo. Volvió al lado de sus hijas, miró abiertamente a los niños judíos muertos y dijo: «Al cabo de un tiempo, iré también».

Después, miró a sus hijas diciéndoles: «Ahora aún me quedo un poco». Lo mismo dijo también a su marido.

Después, se volvió a llamar al representante del abuelo. Este comentó:

-Me sentí muy aliviado cuando se me dijo que saliera de la puerta. Aquí no hubiera debido ni querido decir nada; y lo mismo sentía mientras estaba fuera. Hasta aquí este ejemplo.

En este contexto también quisiera decir algo con relación a los descendientes de las víctimas. Muchos conciudadanos judíos, cuyos familiares fueron asesinados en los campos de exterminio, temen mirar a sus muertos y darles la honra, pensando que no tienen el derecho de seguir con vida teniendo en cuenta la suerte de ellos. Se sienten culpables, deseando expiar como si ellos fueran los perpetradores. En consecuencia, ni ellos pueden acercarse a los muertos, ni los muertos pueden acercarse a ellos. Ahora bien, si los supervivientes y descendientes encaran a sus familiares muertos, mirándoles a los ojos hasta que realmente los vean, inclinándose ante ellos y dándoles la honra, llenos de amor, entonces parece como si los muertos resucitaran, como si el terrible estado de muerte terminara y como si, por fin, pudieran dirigirse a los vivos y bendecirlos para que se queden y para que su vida siga fluyendo a través de ellos. Lo más consolador para los muertos, por tanto, es que en una de estas constelaciones familiares los vivos les digan: «Mira, tengo hijos».

Morir en lugar de otros

Aún existe otra dinámica desencadenante de enfermedades graves, accidentes o suicidio en el seno de la familia o de la red familiar. Cuando un hijo percibe que el padre o la madre quiere marcharse o morir (frecuentemente por querer seguir a alguien en su familia de origen), interiormente les dice: «Mejor que sea yo que tú. Prefiero desaparecer yo antes que tú». En consecuencia, quizá contraigan alguna enfermedad, por ejemplo anorexia, o tengan accidentes graves o se suiciden. Esta dinámica también existe entre cónyuges. A este respecto citaré un ejemplo:

Una mujer enferma de cáncer contó que, hacía veinte años, su marido se había matado de un tiro. Ella había sido su segunda mujer; de la primera se había separado porque ambos pensaban que el otro era la persona equivocada (así lo comentaba la cliente).

En la constelación, el marido se encontraba enfrente de su primera mujer, mirando continuamente los pies de ella. Ella, en cambio, notaba sus pies curiosamente ligeros, como si pudiera despegar. Así, pues, se le pidió al marido que se arrodillara ante su primera mujer y de postrar la cabeza ante sus pies. En ese momento, la mujer se cubrió la cara con las manos, sollozando y temblando violentamente. Se arrodilló junto a él, lo cogió del hombro, le miró a los ojos y lo abrazó sollozando llena de dolor. Después, se levantó cogiendo al marido y levantándolo también a él; el uno al lado del otro, se cogieron de la cintura y la mujer puso su cabeza en el pecho del marido.

Se le pidió a la mujer que le dijera al marido: «Lo tomo de ti como un regalo. Lo respeto y lo valoro». Después, ambos se abrazaron largamente y llenos de cariño. Todos los presentes lo sabían: el marido se había suicidado en lugar de su mujer.

Estos son los misterios del amor que a veces negamos con tanta facilidad. Es precisamente este amor el que actúa detrás de muchas enfermedades, cuyas causas radican en el ámbito psíquico o en la historia familiar, bien expresándose a través de la frase «te sigo», bien a través de la necesidad de expiar, especialmente de expiar en lugar de otra persona, o a través de la frase «mejor que sea yo que tú». En todo este proceso, la enfermedad o los actos nocivos concretos a través de los cuales se expresa este amor son absolutamente secundarios: las dinámicas fundamentales son similares o idénticas, incluso en enfermedades o suertes diferentes.

La Gran Alma

Pero el alma también alcanza más allá de los límites de la familia y de la red familiar. Se encuentra en interacción con otros grupos y, finalmente, con la Naturaleza y con el mundo en su totalidad. Aquí experimentamos al alma sin límites, como Gran Alma, sin ataduras de espacio ni de tiempo. En ella, todos los opuestos se hallan referidos unos a otros, quedando, por tanto, suprimidos; también los opuestos de bien y mal, de antes y después, de vida y muerte.

El cuerpo bien alcanza el Reino de los Muertos, porque en él los muertos están presentes a través de su influencia, y también la familia y la red familiar conservan la presencia de sus muertos, como si ambas partes, vivos y muertos, aún dependieran unos de otros, y como si el bien de unos dependiera también del bien de los otros. Sin embargo, para la Gran Alma, esta separación se borra en todos los aspectos: ella también une a aquellos que tuvieron que ser excluidos de la familia; en ella, también éstos se vuelven a unir con su familia.

Ahora bien, en primer lugar experimentamos a la Gran Alma como fuerza que nos toma a su servicio para fines que van más allá de nuestras propias ideas y metas. Ella nos sostiene y nos dirige cuando logramos algo nuevo y grande y duradero, como si no fuéramos nosotros los que obramos, sino la Gran Alma a través de nosotros. Lo mismo se aplica también al mal y a los malos, por muy difícil que nos resulte llegar a esta comprensión.

La paz

Sólo la unión con la Gran Alma nos permite mirar libremente y sin prejuicios a las implicaciones, superándolas a través de la orientación hacia lo más grande. Frecuentemente podemos observar que pacientes que lograron dar un primer paso para salir de sus implicaciones, al cabo de un tiempo vuelven a caer en ellas. La razón se halla en que las implicaciones sistémicas, por muy graves que puedan parecer para personas ajenas, a la persona afectada le dan la sensación de pertenencia, de amor y de poder: la conciencia, aun donde nos asalta ciega e impulsivamente, nos confiere una sensación infantil de plenitud y de felicidad, de paz y de estar acogido.

Sólo extendiendo el esclarecimiento también a la conciencia, desprendiéndonos de ella para avanzar hacia el ámbito de la Gran Alma, las necesidades impulsivas de pertenencia, de reconocimiento y de compensación son despojadas de sus efectos enfermizos y amenazantes para la vida. Tan sólo a este nivel superior el amor que ciega cobra clarividencia; la compensación que únicamente perpetúa la fatalidad se convierte en compensación que pone fin a la fatalidad; y la arrogancia convencida de que podría deshacer y cambiar los destinos de otras personas, cede a la humildad, consciente de los límites de nuestro amor. Es tan sólo esta humildad la que nos pone en armonía con la salud y la enfermedad, con el bien y el mal, con la vida y la muerte. En último término, sin embargo, se trata de un acto religioso: en él, yo y Gran Alma se hacen uno.

Al final aún contaré una historia. Se trata de una historia filosófica, o religiosa, o terapéutica — puesto que en ella estas diferencias se suprimen. La historia se titula:

El Círculo

Un afectado rogó a otro que le acompañaba un trecho en el mismo camino:

«Dime: para nosotros, ¿qué es lo que cuenta?».

El otro respondió:

«Primero cuenta que estamos con vida para un tiempo, por lo que hay un principio ante el que ya hubo mucho, y cuando termina, vuelve a caer a lo mucho que antes ya existió. Ya que, al igual que en un círculo que se cierra, fundiendo su final y su principio en una sola cosa, así, el *después* de nuestra vida se une sin ruptura a su *antes*, como si entre ambos no hubiera mediado ningún tiempo: por tanto, sólo tenemos tiempo ahora.

Después cuenta que aquello que en el tiempo obramos, junto con él se nos escapa, como si a otro tiempo perteneciera y, donde creíamos actuar, tan sólo fuéramos levantados como una herramienta, empleados para algo más allá de nosotros, y luego, puestos a un lado de nuevo. La despedida nos encuentra concluidos».

El afectado preguntó:

«Si nosotros y nuestro obrar existimos y nos extinguimos cada cual a su tiempo, ¿qué cuenta cuando nuestro tiempo se cierra?».

El otro contestó:

«Cuenta el antes y el después como uno mismo».

Después se separaron sus caminos y su tiempo, y ambos se pararon y recapitaron.

OTRAS OBRAS DEL FONDO EDITORIAL HERDER

Gunthard Wehr (Kd.)

FELICIDAD DUAL

Bert Hellinger y su psicoterapia sistémica

Gunthard Weber describe las comprensiones y el proceder terapéutico de Bert Hellinger en una alternancia viva entre charlas, transcripciones de constelaciones, secuencias terapéuticas y tomas instantáneas de diversos procesos personales. Todo ello sazonado con un gran número de historias terapéuticas, creadas y empleadas por Bert Hellinger como inmejorable elemento de ayuda.

ISBN: 84-254-2108-X

Bert Hellinger / Gabriele ten Hovel RECONOCER LO QUE ES

Conversaciones sobre implicaciones y desenlaces logrados

En extensas conversaciones con la periodista Gabriele ten Hovel, Hellinger revela el trasfondo de su pensar y de su actuar. Así muestra cómo el reconocimiento de la realidad nos abre el camino al entendimiento y al equilibrio en nuestras relaciones, aun partiendo de situaciones especialmente difíciles o dolorosas.

ISBN: 84-2542138-1

155

Johannes Neuhauser (Ed.)

LOGRAR EL AMOR EN LA PAREJA

El trabajo terapéutico de Bert Hellinger con parejas

Los casos documentados, completados por explicaciones temáticas, giran alrededor del ciclo vital en toda relación de pareja: el primer enamoramiento, el vínculo, la paternidad o la esterilidad compartida, las crisis dolorosas, el fracaso de la relación y la clara separación, la vejez compartida y la muerte. Para este libro, el editor, Johannes Neuhauser, evaluó cientos de sesiones terapéuticas que Bert Hellinger mantuvo con parejas a lo largo de cinco años.

ISBN: 84-254-2170-5

Bert Hellinger ÓRDENES DEL AMOR

Cursos seccionados de Bert Hellinger

Este libro habla de destinos humanos y de aquello que permite transformar tales suertes. Es un libro de texto en muchos sentidos: por una parte, se reproducen textualmente varios cursos terapéuticos de Bert Hellinger. En segundo lugar, se documenta y explica el proceder de Bert Hellinger, sobre todo, su trabajo específico con Constelaciones Familiares. En tercer lugar, el autor invita al lector a acompañarlo en el camino del conocimiento que conduce a la comprensión de los órdenes aquí descritos. Finalmente, en una entrevista densa, Bert Hellinger nos permite conocer de cerca las diferentes estaciones en su camino personal y profesional.

ISBN: 84-254-2196-9

Bert Hellinger

RELIGIÓN - PSICOTERAPIA - CURA DE ALMAS

Textos recopilados

El alma común que une y dirige a una familia constituye el tema de muchas publicaciones de Bert Hellinger. Su trabajo con Constelaciones Familiares evidencia nuestra vinculación en contextos mayores, que influyen sobre nuestra vida independientemente de nuestros propios temores y deseos. Así lo muestran, por ejemplo, las profundas consecuencias del Holocausto para las generaciones siguientes. Todas estas experiencias sobrepasan en mucho nuestras imágenes tradicionales de Dios y las actitudes religiosas habituales. Bert Hellinger se aproxima a estas preguntas religiosas de una manera nueva.

ISBN: 84-254-2200-0

157

OTRAS OBRAS DEL AUTOR
PUBLICADAS POR HERDER

ÓRDENES DEL AMOR
Cursos seleccionados de Bert Hellinger
ISBN 84-254-2196-9

RECONOCER LO QUE ES *Conversaciones*
sobre implicaciones y desenlaces
logrados ISBN 84-254-2138-1

RELIGIÓN, PSICOTERAPIA Y CURA DE ALMAS
Textos recopilados ISBN 84-254-2200-0

LOGRAR EL AMOR EN LA PAREJA
El trabajo terapéutico de Bert Hellinger
con parejas
ISBN 84-254-2170-5

FELICIDAD DUAL
Bert Hellinger y su psicoterapia sistémica
ISBN 84-254-2108-X

Las más importantes conferencias e historias terapéuticas de Bert Hellinger se revisaron y ampliaron para esta primera publicación conjunta. Todas ellas se hallan al final de un largo recorrido y dirigen la mirada hacia los elementos fundamentales del pensar y hacer de este singular terapeuta. Nos invitan a emprender un camino epistemológico, más allá de los límites de la conciencia y de la inocencia, mostrándonos los órdenes por los cuales el amor se logra. Al mismo tiempo nos conducen a nuestro centro, donde nos experimentamos profundamente recogidos y en sintonía con el mundo tal como es. Este centro se distingue por su levedad.

Todas ellas giran alrededor de un mismo punto central: el orden fundamental por el que nuestras relaciones se logran o fracasan. A lo largo de estos textos, Bert Hellinger toca sin miedo los tabúes de la inocencia y de la conciencia, sacando a la luz los órdenes que permiten que el amor en y entre los diversos grupos humanos florezca. Un libro de sabiduría, fascinante y conmovedor, que nos remite a nuestro propio centro como punto de partida y de llegada.



Herder

www.herder-sa.com